

Un carterista
japonés
a merced
del
destino

FUMINORI NAKAMURA

EL LADRÓN

¿Crees en el destino?...

El ladrón es un carterista experto. Sus víctimas solo son para él extraños, rostros sin nombre a los que robar. No tiene familia, ni amigos, ni relaciones... Pero tiene un pasado, un pasado del que se vio obligado a huir tras realizar un trabajo aparentemente fácil: atracar a un viejo rico para robar el contenido de su caja fuerte, nadie tenía que salir herido.

A su regreso a Tokio, el ladrón se verá de nuevo atrapado por los acontecimientos en una intriga de la que ni siquiera él podrá escapar.

Otro servicio de:
Editorial Palabras - Taller Literario

www.taller-palabras.com

Capítulo 1

CUANDO aún era pequeño, a menudo la pifiaba en mitad de la acción.

Dentro de tiendas abarrotadas o en casas ajenas, las cosas que cogía furtivamente se me caían de las manos. Las posesiones de otras personas eran como cuerpos extraños que no se acomodaban a mis manos. Como si el punto de contacto, que era esencialmente prohibido, me rechazase, el cuerpo extraño temblaba débilmente afirmando su independencia y, antes de que me diese cuenta, caía al suelo. Y a lo lejos siempre estaba la torre: una simple silueta que emergía entre la niebla como si fuera una ensoñación del pasado. Pero hoy en día ya no cometo ese tipo de errores. Y naturalmente ya tampoco veo la torre.

Un hombre maduro caminaba por delante de mí en dirección al andén; llevaba un abrigo negro y una maleta plateada en la mano derecha. Estaba seguro de que era el pasajero más rico de todos los allí presentes. El abrigo, así como el traje que llevaba puesto, eran de la marca Brunello Cucinelli. Sus zapatos Berluti, probablemente hechos a medida, no mostraban ni la más mínima rozadura. Saltaba a la vista de todos los que lo rodeaban que era un hombre adinerado. El reloj de plata que le asomaba por el puño de la manga izquierda de la camisa era un Rolex Datejust. Puesto que no estaba acostumbrado a coger el tren bala, estaba teniendo problemas para comprar un billete. Se inclinó hacia delante y comenzó a palpar la máquina expendedora con sus gruesos dedos que parecían repugnantes orugas. En ese momento detecté que llevaba la cartera en el bolsillo frontal izquierdo de la chaqueta.

Subí a las escaleras mecánicas manteniendo las distancias y me bajé sin prisas. Me situé detrás de él, con un periódico en la mano, mientras esperaba el tren. El corazón me latía con fuerza. Conocía la posición de todas las cámaras de seguridad del andén. Como solo tenía un billete, debía terminar el trabajo antes de que él subiese al tren. Me protegí con mi propia espalda de las miradas de la gente que había a mi derecha y me pasé el periódico a la mano izquierda mientras lo iba doblando; luego lo hice descender lentamente para crear un escudo e introduje los dedos índice y corazón de la mano derecha en su bolsillo. La luz del fluorescente se reflejaba levemente en el botón del puño de su abrigo y se deslizaba por el extremo de mi campo visual. Inspiré suavemente y contuve la respiración. Pillé entre los dos dedos el borde de la cartera y la saqué. Me recorrió un temblor desde las yemas de los dedos hasta los hombros, y noté que una cálida sensación se extendía gradualmente por todo mi cuerpo. Me pareció como si de entre las innumerables líneas de visión que se entrecruzaban todas aquellas personas, ninguna estuviese dirigida hacia mí, como si yo estuviese en un vacío. Preservando el contacto entre mis tensos dedos y la cartera, escondí esta dentro del periódico doblado, que luego trasladé a la mano derecha y finalmente me lo metí en el bolsillo interior del abrigo. Fui exhalando poco a poco, consciente de que la temperatura me iba subiendo todavía más, y comprobé los

alrededores con la mirada. Mis dedos aún retenían la tensión de haber tocado un objeto ajeno, el entumecimiento por haber entrado en el espacio personal de otro. Un hilo de sudor me bajaba por la nuca. Saqué el teléfono móvil y simulé que enviaba un mensaje mientras me alejaba.

Volví al torno de acceso y bajé las escaleras grises hacia la línea Marunouchi. De repente se me nubló la visión de un ojo y toda la gente que se movía a mi alrededor se volvió borrosa y parecía que sus siluetas se iban difuminando. Al llegar al andén vi por el rabillo del ojo a un hombre que llevaba un traje negro. Pude ubicar su cartera por el ligero bulto en el bolsillo trasero derecho de sus pantalones. Por su apariencia y porte deduje que se trataba de un relativamente exitoso acompañante masculino de un club nocturno solo para mujeres. Mientras miraba perplejo su teléfono móvil, sus delicados dedos se desplazaban atareados por las teclas. Me subí al tren con él, analicé el flujo de la multitud de pasajeros, y me situé a su espalda en el interior del bochornoso vagón.

Cuando los nervios de una persona detectan a la vez estímulos grandes y pequeños, el más pequeño es desechado. En este tramo de vía hay dos pronunciadas curvas y, entre una y otra, el tren se sacude violentamente. El oficinista que estaba detrás de mí leía un periódico vespertino plegado, y las dos mujeres de mediana edad a mi derecha estaban cotilleando sobre alguien y riendo a mandíbula batiente. De entre todos los pasajeros yo era el único cuyo objetivo no era simplemente un desplazamiento. Dirigí el dorso de la mano hacia el hombre y agarré su cartera con dos dedos. Los otros pasajeros me rodeaban a uno y otro lado formando líneas perpendiculares. Dos hilos de la esquina del bolsillo los tenía gastados y se enredaban formando elegantes espirales que parecían serpientes. Cuando el tren se balanceó, acerqué mi pecho hacia él como si estuviese apoyándome en su espalda y le extraje la cartera verticalmente. La presión contenida salió al exterior y al exhalar noté que una reconfortante calidez fluía por mi cuerpo. Eché un vistazo a mi alrededor, pero nada parecía fuera de lo normal. De ninguna manera iba a cometer un error en una tarea tan simple como ésta. Me bajé en la siguiente estación y me alejé de allí encorvando los hombros como si tuviese frío.

Me uní a la lánguida multitud de personas y pasé por la barrera de acceso. Observé a unos quince hombres y mujeres corrientes que se concentraba a la salida de la estación y calculé que entre todos ellos tendrían unos doscientos mil yenes. Encendí un cigarrillo y me puse a caminar tranquilamente. A la izquierda, detrás de un poste de electricidad, vi que un hombre comprobaba el contenido de su cartera a la vista de cualquiera y después la guardaba en el bolsillo derecho de su cazadora blanca de plumón. Los puños de la chaqueta estaban manchados de negro, sus zapatillas de deporte estaban gastadas, y lo único de buena calidad era la tela de los tejanos que llevaba puestos. Lo ignoré y entré en los grandes almacenes Mitsukoshi. En la planta de ropa de hombre, que estaba llena de tiendas de marca, había un maniquí que llevaba puesto un conjunto a juego; era el tipo de ropa que lucirían hombres de

veintitantos o treinta y pocos años razonablemente acomodados. El maniquí y yo vestíamos igual. A mí no me interesa la moda, pero los que nos dedicamos a esto no nos podemos permitir llamar la atención. Para que no sospechen de ti, tienes que parecer hasta cierto punto adinerado; tienes que vestir un engaño, adaptarte al entorno como una mentira. La única diferencia entre el maniquí de la tienda y yo era el calzado. Teniendo en cuenta que quizá tendría que salir corriendo, yo llevaba zapatillas de deporte.

Aproveché la calidez del interior de la tienda para estirar los dedos, abriendo y cerrando las manos dentro de los bolsillos. El pañuelo mojado que había usado para humedecerme los dedos todavía estaba frío. Mis dedos índice y corazón tenían aproximadamente la misma longitud. No sé si es algo de nacimiento o si se fueron desarrollando así con el tiempo. Quienes tienen el dedo anular más largo que el índice utilizan los dedos corazón y anular. También hay quien agarra con tres dedos, con el dedo corazón por detrás. Como ocurre con cualquier tipo de movimiento, para extraer una cartera de un bolsillo también existe un movimiento ideal y suave. Además del ángulo, influye también la velocidad. A Ishikawa le encantaba hablar de estas cosas. A menudo cuando bebía se volvía descuidado y parlanchín como un niño. Ya no sabía nada de él. Tal vez ya estuviese muerto.

Entré en un retrete medio en penumbra de los servicios de los grandes almacenes, me puse un par de guantes finos e inspeccioné las carteras. Para mayor seguridad, tenía por norma no usar nunca los servicios de la estación. La cartera del hombre del abrigo contenía noventa y seis mil yenes, tres billetes de cien dólares, una tarjeta Visa Oro, una tarjeta American Express Oro, un carné de conducir, un carné de socio de un gimnasio y un recibo de setenta y dos mil yenes de un elegante restaurante tradicional japonés. Justo cuando estaba empezando a perder el interés, encontré una tarjeta de plástico de intrincados colores que no llevaba nada impreso. Ya me había encontrado con estas tarjetas anteriormente. Son para exclusivos burdeles privados. En la cartera del acompañante de club nocturno había cincuenta y dos mil yenes, un carné de conducir, una tarjeta de crédito del banco Mitsubishi, carnés para alquilar películas en Tsutaya y para un manga-café, varias tarjetas de visita de trabajadoras sexuales y un montón de trozos de papel, recibos y similares. También había unas coloridas pastillas estampadas con dibujos de corazones y estrellas. Solo me quedé con los billetes y dejé lo demás dentro. Una cartera muestra la personalidad y el modo de vida de una persona, del mismo modo que un teléfono móvil. Ambos objetos desvelan, como ningún otro, los secretos más profundos de sus propietarios. Nunca vendía las tarjetas porque suponía demasiada molestia. Si, como solía hacer Ishikawa, echaba las carteras en un buzón, la oficina de correos se las reenviaría a la policía, y ellos las devolverían a la dirección que constase en el carné de conducir. Limpié mis huellas dactilares y me guardé las carteras en el bolsillo. Al acompañante masculino podrían arrestarlo fácilmente por posesión de drogas, pero eso no era asunto mío.

Justo cuando estaba abandonando el retrete noté algo extraño en uno de los

bolsillos ocultos en el interior del abrigo. Alarmado, volví a entrar en el retrete. Era una cartera Bulgari de cuero rígido. En su interior había doscientos mil yenes en billetes nuevos. Además de varias tarjetas Oro (Visa y de otras compañías) también contenía la tarjeta de visita del presidente de una empresa bursátil. Era la primera vez que veía tanto la cartera como el nombre que aparecía en la tarjeta.

«Otra vez no», pensé. No recordaba haberla robado. Pero de todas las carteras que había conseguido aquel día, ésta era sin ninguna duda la más valiosa.

Capítulo 2

TENÍA un ligero dolor de cabeza, así que me entregué por completo al traqueteo del tren. Se dirigía al aeropuerto de Haneda, pero estaba atestado de pasajeros. Entre la calefacción y el calor que emanaba de los cuerpos de las otras personas, estaba sudando. Contemplé el paisaje exterior mientras movía los dedos dentro de los bolsillos. Grupos de sucias casas iban pasando en intervalos regulares, como si de un código se tratase. De repente me acordé de la última cartera que sustraje el día anterior y, al parpadear, pasó ante mis ojos una enorme torre de hierro, acompañada de un potente estruendo. Fue cosa de un instante, pero mi cuerpo se puso tenso. La torre era alta y me pareció como si me hubiese lanzado una mirada indiferente mientras yo permanecía en tensión dentro de aquel tren abarrotado.

Al dirigir la mirada al interior del vagón, vi a un hombre que parecía estar totalmente absorto en algo; más que concentrado, estaba ensimismado, con los ojos entreabiertos, mientras manoseaba el cuerpo de una chica. Yo pienso que los hombres como ese caen dentro de dos categorías: personas corrientes que tienen tendencias pervertidas, o personas tan sumidas en la depravación que la frontera entre realidad y perversión se difumina y las acaba consumiendo por completo. Deduje que éste pertenecía al segundo grupo. Entonces me di cuenta de que a quien estaba manoseando era una estudiante de secundaria y me abrí paso a través de un hueco en la multitud. Aparte de mí, el hombre y la chica, nadie más se había percatado de nada.

Con mi mano izquierda, calmadamente agarré por detrás la muñeca izquierda del hombre que estaba manoseando a la joven. De repente todos sus músculos se tensaron y luego noté que se iban relajando, tras haber recibido el violento estímulo. Sin soltarle la muñeca, sujeté su reloj poniéndole encima el dedo índice, abrí el cierre de la correa con el pulgar y me lo metí en la manga. Después agarré con los dedos de la mano derecha la cartera que llevaba en el bolsillo interior derecho del traje. Al pensar en la posibilidad de que topase con su cuerpo, alteré mi movimiento, dejé caer la cartera por el espacio que había entre su chaqueta y su camisa y la recogí por debajo con la mano izquierda. Era un empleado de alguna empresa, de treinta y tantos años y a juzgar por el anillo que llevaba, estaba casado. Volví a cogerlo del brazo, esta vez con la mano derecha. Se había puesto pálido e intentaba girarse hacia mí, retorciendo el cuello mientras se tambaleaba por el movimiento del tren. Al notar el cambio a sus espaldas, la chica movió la cabeza, dudando sobre si girarse o no. El vagón estaba en silencio. El hombre intentaba abrir la boca para decir algo, como si quisiese justificarse ante mí o ante el mundo. Parecía como si algún ente malévolo estuviese iluminando desde lo alto su presencia. Se le estremecía la garganta como si se estuviese preparando para gritar. Le corría el sudor por la frente y las mejillas, y tenía los ojos muy abiertos pero desenfocados. Tal vez yo también tenga esa misma

expresión en la cara cuando me pillen a mí. Relajé la presión sobre su brazo y gesticulé con los labios: «¡Vete!». El hombre seguía con la cara desencajada y no acababa de decidirse. Con un movimiento de la cabeza le señalé hacia la puerta y él, con los brazos temblorosos, se giró de nuevo hacia delante, como si hubiese caído en la cuenta de que yo le había estado mirando a la cara. Se abrió la puerta y él salió corriendo. Se metió entre la muchedumbre, abriéndose paso a empujones, y se alejó apartando a la gente de su camino.

La colegiala, que permanecía dentro del vagón, me estaba mirando. Le di la espalda e intenté contener la repugnancia que sentía. Me había quedado con un reloj y una cartera que no me interesaban para nada, y tanto el hombre al que se los había robado como la chica me habían visto la cara. Pero al menos podía estar seguro de que el acosador no iría a denunciarme.

Ya había perdido todo el interés en aquel vagón, así que me bajé en la siguiente estación. Al subir a las escaleras mecánicas vi el semblante lánguido de un próspero hombre de mediana edad, pero pasé por el torno, salí afuera y me apoyé contra la sucia pared de la estación. La tensión iba abandonando mi cuerpo gradualmente. Pensaba en coger un taxi mientras me calentaba los dedos dentro de los bolsillos.

Noté una presencia y al volver la cabeza vi que había un hombre delgado apoyado contra la pared justo a mi lado. Llevaba un traje negro del que no pude reconocer la marca y unos zapatos de piel negros cuya marca tampoco reconocí. «Es Tachibana», pensé. Me había pillado desprevenido, pero me esforcé por contener mi desconcierto. El pelo, que anteriormente había sido rubio, lo llevaba ahora teñido de castaño. A la vez que me miraba fijamente con los ojos entornados hacía una mueca con sus gruesos labios. Podría haber sido una sonrisa, pero no estaba seguro.

—Creía que solo robabas a los ricos. —Al decir esto giró todo su cuerpo hacia mí. Tachibana podría no ser su verdadero nombre, pero suponía que él sí que conocía el mío. Pensaba que nos volveríamos a ver en alguna parte, pero esperaba que cuando eso ocurriera sería yo quien lo descubriese a él. Volvieron de nuevo a mi mente todos los recuerdos y tuve que respirar hondo.

—Sí, así es. —Quería haber dicho algo diferente, pero estas palabras vacías fueron las únicas que se me ocurrieron como respuesta a las suyas.

—Pues vaya rollo. Además, ¿acaso los ricos de verdad cogen el tren? Eres un caco, pues birla todo lo que se te ponga por delante.

—Me las apaño bien. Así que sigues vivo...

—Pues claro, te estoy hablando, ¿no? A todo esto, te he estado observando.

—¿Desde cuándo?

—Todo el rato. Desde que le quitaste la cartera al perverso. Me sorprendió un poco que no te dieras cuenta de que te estaba siguiendo.

Empecé a caminar y él me siguió. Pasamos por debajo del puente de las vías del tren y me detuve.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí? —me preguntó Tachibana. Por alguna

razón me estaba mirando seriamente.

—Desde hace poco. Al fin y al cabo en Tokio hay más facilidades... entre unas cosas y otras.

—Pero al estar solo debe de ser más difícil. Yo estoy libre. ¿Y si formamos equipo?

—No, gracias. No me fío de tus habilidades ni me fío de ti a la hora de repartir.

En cuanto dije esto, Tachibana soltó una carcajada y volvió a ponerse en marcha. Reír adrede tan sonoramente suele hacer que tu interlocutor se sienta incómodo, pero a pesar de que él seguramente era consciente de ello, no se cortó en hacerlo. Cuando salimos al otro lado del puente del tren, me pareció como si a mis espaldas las colosales estructuras de los grandes almacenes y los edificios me estuviesen mirando con desprecio desde las alturas. Un escalofrío me recorrió la nuca y sin darme cuenta me puse a observar la hierba marchita que asomaba entre el hormigón. Tachibana se detuvo, se recostó sobre una alambrada y encendió un cigarrillo.

—Es verdad, yo no soy muy bueno. Empecé robando en tiendas, cuando estaba en secundaria. Robar carteras no era más que una extensión de aquello, solo por diversión. No soy capaz de hacerlo como tú o Ishikawa. Tú birlas la cartera, se la pasas a Ishikawa, él saca lo que haya dentro y luego tú la devuelves al bolsillo de su propietario. ¡Y encima solo le quita dos tercios! De esta manera la víctima no se entera de lo que ha pasado, y aunque se enterase no podría denunciarlo. Y cómo os intercambiabais los papeles, cambiando de posición por turnos; haciendo señas solo con los ojos. Lo único que podía hacer yo era quedarme mirándoos. Pero hoy en día ya no quedan carteristas. ¿Aún sigues cambiando de trabajo cada dos por tres? Si necesitas algo extra, ¿por qué no te unes a una banda organizada, como ya hiciste anteriormente, o te dedicas a traficar, o algo así? ¿O es que robar carteras ha pasado a ser tu ocupación principal?

Debido al contenido de la conversación, no tuve más remedio que acercarme más a él.

—Hace un tiempo estuve vendiendo falsificaciones. ¿Qué es lo que funciona ahora?

—La usura ya no sale a cuenta; he estado usando a unos chavales para estafar en transferencias bancarias, pero ahora lo que se lleva son las acciones. Aunque yo no soy más que un intermediario.

—¿Acciones?

—Es que he dejado de ser un cualquiera. La *yakuza* me da dinero y yo se lo paso a otros para que lo inviertan. Es increíble la información que tienen. En pocas palabras: tráfico de influencias, de eso se trata. Todo el mundo lo hace actualmente. —Tiró la colilla del cigarrillo y prosiguió—. Estoy ganando un montón de pasta, mucha más que tú. Te podría pasar algo de trabajo. Solo tendrías que ofrecerles un piso mugriento a unos vagabundos de por aquí. A cambio de eso haces que ellos abran cuentas bancarias...

—No me interesa.

—Qué desagradable eres. Como Ishikawa. ¿Entonces qué es lo que quieres? —Yo permanecí en silencio—. Bueno, ¿es que no me vas a preguntar qué le pasó a ese Ishikawa? —Tachibana me estaba mirando. El corazón me empezó a latir más rápido.

—¿Tú lo sabes?

—No —contestó Tachibana, y se puso a reír. La luz del sol que brillaba sobre nosotros empezaba a molestarme—. Pero supongo que tuvo algo que ver con aquello. Que no te quepa duda. Aquello fue siniestro. Da miedo cuando en un delito de tal envergadura todo sale a pedir de boca. Imagino que entonces se metería en algún lío. Pero te voy a decir una cosa: deberías irte de Tokio, especialmente de esta zona.

—¿Por qué?

—Parece ser que otra vez están tramando algo. —Nuestras miradas se cruzaron. No sabía muy bien cómo responder a su mirada, así que bajé la vista al suelo—. Deberías desaparecer antes de que te veas involucrado de nuevo.

—¿Y tú?

—Yo estaré bien. De hecho, si están planeando algo yo ganaré un montón de pasta. Además, así es cómo me gano la vida. A estas alturas ya no pienso en salvar mi pellejo.

Tras decir esto se echó a reír, así que yo hice lo mismo. Como si se acabase de dar cuenta de que había estado hablando demasiado tiempo, alzó levemente la mano y giró en el cruce. A lo lejos vi a un hombre alto que parecía rico, pero yo ya había perdido todas las ganas de seguir trabajando. Los edificios de los alrededores me molestaban, así que me volví a meter debajo del puente. En un envase de comida para llevar que se estaba pudriendo se había ido acumulando agua turbia. Por alguna razón, me dio la impresión de que era desagradablemente cálida.

Capítulo 3

NO podía conciliar el sueño y permanecí en la cama con los ojos abiertos.

La lluvia que golpeaba la fina ventana de mi apartamento producía un molesto ruido. Desde la habitación del piso de arriba retumbaba un potente ritmo de guitarra que a veces paraba, volvía a empezar, y no acababa nunca. No dejaba de pensar en cómo la lluvia caía desde el cielo y mojaba no solo mi habitación situada en la planta baja del edificio, sino también, naturalmente, todo cuanto la rodeaba.

El sonido de guitarra paró definitivamente y lo único que se oía ya era el eco de la lluvia. Supuse que el del piso de arriba se habría ido a dormir. Me sentí solo, como si fuera la única persona que quedaba en el mundo. Encendí un cigarrillo, pero luego vi que en el cenicero aún había otro a medio fumar. Mi habitación no era nada del otro mundo, equipada únicamente con una cama metálica, un armario y una tabla de planchar. Las fibras sintéticas sobresalían como estacas por los agujeros deshilachados del tatami. Me puse a contemplar mis largos dedos mientras repetía una y otra vez movimientos de estiramiento, abriendo y cerrando el puño. ¿Cuándo supe realmente que era ambidiestro? Le di muchas vueltas pero no lo recordaba. Tan pronto me parecía que había sido así desde siempre, como que había ido evolucionando gradualmente hasta llegar a ello.

La lluvia no cesaba, como si quisiera privarme de la opción de salir afuera. Pensé en la inmensidad de las nubes en el cielo y en el reducido espacio en el que yo me encontraba en ese momento. Para mostrar mi oposición, cogí la cajetilla de tabaco, me puse los calcetines y abrí la fina puerta de madera para salir al exterior. La lluvia empapaba las oxidadas columnas del edificio de apartamentos y la bicicleta que estaba tirada en el suelo como si fuera un cadáver, y hacía que el ambiente fuese aún más frío.

Giré en la esquina donde había una señal de tráfico torcida, caminé junto a una fábrica con las escaleras oxidadas y luego giré a la izquierda en un cruce en forma de T antes de llegar a una hilera de casas. Un coche se iba acercando hacia mí a toda velocidad. Pensé que era el vehículo el que tenía que esquivarme a mí, y efectivamente cuando hice amago de acercarme a él, el conductor dio un cobarde volantazo. Más allá de los postes de teléfono, una colosal torre eléctrica seguía recibiendo los azotes de la lluvia. Aparté la vista pero era consciente de que, obviamente, aunque yo no la mirase, la torre seguía allí.

Cuando llegué a la estación, había un solo taxi vacío empapado por la lluvia. El taxista miraba lánguidamente hacia delante, con la mirada fija, como si estuviese absorto en algo. Subí las escaleras de la estación y cerré el paraguas. Un vagabundo que estaba tumbado dentro, protegiéndose del frío y la lluvia, se me quedó mirando. Su figura estaba totalmente adaptada al entorno, como si fuese algo obvio que a esas horas y en ese lugar aquel hombre tuviese que estar allí. Me agité al pensar que la

mirada del mendigo se parecía a la de Ishikawa, pero tanto la edad como los rasgos faciales eran los de otra persona. Sin embargo, el vagabundo no me miraba a mí; mientras yo caminaba él no cesaba de mirar hacia un punto justo detrás de mí, como si allí hubiese algo. Para distraerme, encendí un cigarrillo y bajé las desgastadas escaleras que llevan al otro lado de las vías.

Entré en un pequeño supermercado abierto las 24 horas para comprar tabaco y una lata de café. Al entregarle el dinero, el dependiente lo cogió y me dio las gracias a voz en grito. Ese dinero era el que le había robado el día anterior al pervertido, pero no tenía ni idea sobre quién habría sido su propietario anterior. Pensé que ese dinero había sido testigo de momentos de la vida de distintas personas. Quizá había estado presente en la escena de un crimen, tal vez luego el asesino se lo habría entregado al dependiente de alguna tienda, y quizá habría acabado en las manos de una persona honrada.

Cuando salí del supermercado, la lluvia me envolvió. Las gruesas e inmensas nubes parecían echárseme encima desde el cielo, y poco a poco se me empezó a acelerar el pulso y doblé los dedos dentro de los bolsillos. Empecé a imaginar que cogía un taxi para ir hasta un bullicioso barrio comercial y una vez allí, metía mis manos en los bolsillos de la gente que aún quedaba por la calle; me situaba en medio de la muchedumbre y cogía una cartera tras otra, de forma rápida y precisa...

Seguía lloviendo y el corazón continuaba latiéndome con fuerza, así que pensé que no me quedaba más remedio que darme una vuelta por la ciudad, pero antes intenté tranquilizarme. De nuevo volví a subir las escaleras de la estación. Decidí que las pisadas que oía persistentemente a mis espaldas no eran más que el eco de mis pasos y me encendí otro cigarrillo. El vagabundo había desaparecido. El corazón me latía lenta y pesadamente; atravesé el interior de la estación y volví a bajar las escaleras. Ante mí, en la rotonda, había un hombre que llevaba un chubasquero y estaba empapado por la lluvia. Las luces delanteras de un coche blanco iluminaban la neblinosa lluvia y hacían que las gotas pareciesen afilados granos dorados, lo que me hizo pensar en la connotación punzante de la lluvia. Volví a ver la figura dormida del vagabundo de antes, pero el hombre del chubasquero se había esfumado.

Tuve la tentación de volver a mirar hacia atrás, pero me detuve y pensé que no debía haber salido. Sentí la presencia de la torre eléctrica, que desde aquí no era visible, y también la de la lluvia que no cesaba, y tomé conciencia tanto de las enormes nubes que hacían que lloviese, como de mí mismo caminando bajo ellas.

Capítulo 4

—**Si** le robas cien mil yenes a un tío que tiene mil millones es prácticamente como si no le quitases nada —solía decir Ishikawa a menudo. Disfrutaba robando dinero a los ricos, y yo lo acompañaba. Aunque robase carteras, no le tenía mucho apego al dinero y normalmente se gastaba todo lo sustraído ese mismo día.

—Pero sin duda sigue siendo un delito —le replicaba yo, y él asentía con la cabeza mientras se disponía a seguir hablando con una sonrisa en los labios.

Manteníamos estas conversaciones en el estrecho reservado del viejo bar al que siempre solíamos ir. El propietario del bar había sido miembro de una banda de mafiosos, pero nunca hablaba en detalle sobre su pasado. No sabía cuántos años tenía. Sus brazos y piernas eran delgados, y tenía el cuerpo un poco encorvado, como torcido.

—Si no existiese el concepto de propiedad, obviamente el concepto de robo tampoco existiría, ¿no? Mientras haya en el mundo un solo niño hambriento, todo tipo de propiedad es perversa.

—Pero es un error justificar con eso lo que nosotros hacemos.

—Yo no justifico nada. Simplemente digo que detesto a esas personas que están firmemente convencidas de que son personas de bien.

En una ocasión Ishikawa había conseguido robar una gran cantidad de dinero con un método muy sencillo. Había oído hablar de un hombre mayor que acudía a un club privado con un fajo de billetes en un pequeño bolso. El hombre era el director de una organización religiosa. Al acabar las asambleas, se encontraba en un estado de ánimo tan exaltado que no podía controlarse y se iba junto con sus secretarios al club, para acostarse allí con las mujeres. Disfrutaba mostrándoles el dinero. Era un hombre delgado, con ojos saltones, y tenía la costumbre de reír enseñando todos los dientes. Ishikawa se compró un bolso de mano similar y esperó a que el viejo y sus secretarios llegaran al club. Cuando se bajaron del coche, chocó contra el que llevaba el bolso y le dio el cambiaso, se guardó el bolso del dinero detrás del abrigo y en su lugar dejó caer el falso, en el que había metido fajos de papel. El anciano recogió el bolso del suelo, gritó a Ishikawa que se alejaba disculpándose, y se metió junto con los secretarios en el edificio gris que albergaba el club. El bolso contenía diez millones de yenes.

—Diez millones... será que le gustan los números redondos. Pero el tío en el fondo no es mal hombre. Supongo que en realidad lo que quería era construir escuelas en Sudán y ayudar a los refugiados, como proclama oficialmente su asociación religiosa. Al menos en su subconsciente. Así que yo le ayudé a realizar el deseo de su subconsciente —dijo Ishikawa, riendo como un niño, con una sonrisa de oreja a oreja—. Mira, en esos países, habrá un montón de personas que mueren nada más nacer. Simplemente por el hecho de haber nacido allí. No tienen ni la

oportunidad de oponer resistencia, simplemente se caen muertos. En los huesos e infestados de moscas. Lo detesto.

No sé si sería verdad o no, según me contó, le dio un millón de yenes a una mujer de algún país extranjero que trabajaba en aquel club y que le había ayudado, se gastó otro millón ese mismo día y el resto lo envió a una ONG extranjera en la que trabajaba una antigua novia suya.

Ishikawa siempre había sido hábil con las manos y tenía mucha labia. Al principio solo robaba carteras cuando le hacía falta dinero; iba cambiando constantemente de trabajo y, antes de conocerme, formó parte de una famosa banda que se dedicaba a las inversiones fraudulentas.

—Siento algo especial cuando me fundo con la gente y atravieso una multitud. El tiempo tiene diferentes tonalidades, ¿verdad? Pues lo mismo pasa con la tensión al apostar en los juegos de azar, o al preparar un fraude. Ese instante en el que transgredes la ley, o cuando te acuestas con una mujer con la que no deberías hacerlo, como la novia de un mafioso, impregnan tu conciencia y la revitalizan. Es algo irresistible. Momentos intensos como esos exigen ser repetidos. Como si adquiriesen personalidad propia. Te suplican: Otra vez, quiero sentir esa sensación otra vez. Bueno, pues para mí lo más excitante es robar carteras.

Se dictó una orden de detención contra Ishikawa por el asunto de las inversiones fraudulentas. Él huyó primero a Filipinas, y más tarde hasta Pakistán y Kenia. Para cuando regresó se había apropiado de la identidad de un fallecido. Obtuvo carné de conducir, pasaporte y certificado de residencia nuevos y aparentemente era un hombre libre.

—Resulta que yo fallecí en Pakistán. Así que a partir de ahora me llamo Niimi. Y se supone que cuando tú me conociste, yo ya me llamaba así. Es un poco complicado, pero no te puedo dar más detalles. Y además también hay cosas que es mejor que no sepas.

Una de esas cosas sobre las que yo no podía preguntar, era una oficina en la que aparte de él no había nadie más, y a la que acudía de lunes a viernes para atender el teléfono. Contestaba las llamadas que recibía de vez en cuando, a las que les daba el nombre de una empresa probablemente ficticia, recogía envíos postales y recibía las raras visitas de un hombre que tenía pinta de ser funcionario. Las salidas conmigo estaban prácticamente restringidas a los sábados y los domingos.

A petición de Ishikawa, me pasé varias veces por aquella oficina para ayudarle a matar el tiempo. Y fue allí donde vi a aquel hombre. La puerta de la oficina se abrió de repente y cuando me giré sorprendido, ahí estaba. Nada más entrar, apagó la luz y sin decir palabra recorrió la estancia con la mirada. En cuanto lo vi, sin saber muy bien por qué, me arrepentí de haber ido allí aquel día. El hombre se adentró en la oficina sin abrir la boca, en medio de la oscuridad.

Tenía el aspecto de una especie de agente de bolsa, con el pelo negro y las gafas de sol, pero por alguna razón no conseguía deducir su edad; podría pasar por un

treintañero, pero también por un cincuentón. Iluminado por la escasa luz que entraba a través de las cortinas, su sombra se extendía sobre la pared de la oficina. La sombra, como es natural, se movía con cada uno de los movimientos del hombre, y el sonido de sus pisadas retumbaba de forma extraña a su alrededor. A la vez que miraba a Ishikawa, el hombre abrió una caja fuerte, sacó de su interior unos diez millones de yenes y se los metió en una maleta como si tal cosa. Entonces dirigió su mirada hacia mí.

—Nos volveremos a ver —aseguró tras quedarse un rato mirándome fijamente.

Yo no entendía lo que estaba pasando, así que decidí no abrir la boca. No obstante, cuando se hubo ido, Ishikawa siguió hablando sobre robar carteras, como tratando de evitar que yo dijera algo.

—Solo en una ocasión he odiado ser carterista. Mira, fue en una exhibición de fuegos artificiales. Muy de vez en cuando se encuentra un millonario mezclado con esa marabunta de gente, ¿verdad?

Al ver su comportamiento, preferí no preguntarle nada sobre aquel hombre. Supuse que quizá también entraba dentro del conjunto de cosas que era mejor que yo no supiese, así que intenté, sin éxito, borrar su existencia de mi memoria.

—Por ejemplo, un hombre de mediana edad que esté viendo el espectáculo desde el hotel con su amante, pero la mujer le pide que bajen para ir a comer fideos *yakisoba* o para pasear juntos —prosiguió Ishikawa—. Desde pequeño me encantan los castillos de fuegos artificiales. Es una forma de entretenimiento fantástica que incluso los pobres pueden disfrutar gratuitamente. Las chispas se elevan hasta el cielo para toda la gente por igual. —A veces Ishikawa tenía una expresión en la cara tan inocente que hasta le hacía parecer indefenso. Sin embargo, en aquella ocasión, con el recuerdo de aquel hombre aún flotando en el ambiente, no cesaba de mirar continuamente de un lado para otro—. Es realmente precioso. Es una de las bellezas de esta vida, de este mundo. Y sin embargo nosotros nos aprovechamos de esa belleza para conseguir nuestro propio objetivo, ¿eh? Aprovechando el despiste cuando todos están fascinados con esa belleza, nosotros la ignoramos y solo nos fijamos en los bolsillos. Eso es... no sé cómo decirlo...

Ésas fueron sus palabras pero, en lo que a mí respecta, los movimientos de Ishikawa sí que eran dignos de fascinar a cualquiera. Agarraba la cartera con tres dedos y me la pasaba a mí por detrás; yo sacaba el contenido y cuando se la devolvía él ya había cogido la siguiente cartera y, sin ni siquiera mirar, extendía el brazo y la volvía a meter en el bolsillo de su propietario. Para mis ojos, los movimientos de Ishikawa eran una de las maravillas de esta vida. En aquel momento ni se me pasó por la cabeza que aquellas maravillas, toda aquella habilidad, pudiera desaparecer ante mis ojos.

Capítulo 5

CUANDO salí afuera ya había parado de llover, así que dejé el paraguas en la cesta de una bicicleta que había allí al lado. Me abroché el abrigo, no presté atención al gato que por alguna razón me iba siguiendo y entré en un supermercado.

La temperatura dentro era tan alta que empecé a sudar. Me pareció ver a Tachibana, pero enseguida me dije que no podía ser él y al soltar un suspiro de alivio me di cuenta de que la dependienta tenía la vista fijada en mí. Metí en la cesta huevos, jamón y pan, cogí una botella de agua mineral y me dirigí hacia la caja registradora.

No dejaba de darle vueltas a los motivos por los que había regresado a Tokio. Quería tener noticias de Ishikawa, a pesar del riesgo que entrañaba volver después de la magnitud de aquel suceso violento. Sin embargo, no estaba seguro de que ése fuera el motivo real. Tal y como se produjeron los acontecimientos, había muchas probabilidades de que estuviese muerto. Con mi regreso, yo corría el mismo riesgo.

Apareció ante mi vista una madre con su hijo y me detuve. La mujer, que llevaba el cabello castaño y estropeado recogido en una cola, le dio un golpecito al niño con la rodilla y éste, al instante, metió unos filetes de pescado en una bolsa de papel que llevaba en la mano. La bolsa era de otra tienda y en su interior había una toalla. Se me aceleró el pulso y me sentí molesto conmigo mismo. El niño cogía los productos con gesto serio para cumplir con las expectativas de su madre. Me pareció que en los movimientos precisos de sus manos había una clara intención de evitar ser descubierto y que culpasen a su madre por ello. Llevaba puestos unos pantalones cortos de color azul, de los que asomaban unas piernas flacas, y una cazadora verde con las mangas y los bolsillos raídos. Dentro del supermercado, en el que resonaba un alegre hilo musical, la presencia de madre e hijo llamaba bastante la atención. Me quedé parado mirando la ropa que llevaba el delgaducho niño. La mujer le pegó, no sé si porque el niño caminaba demasiado lento. Pese a que la gente que los rodeaba se giró para mirarlos, el niño esbozó una sonrisa. Se me ocurrió que tal vez lo que estuviese sintiendo ese niño fuese vergüenza. Me pareció como si su sonrisa fuese un acto reflejo para asegurar a la gente que los miraba que él no era la clase de niño que recibe ese trato por parte de su madre, ni ella el tipo de madre que hace esas cosas, ocultando así también la vergüenza de su propia madre.

Sin darme cuenta, había empezado a seguirlos. En cuanto la madre le volvió a dar con la rodilla, el niño introdujo inmediatamente un bote de fideos instantáneos en la bolsa. Las manos del niño se movían con rapidez, pero la bolsa de papel que llevaba era demasiado pequeña y comenzaba a rebosar. Una mujer de mediana edad que llevaba puesto un abrigo azul marino los siguió con la mirada hasta que desapareció por la esquina del pasillo. Sin duda alguna, se trataba de una empleada del supermercado, contratada para atrapar a los que intentasen robar sus productos.

Parecía que el niño se había dado cuenta, pero no podía decírselo a su madre.

Me acerqué a madre e hijo y observé a la mujer de cerca. Era una mujer de aspecto demacrado, con ojos rasgados, bien entrada en la treintena. El chándal rojo que llevaba era nuevo, pero las sandalias estaban muy sucias. Se agachó para observar la sección de bollería, y mientras palpaba los productos con el dedo, decía algo entre dientes como si estuviese indecisa. Su cara no se parecía en nada a la de ella, pero de repente empecé a pensar en Saeko. La mujer cogió una caja de galletitas saladas y se disponía a llamar a su hijo, pero entonces me vio a mí inclinado a su lado. Estuve a punto de decirle algo, pero me contuve y empecé a levantarme. Sin embargo, la mujer me estaba mirando, como sorprendida. Mientras contemplaba su cara, las palabras salieron de mi boca casi a regañadientes.

—Os han pillado.

—¿Qué? —Me fulminó con la mirada, tratando de ocultar su miedo bajo el enfado. A su lado estaba su hijo, petrificado, con aspecto enjuto y desdichado.

—La que lleva un abrigo azul marino, esa que está ahí... es empleada de este súper. Seguro que os ha visto. Ahora en todas partes llaman enseguida a la policía, así que o lo compras o lo dejas todo en su sitio y te vas.

Aunque el pescado y la carne estaban bien ocultos bajo la toalla, habían superado la capacidad de la bolsa y por una esquina se asomaba el borde de un abultado paquete de aperitivos. Yo me dirigí hacia la caja y me puse a la cola. Había mucha gente esperando para pagar, sudando apelotonados unos contra otros como sardinas en lata.

Salí del supermercado y compré en una máquina expendedora la lata de café que me había olvidado de comprar en la tienda. Al encenderme un cigarrillo, vi que se acercaban por detrás la mujer y el niño de antes. El niño abrió el candado de la bicicleta de su madre y se quedó mirando la espalda de ésta, que se iba acercando hacia mí.

—¿Tú quién eres? —La mujer cerró uno de sus ojos, apretando con fuerza en el extremo, y se le contrajo la cara momentáneamente. Repitió ante mí ese tic nervioso.

—Simplemente vi que os habían descubierto y fui a decíroslo...

—¿Te estás riendo de mí? —Mientras me lanzaba una mirada furiosa, volvió a cerrar el ojo con fuerza—. Estoy alimentando a mi hijo como es debido. No tienes derecho a reírte de mí.

Detrás de ella, el niño parecía estar evaluando el grado de enfado de su madre. Hablaba con voz muy alta, como si se le hubiesen cruzado los cables. Mientras observaba su cara volví a pensar en Saeko.

Una vez Saeko me dijo: «A veces, cuando me dicen que he hecho algo imperdonable, me pongo contenta. Aunque no lo haya hecho a propósito. Porque yo le hago cosas desagradables a todo el mundo, incluso me hago cosas desagradables a mí misma». Siempre que se ponía a hablar de algo, Saeko bajaba un poco el volumen de su voz.

—No me estoy riendo de ti —le aseguré, y saqué de la máquina expendedora la lata de café que acababa de comprar—. Yo también he robado cosas... he visto que os han pillado y simplemente he ido a decírtelo. Lo normal sería que me dices las gracias. —La mujer me miraba con los ojos bien abiertos. Pensé que Saeko nunca me había mostrado esa expresión.

—¿Pero tú quién diablos eres?

—Eso da igual.

—¿De qué trabajas?

—No tengo trabajo. —A pesar de que le estaba diciendo la verdad, ella me miraba de arriba abajo. Como siempre que salía de noche por la ciudad, me había puesto expresamente mis mejores galas.

—Pero tienes dinero, ¿no? Llámame cuando te sientas solo. Serán diez mil yenes. —Dicho esto, sacó una tarjeta de visita del monedero. La tarjeta llevaba el nombre de algún club y la foto de la mujer, pero la dirección y el teléfono del establecimiento estaban tachados con bolígrafo y solo quedaba un número de teléfono móvil—. Mejoro bastante con el maquillaje puesto. Me basta con diez mil yenes.

La mujer agarró al niño del brazo, lo sentó en el portaequipajes de la bicicleta y desapareció pedaleando. El niño no se giró para mirarme.

Capítulo 6

CUANDO Ishikawa me lo contó estábamos en el pasadizo subterráneo que pasa por debajo de las vías del tren. Habíamos robado unas cuantas carteras, nos repartimos el dinero en el reservado del bar y habíamos vuelto a salir a la calle, pero Ishikawa me seguía reteniendo. Hizo intención de entrar en un aparcamiento pero finalmente se puso a andar de nuevo y acabamos entrando en el túnel. De vez en cuando pasaba alguna bicicleta pero por lo demás, a esas horas de la noche, en el paso subterráneo todo estaba en silencio. Bajo unos grafitis ilegibles se acumulaban latas de café y desechos podridos de recipientes de comida para llevar. Mientras nos adentrábamos en el túnel, intentaba espantar con la mano los insectos que pasaban volando ante mis ojos. Bajo el techo, de poca altura, resonaban levemente nuestras pisadas y la grava que arrastraban consigo. Justo en el centro del pasadizo había dos pequeñas bolsas de plástico negras, de contenido desconocido. Al tocarlas un poco con el pie, el plástico tenía una desagradable elasticidad, como si fuese una masa de carne negra.

—Esperaba encontrar un sitio mejor... el bar no estaba mal, pero quizá es mejor en la calle —dijo Ishikawa, y se apoyó contra la pared del túnel. Aquel día Ishikawa había estado bebiendo más que de costumbre. Me miró a la cara y abrió la boca para decir algo, pero volvió la vista al suelo, encendió un cigarrillo y le dio dos caladas—. Estoy trabajando para una empresa —prosiguió, sin mirarme a la cara—. Bueno, quizá no sea exactamente una empresa... en todo caso, estoy metido en algo que no sé muy bien lo que es. Tal vez. —En ese momento me puse en cuclillas y encendí también un cigarrillo. Al agacharme, el faldón del abrigo quedaba a ras de suelo, así que me lo metí entre las piernas dobladas y apoyé la espalda contra la pared—. Pero es muy arriesgado... tal y como están las cosas. Lo malo no es que me puedan detener... es que me temo algo peor incluso que la muerte. Es por eso que tengo que escapar ahora, mientras siga sin conocer los detalles.

—¿Pero de qué me estás hablando?

—Escúchame. —En ese momento apareció un vagabundo en la entrada al pasadizo; al vernos se dio la vuelta y volvió a salir lentamente, como arrastrando los pies—. Mientras siga teniendo la impresión de que no es más que un trabajo a tiempo parcial, me es posible escapar. Les dije que me quería ir de Tokio. Ellos ya saben cómo soy y que no voy a ir a la policía a contarles nada. Sin embargo se enteró aquel tipo. Y mira que no soy más que uno de sus subordinados que quiere dejarlo.

—¿A quién te refieres?

—A aquel hombre que viste un día en la oficina. Parece ser que lo llaman Kizaki, aunque ése podría no ser su nombre real. Es el jefe de esa empresa, o lo que sea. —Al oír esto me inquieté un poco. Ishikawa prosiguió—: Me dijo que me podía ir, pero que antes debía colaborar en algo. Si lo hacía, quedaríamos en paz con el tema del pasaporte y todo lo demás. «Porque estoy de buen humor», me dijo. Me aseguró que

pagaría mi parte, pero que le tendría que estar agradecido de por vida.

—¿Y de qué se trata?

—Atraco a mano armada.

—¡Qué dices! —Al oírlo sentí que perdía las fuerzas.

—No es lo que piensas. Para ser exactos, solo necesitan unos documentos. La víctima es un hombre mayor, un inversor, así que simularán un atraco y se llevarán el dinero y los papeles. Sí, habrá violencia; es lo que suele pasar cuando esos tíos se ponen nerviosos, que se ponen violentos.

—¿Qué tipo de documentos?

—Ni idea.

—Ahí hay algo raro... es mejor que lo dejes. —Tiré la colilla a la cuneta y me levanté.

—Bueno, pero es que lo importante viene ahora. —Ishikawa tomó aire. Una de las luces del túnel, que había estado parpadeando, al final se dio por vencida y se apagó del todo—. Dijo que tú también tenías que participar. El tío parecía saber mucho sobre ti.

—¿Qué?

—Me contó que formaste parte de la banda de Tanabe, ¿no es así? —El corazón cada vez me iba latiendo más y más fuerte—. También me dio detalles de vuestro modus operandi, cómo conseguíais información sobre las cerraduras de las casas que pensabais asaltar, si los propietarios tenían o no caja fuerte, cómo sobornabais a los informadores dándoles un tanto por ciento... Me dijo que erais unos auténticos profesionales y que por eso te quería en este golpe. Ese tío sabe bastante sobre ti.

—¿Y qué clase de tipo es?

—No lo sé. Yo pensaba que era un testaferro de la *yakuza*, pero parece ser que no es así. ¿Cómo te lo puedo explicar? Es un hombre muy excéntrico. Habla mucho, ríe mucho, y se rumorea que de vez en cuando comete algún asesinato.

Por la entrada del túnel apareció un hombre joven vestido con traje que iba murmurando algo. En cuanto nos vio se calló y aceleró el paso, cruzó el pasadizo y desapareció por el otro lado. En la atmósfera revuelta que dejó el joven a su paso flotaba un fuerte olor a alcohol.

—¿Y no podemos huir...?

—Está difícil. Parece ser que algunos de los que intentaron escapar de él, han muerto en el intento. Según he oído, no escatima esfuerzos. Al menos en ese aspecto sí que se parece a un *yakuza*.

—No te puedes fiar de él...

Por encima de nuestras cabezas pasó un tren, que supuse que sería de mercancías. Estaba tenso y sentía un ardor punzante en mi interior. Se me ocurrió que mi conciencia podría acabar por sentir únicamente esa calidez dentro de mí. Cuando la torre apareció ante mis ojos, el contorno de las sucias y negras bolsas de plástico tomó forma y se perfiló entre la oscuridad. Me quedé mirando esa basura que se

asemejaba a miserables trozos de carne.

—Pero si es un atraco a mano armada, entonces... ¿habrá que matar a alguien? Ya sabes que yo...

—No, para nada.

—¿Cómo que no?

—Quieren evitar a todas costa que intervenga la policía. Además, el viejo tampoco denunciará el robo. Al parecer el dinero viene de la evasión de impuestos, y él también correría peligro si los documentos cayeran en manos de la policía. Si matamos al viejo, se abriría inmediatamente una investigación, y eso no le interesa a nadie.

—Pero... sigue habiendo algo raro —concluí. Sin embargo, empecé a interesarme por el asunto. Ciertamente, en ese momento, había una calidez punzante en mi interior.

Lo que me impulsaba, más que los problemas que le podía causar a Ishikawa si huía yo solo, era la sensación de que algo se encaminaba en una dirección equivocada. En aquella época, cuando me veía en la tesitura de tener que elegir entre dos opciones, siempre escogía la acción frente a la pasividad, y la opción que me alejase del mundo. Mientras caminaba por detrás de Ishikawa, me daba la impresión de que el tiempo iba cobrando densidad a mi alrededor, y de que algo elástico y tibio me iba oprimiendo. Me vino a la mente la imagen de Saeko y, al salir del paso subterráneo, ahí estaba la torre de hierro, en la que no había reparado hasta ahora. La parte superior de la torre se erguía en medio de la noche y soportaba las inclemencias del frío cielo.

A la hora acordada, Ishikawa llegó a la estación acompañado por Tachibana. No sabía qué tipo de relación había originalmente entre ellos dos, pero a veces Tachibana se unía a nosotros cuando salíamos a robar carteras y parecía disfrutar observándonos. Sin mediar palabra, entramos los tres en la oficina en la que Ishikawa siempre estaba solo.

La oficina estaba totalmente vacía, ya no quedaban ni mesas ni sillas. Nos sentamos en el suelo y al momento entraron tres hombres. Me puse más nervioso, no había duda de que nos habían estado siguiendo y no se molestaban en disimularlo. Ishikawa parecía no conocerlos. Cada uno de ellos llevaba una maleta, que depositaron despreocupadamente en un rincón de la estancia, como si hubiesen venido a encargarse de la mudanza.

—¿Así que sois vosotros? —dijo con voz ronca el más alto de los tres mientras se sentaba en el suelo. Parecía estar bien entrado en la cuarentena, pero las extrañas arrugas que le cubrían el rostro hacían difícil juzgar su edad—. No tenéis pinta de cagarla. Ninguno de vosotros tiene cara de santo.

Nos lanzó una botella de agua a cada uno y yo me resistí a beber de la mía pero Tachibana, en cambio, comenzó a beber sin quitarles el ojo de encima. Los otros dos hombres rondarían la treintena, eran de estatura y complexión media, y al igual que el

más alto tenían en la cara unas llamativas arrugas; uno de ellos llevaba la cabeza rapada y el otro un corte de pelo al estilo militar, y ambos llevaban puestas sendas cazadoras algo sucias.

—Ahora os vamos a explicar cómo irá la cosa, el golpe será hoy mismo —continuó el hombre alto—. Ya sé que es un poco precipitado, pero preferimos hacerlo así no vaya a ser que os entre el pánico y lo vayáis contando por ahí... así que haceos a la idea. Cada uno recibirá cinco millones de yenes, supongo que no habrá quejas. —La cantidad era inexplicablemente elevada. Miré a Ishikawa, pero éste se mostraba impasible, igual que Tachibana. Yo decidí permanecer en silencio mientras miraba al hombre que seguía hablando—. Supongo que más o menos ya os lo habrá contado Niimi, pero os recuerdo que lo más importante es que durante el atraco no digáis ni una sola palabra; solo hablará Niimi.

En cuanto el tipo alto hubo dicho esto, se abrió la puerta y entró aquel hombre, Kizaki. No solo me pilló desprevenido a mí, los tres hombres también parecían sorprendidos. Vestía un traje negro de marca para mí desconocida, llevaba puestas unas gafas de sol y en la muñeca izquierda lucía un reloj de pulsera de marca también desconocida. En el cuello tenía una llamativa cicatriz morada. El hombre alto se dirigió a él para decirle algo, pero Kizaki lo acalló con un gesto de la mano.

—Hoy no tengo nada mejor que hacer —explicó, y retorció el rostro en un gesto similar a una sonrisa.

Los hombres enmudecieron y se prolongó un silencio tan profundo que hasta podía oír mi propia respiración. Se me contagió el nerviosismo de los tres subordinados y seguí con la mirada sus movimientos. Kizaki nos observaba con cara alegre en medio de aquel prolongado silencio. Por alguna razón inexplicable atraía las miradas de todos, parecía que de su cuerpo fluyese algo, una especie de electricidad que transmitía por el aire. Me notaba la piel tensa, dolorida.

—Por fin nos vemos —dijo finalmente, dirigiéndose a Tachibana y torciendo el labio. Parecía animado, no daba la impresión de ser la misma persona que yo había visto anteriormente en la oficina. Tachibana intentó sonreír para mostrarse imperturbable, pero lo delataba el sudor. Kizaki se dirigió a los otros hombres—: Bueno, como esto es muy importante... a ver, no es que no confíe en vosotros ni nada de eso. Hasta ahora habéis realizado a la perfección cualquier cosa que os hemos encargado. Pero a partir de ahora hablo yo, ya que tengo tiempo libre.

Los tres hombres asintieron con la cabeza y Kizaki se sentó relajadamente en el suelo entre ellos y nosotros. Yo tenía la garganta seca, así que me llevé a la boca la botella que nos habían dado antes. La distancia que había entre Kizaki y nosotros era demasiado corta.

—Lo más importante en un delito es la planificación. Los que cometen un delito sin ninguna planificación son unos idiotas. —Tras decir esto, por alguna razón, Kizaki se me quedó mirando a la cara—. Pero si cometen crímenes es precisamente porque son idiotas. Es algo inevitable. Pero, por el contrario, las personas realmente

brillantes tampoco hacen caso de las leyes. O mejor dicho: si no hubiese leyes, cometer delitos sería más aburrido. ¿Entendéis? —Kizaki seguía sin quitarme el ojo de encima. Yo no sabía qué decir, así que simplemente permanecí en silencio—. Y después viene el coraje. ¿Conocéis la novela *Crimen y castigo*? Bah, cómo la vais a conocer... pues ese Raskólnikov no tenía coraje.

Kizaki apenas movió un poco el cuerpo y, sin girarse, golpeó violentamente al hombre del corte militar, que estaba a su espalda. No me esperaba algo así pero me esforcé en no mostrar mi sorpresa. El del corte militar cayó al suelo y quedó tendido de lado, pero Kizaki siguió dándole puñetazos a la altura de la oreja, como si quisiera dejarlo clavado al suelo. Un potente sonido retumbaba una y otra vez. Mientras intentaba respirar lo más silenciosamente posible, algo me decía que lo mejor era no mover ni un músculo.

—Hay que mantener la calma aunque veáis algo así de repente.

El hombre al que había golpeado se fue incorporando poco a poco y, con la cara algo hinchada, retomó su posición anterior. Cuando Kizaki volvió a girarse hacia nosotros, observé que la expresión de su rostro permanecía impassible, pero respiraba con cierta dificultad por la boca. Daba la impresión de que más que una respiración entrecortada como resultado del esfuerzo de los golpes, había cierto tinte de satisfacción en ella, así que aparté la vista.

—Bueno, en pocas palabras, aunque quizá repita lo que ya os han dicho: en primer lugar, vosotros dos no digáis ni una palabra. Vamos a ir a la casa de un viejo inversor. Ese viejo es un claro ejemplo de esos cerdos que pululan a sus anchas por el mundo. —Volví a mirar hacia el hombre del corte militar, pero cuando nuestras miradas estaban a punto de cruzarse, vacilé y no supe adónde mirar. La voz de Kizaki, a pesar de ser baja, emergía con claridad entre los ecos de la violencia que aún flotaban en el ambiente. Debajo del traje llevaba una camisa blanca de alguna marca que no reconocí—. Como os van a llevar en coche, no hace falta que sepáis la dirección, pero tenéis que memorizar la distribución de la vivienda. Es bastante grande.

En cuanto Kizaki dijo esto, el hombre alto sacó un plano. Le temblaban un poco las manos. Parecía que ninguno de los tres hombres había digerido aún la idea de que Kizaki estuviese allí presente. Tanto el que había sido golpeado como el de la cabeza rapada permanecían inmóviles como si estuviesen petrificados. Lo único que hacían era mirar fijamente la espalda de Kizaki mientras el sudor les caía a chorros.

—En esta casa vive el anciano inversor junto con una mujer, que es algo así como su asistente del hogar a la vez que amante. La esposa del viejo no está en la casa. Es decir, solo hay dos personas. Antes ya había tenido otras dos mujeres así, pero se quedaron embarazadas y lo dejaron. También tiene una secretaria, pero esta semana se ha cogido vacaciones y está fuera de Japón.

»Vuestra misión es intimidar y atar a la mujer para que no suponga un estorbo; es decir: labores de asistencia. Solo Niimi podrá amenazarla verbalmente, hablando

como si fuese chino. Supongo que ya os lo habrán explicado antes. Además, vosotros ya tenéis experiencia en atracos a mano armada —Kizaki miró hacia Ishikawa y torció el labio; Ishikawa asintió levemente—. Como es de esperar, la amante es muy atractiva, pero ni se os ocurra haceros ilusiones. No creo que a vosotros os falten las mujeres. Pero en todo caso, como os vamos a pagar cinco millones de yenes, con eso os podréis tirar a todas las que queráis. Sí, la recompensa son cinco millones. Nada que objetar, ¿verdad? —Ya era la segunda vez que nos lo decían, pero asentí con la cabeza.

»Los mafiosillos de poca monta de por ahí son unos lerdos, no me sirven. En cuanto ven a una mujer pierden el control. Van dejando saliva o semen, la matan a la mínima, y si la mujer se resiste y les araña le quedan restos de piel en las uñas. — Cuando dijo esto, los otros tres hombres rieron un poco, como en respuesta—. Y aunque se les reparta el botín, siguen haciéndose más ilusiones. Pero creo que no tengo que preocuparme por vosotros. No sois tontos y además, según me contó Tanabe, Nishimura no da problemas a la hora de repartir el dinero. —Hice un esfuerzo por mantenerme impasible, pero no podía evitar que el sudor me corriese por el rostro. Nishimura era mi verdadero nombre, y yo no se lo había dicho a nadie en aquella habitación, ni siquiera mis amigos lo conocían. Intenté mirar a Ishikawa, pero no pude establecer contacto visual con él. Kizaki dirigió la vista hacia Tachibana y siguió hablando—: A ti no te conozco, pero creo que no habrá problemas. Eres ambicioso. Eso salta a la vista. Las personas ambiciosas no arriesgan la vida cuando hay tal cantidad de dinero de por medio. Bueno, mirad el plano. Aquí está el dormitorio de la mujer. Según las escuchas que hemos llevado a cabo, el viejo llama a la mujer para que vaya hasta su propia cama, pero él mismo no va nunca a la de ella. Por lo tanto vosotros tres, en cuanto entréis en la casa, os dirigiréis a esa habitación y ataréis a la mujer. En el caso de que ella no estuviese en su habitación, iréis inmediatamente a la del viejo y la inmovilizáis allí. No tenéis que tratar con el viejo para nada. Centraos simplemente en atar a la mujer. Y aseguraos de que no grite. Así de sencillo.

Cada vez suspiraba más al hablar, como si estuviese cansado. El hombre alto hizo ademán de tomarle el relevo, pero Kizaki lo detuvo con un gesto de la mano. En ese momento, la cicatriz morada que tenía en el cuello parecía más grande.

—En realidad, este asunto es tan interesante que hasta me entran ganas de participar en él yo mismo. El anciano inversor tiene metidos en su caja fuerte ochenta millones de yenes, fruto de la evasión fiscal. Además, también guarda ahí unos documentos que para nosotros son muy importantes. Ellos amenazarán al viejo y harán que les abra la caja fuerte. Vosotros no hace falta que intervengáis en esto y, si puede ser, es preferible que tampoco miréis. Aunque quizá eso sea imposible. A la mayoría de hombres les pasa con el dinero lo mismo que con las mujeres bellas, que se les va la vista inconscientemente. Para intimidarlos usaréis espadas japonesas. Para atemorizar de verdad a alguien son mejores que las pistolas, además no hacen ruido.

Luego os entregaré la soga con la que ataréis a la mujer. Es el mismo tipo de cuerda que usó hace un mes una banda de atracadores chinos. Las ropas, guantes y calcetines que os pondréis también son artículos que solo se venden en China. Y además una de las prendas en realidad la llevaba puesta uno de esos atracadores chinos. Mis hombres ya se encargarán de que se les enganche convenientemente la ropa en una puerta, dejando así muestras del tejido en la habitación. Como llevaréis puesto un casco que os cubrirá toda la cara, no se os podrá caer al suelo ni una pestaña. También hemos preparado dos tipos de calzado: unos con las suelas desgastadas y otros idénticos a los que usó aquella banda de atracadores. Todos los miembros de esa banda han sido ya liquidados por ciertos tipos de Shinjuku, y no quedan de ellos ni los huesos. Aunque el viejo decidiese autodestruirse comunicándole a la policía lo de la evasión fiscal y los documentos, a la policía le costaría mucho trabajo llegar hasta la banda de atracadores; y como éstos ya están muertos, la investigación no podría continuar. Es una de las condiciones para un crimen perfecto: camuflarlo como el crimen de alguien que ya no está en este mundo.

»No va a haber ningún asesinato, así que podéis estar tranquilos. Si lo hubiese, la policía se emplearía a fondo y pondrían a investigar a un montón de detectives. No tenemos ninguna necesidad de hacer algo tan estúpido. Es mejor dejar al viejo y a la mujer vivos para que den información contradictoria a la policía. Y lo más importante es que el viejo no sabe que lo que nosotros queremos en realidad son esos documentos.

»No habrá ningún elemento que nos delate —prosiguió Kizaki tras detenerse para inspirar profundamente—. El golpe será realizado con tal precisión que en estos momentos ya se puede decir con total seguridad que dentro de unas horas ese viejo se va a quedar sin su dinero y sin los documentos. Aun en el caso de que alguno de vosotros metiese la pata y dejase alguna prueba, no hay nada que os relacione conmigo. A partir de hoy esta oficina dejará de existir. Aunque os detengan y contéis algo, lo único que podéis decir es que estabais colaborando con unos misteriosos desconocidos. Y en realidad así es. Si a pesar de todo habláis con la policía y colaboráis en la investigación, lo más seguro es que paséis una temporada a la sombra acusados de atraco a mano armada. Dentro de la cárcel tenemos colegas entre los convictos, gente que estaría encantada de poder hacernos un favor. Y si lográis salir con vida, la muerte os llegará en cuanto pongáis un pie en la calle. Será una muerte repentina, inesperada, apuñalados por una mujer en medio de una muchedumbre, o tras ser disparado desde la distancia, o acuchillado súbitamente dentro de un ascensor por alguien con quien parecía que habías coincidido allí dentro por casualidad. En resumen: lo que tenéis que hacer es no cometer ningún error; no dejar que os atrapen; y finalmente recibir el dinero con gratitud. Eso es todo.

Al acabar de hablar sus labios se relajaron y se encendió un cigarrillo. En la oficina vacía reinaba el silencio hasta que resonó con fuerza el sonido ocasionado por el hombre alto al abrir su botella de agua. Al ver a Kizaki fumando me pregunté por

qué no había fumado yo nunca en esa oficina. La cara del hombre con el corte militar me parecía aún más hinchada. Tachibana tomó un poco de aire y abrió la boca como para vocalizar su oposición. Ishikawa permaneció en silencio.

—Me gustaría preguntar un par de cosas, solo para asegurarme... primero, el coche que vamos a usar, ¿es seguro? ¿Y cómo vamos a abrir la cerradura de una casa tan enorme? Y también... sobre nuestra parte... ¿cuándo nos la pagaréis?

Kizaki se aclaró la garganta con gesto cansado y apagó el cigarrillo. Hizo un movimiento con la mano y el hombre alto empezó a hablar.

—El coche es una furgoneta robada, pero un excelente falsificador le ha cambiado el número de identificación del vehículo. Aunque nos paren en algún control, mi permiso de conducir falsificado coincide con los papeles del coche. Y si toman nota del número de matrícula, como corresponde a un vehículo que no existe, no pueden llegar hasta mí. Además, nosotros ya sabemos dónde van a estar colocados hoy los controles. También conocemos las posiciones de los radares y de las cámaras de reconocimiento automático de matrículas. ¿Qué era lo otro?

—La cerradura... y también cuándo nos pagaréis.

—Vuestra parte la recibiréis en la furgoneta, cuando ya haya acabado todo. Es más seguro, incluso para vosotros mismos, que citarnos después en cualquier sitio. En cuanto a la cerradura, ya tenemos un duplicado de la llave. Es una puerta que cuesta bastante de forzar, y no podemos permitirnos abrirla haciendo ruido en medio de la noche.

Kizaki se puso en pie y al instante se levantaron los otros tres hombres, dando por concluida la reunión. Yo quería preguntarle por qué no se encargaban del asunto esos tres tipos que tenía delante, por qué nos lo encargaba expresamente a nosotros, pero era incapaz de abrir la boca.

—¿Está claro? —dijo Kizaki con una voz débil, como si ya hubiese perdido todo el interés en la conversación—. Recordadlo bien: no todos los delitos son iguales. Un atraco a mano armada sin ninguna planificación es el colmo de la estupidez; la ganancia es pequeña y el riesgo es enorme. Estos tres tíos que irán con vosotros antes trabajaban así, pero yo les enseñé el sistema como es debido. Si conoces la forma de investigar de la policía y la utilizas a la inversa, automáticamente obtienes un método para que no te pillen. Lo fundamental es la planificación. En vez de dedicaros en sigilo a cosas sin importancia, usad bien la cabeza. Obviamente, ahora vais a ir a casa de ese viejo, porque yo he ordenado que así sea. Mientras dure el atraco, prestad atención a todo cuanto suceda y disfrutadlo, puesto que vais a saborear algo que el resto de la gente no experimentará nunca en su vida.

Capítulo 7

A LA una de la madrugada nos subimos a la furgoneta y allí dentro nos cambiamos de ropa; por alguna razón las prendas eran de nuestra talla, pero desprendían un penetrante olor corporal. Los otros hombres levantaron la alfombrilla del suelo de la furgoneta y abrieron una trampilla negra.

—Las espadas están dentro de este asiento de aquí —dijo el hombre alto mientras introducía nuestras ropas en la cavidad del suelo—. Aquí se pueden meter drogas o cualquier otra cosa. Incluso personas.

Tras esperar un rato dentro del vehículo, al fin se abrió la puerta y se sentó en el asiento del conductor un hombre al que no había visto nunca. Saludó a los otros hombres inclinando levemente la cabeza y acto seguido pisó el acelerador. La furgoneta recorrió la ciudad en medio de la noche, atravesando estrechos callejones y deteniéndose de vez en cuando en los semáforos.

Fumábamos sin intercambiar palabra y mirábamos constantemente por la ventana sin motivo aparente. Yo seguía con mirada indiferente a un hombre que iba en bicicleta, o admiraba la elegancia de la pareja de mediana edad que circulaba en el coche de al lado. Como se acercaba la Navidad, las casas ya estaban vistosamente iluminadas. Había relucientes muñecos de Santa Claus trepando por las paredes, e hileras de lucecitas azules, verdes y rojas brillaban en todas las casas.

—Éste es solo el conductor, así que cuando nosotros nos bajemos él desaparecerá con la furgoneta durante algún tiempo, ya que no podemos dejar un vehículo sospechoso aparcado delante de la casa. Si todo sale bien, le llamaré al móvil y volverá a traerla. Cuando hayamos cogido el dinero, os haré una señal con la mano y entonces vosotros salís primero y os volvéis a meter en la furgoneta junto con estos tíos. Yo me tendré que quedar a encargarme de algunos asuntos para que no quede ningún cabo suelto, como amarrar al viejo y a la mujer a una columna, o cortar la línea telefónica, para que no puedan denunciar el atraco inmediatamente. En cualquier caso, es importante actuar con rapidez.

Atravesamos un paso a nivel y ascendimos sigilosamente una suave pendiente. Tras dejar atrás las luces de las casas adornadas, cuyas decoraciones navideñas parecían competir entre sí, la oscuridad iba poco a poco ganando terreno a nuestro alrededor.

—¡Es esa de ahí! —dijo el hombre, y al mirar hacia donde señalaba vimos una casa de dos plantas relativamente nueva. Era enorme y su diseño, que enfatizaba el carácter cuadriculado de la estructura, sugería más bien un moderno bloque de oficinas. El jardín no era tan grande como cabría esperar, pero tenía un trozo de césped y había unos cuantos árboles plantados de forma asimétrica, como si los hubiesen arrancado y plantado de cualquier manera—. Ésta es la casa que el viejo tiene en Tokio —explicó el hombre alto. En el vecindario había otras opulentas

viviendas similares, y tanto las farolas como los senderos estaban muy bien cuidados.

Nos pusimos el casco dentro de la furgoneta y nos dieron a cada uno una espada enfundada en su vaina, iguales que las que ellos llevaban. Pero no eran las típicas espadas japonesas, sino más bien una especie de toscos cuchillos de cocina, solo que un poco más grandes y alargados; un arma que únicamente inspiraba miedo, pues carecía de toda majestuosidad o serenidad. Mientras la furgoneta se iba desplazando lentamente, los hombres inspeccionaban los alrededores. Finalmente el vehículo se detuvo sigilosamente.

—Primero iré yo solo y abriré la puerta de la casa —dijo en voz baja el hombre de la cabeza rapada, quien llevaba puesta una cazadora verde y no había abierto la boca hasta ese momento—. Pase lo que pase, solo hablará Niimi; vosotros dos no digáis ni una palabra.

El de la cabeza rapada se bajó de la furgoneta, con la espada sujeta por el cinturón, abrió sin hacer ruido la puerta de acceso al jardín y se dirigió hacia la casa. En ese momento se encendió la luz del recibidor, lo que me pilló totalmente desprevenido e hizo que contuviese la respiración por acto reflejo. La luz iluminaba la silueta del hombre sobre el césped en el centro del jardín. Tachibana iba a decir algo, pero el hombre alto lo acalló alzando la mano.

—Es solo luz —le susurró el hombre—. Es solo una luz que se enciende. Lo hemos investigado todo sobre esta casa. Esa luz no está conectada a nada. No hay nadie por ahí, así que no pasa nada porque se encienda. No es más que un mecanismo de seguridad.

El de la cabeza rapada metió la llave en la cerradura y tras abrir un poco la puerta nos hizo una señal. Nos bajamos todos de la furgoneta y avanzamos por el césped iluminados por la luz, formando una fila negra, hasta llegar al recibidor. Me recordó a la tensión que sentía en los tiempos en que pertenecía a una banda de rateros, una tensión que me dejaba la garganta seca. La furgoneta en la que habíamos venido empezó a alejarse silenciosamente. El hombre alto se aseguró de que habíamos entrado todos al interior de la casa y luego cerró la puerta suavemente.

Tras el recibidor se extendía un oscuro pasillo, frío y silencioso. Me vino a la memoria la añorada sensación de extrañeza al entrar en la casa de otra persona sin haberme quitado los zapatos. Siguiendo a Tachibana e Ishikawa, me dirigí hacia la habitación de la mujer, que se encontraba antes del lavabo que había al fondo del pasillo. El anciano debía de estar en su dormitorio del segundo piso. Los otros hombres subieron por la escalera poco a poco y desaparecieron en medio de la oscuridad. Nosotros debíamos encargarnos de inmovilizar a la mujer y llevarla atada hasta la habitación del anciano en la planta de arriba.

Nos detuvimos ante la puerta de madera y respiramos hondo. Ishikawa fue abriendo la puerta lentamente y entramos en la habitación. Todo estaba oscuro, pero en un rincón del amplio dormitorio estaba la cama y sobre ella se distinguía un bulto. Ishikawa se fue acercando a la cama con unos trozos de cinta aislante, previamente

cortados, en la mano. En caso de que la mujer opusiese resistencia, Ishikawa y Tachibana la inmovilizarían mientras yo la amenazaba mostrándole la espada. Agarré la vaina y contuve la respiración. Ishikawa estaba acostumbrado a caminar amortiguando el sonido de sus pisadas. Pero justo cuando estaba a punto de taponarle la boca a la mujer dormida con la cinta, Tachibana pisó algo y se oyó un fuerte ruido de plástico rompiéndose. Cuando me giré para mirar hacia Tachibana, oí un susurro ininteligible de una voz femenina proveniente de la cama. Ishikawa tapó la boca de la mujer con una mano e inmovilizó su cabeza con la otra; luego le dijo algo al oído. La mujer asintió varias veces con la cabeza, pero su cuerpo se seguía retorciendo como por acto reflejo, y emitía violentos suspiros mezclados con leves gemidos, hasta que al fin se calmó y se quedó en silencio. Ishikawa encendió la luz de al lado de la cama y Tachibana, para evitar asustar demasiado a la mujer, fue desenfundando su espada poco a poco. La mirada de la mujer fue de la larga espada de Tachibana a los brazos de Ishikawa y luego hacia mí, que estaba de pie ante la puerta. Exhortada por Ishikawa, la mujer salió de la cama, respirando violentamente por la nariz. Solo llevaba encima una camisola, no llevaba ni siquiera ropa interior. Ishikawa la hizo sentarse en el centro de la habitación y le ató con la cuerda las manos a la espalda.

La mujer era hermosa, alta y delgada. Al tener los brazos atados a la espalda, los movimientos de sus pechos por debajo de la camisola resultaban más evidentes. Su cuerpo se retorcía en espasmos de terror, y sus largas piernas indefensas se extendían por el suelo. Al temer por su vida, había olvidado por completo su propia anatomía femenina y dejaba expuestas todas las curvas de su cuerpo, del que se desprendía un aroma a perfume. Sumido en el miedo y el peligro, el cuerpo de la mujer, sin que ella se lo propusiera, parecía atraernos a todos como si fuese el fuego de la vida. Ishikawa comprobó bajo la luz que los brazos de la mujer estaban bien atados. Seguidamente le susurró de nuevo al oído, cortó otro trozo de cinta y volvió a cubrirle la boca. La figura de esta bella mujer, iluminada por la lámpara, destacaba sobre todo cuanto la rodeaba y, por alguna razón, parecía cernirse sobre mí. Me venía a la memoria una y otra vez la imagen de Saeko. Al darme cuenta de que durante un rato me había quedado mirando fijamente a la mujer, aparté la vista. Noté que Tachibana evitaba tocarla por todos los medios, y tampoco Ishikawa la tocaba más de lo estrictamente necesario. Ishikawa la cubrió con una manta de algodón que había sobre la cama, la agarró de los brazos por donde los tenía atados, y la hizo levantarse poco a poco. La mujer subió las escaleras entre Ishikawa, que iba por delante, y Tachibana, que la escoltaba por detrás. El intenso perfume de su cabello se mezclaba con el olor corporal de un desconocido que desprendía la cazadora que yo llevaba puesta.

Desde el dormitorio del anciano, en la segunda planta, se filtraba claridad; también se oían débilmente unas voces. Al abrir la puerta la luz era cegadora. En la habitación, que era el doble de grande que la de su amante, estaban los tres hombres con las espadas desenfundadas y el anciano de pelo canoso, con los brazos totalmente inmovilizados con una cuerda detrás de la espalda, tirado en el suelo como un

insecto.

Los hombres nos miraron un segundo mientras entrábamos con la mujer y luego se giraron de nuevo hacia el anciano. Hablaban entre ellos en chino, bajo la atenta mirada del hombre mayor. Nos hicieron un gesto con la mano para que sacásemos las espadas. El anciano no decía nada, únicamente nos observaba furiosamente con los ojos muy abiertos.

—Abre la caja fuerte, que no te vamos a matar. —Me di cuenta de que el hombre alto, en vez de chapurrear el japonés, más bien hablaba como lo haría un extranjero que lo hablase relativamente bien, con sutiles diferencias en la pronunciación.

—No me... —suplicó el anciano con voz ronca y turbia, similar al graznido de un ave salvaje.

—No me obligues a repetírtelo.

—Pero si me matáis no podréis abrir la caja fuerte —sugirió el anciano, intentando oponer una débil resistencia, pero la voz le temblaba y todo su cuerpo estaba empapado de sudor.

—Mi jefe dice que le da igual, que podemos matarte o podemos no matarte. Si decidimos liquidarte, nos llevaremos la caja fuerte con nosotros y la abriremos en el taller. Nos da igual. Bueno, me estoy cansando. ¡Hazlo ya!

El hombre del corte militar se acercó indiferentemente al anciano con la espada en la mano.

—¡Que no te salpique la sangre! Ponte por detrás y córtale el cuello.

—Entendido.

—¿De verdad que no me mataréis? —gimió el anciano.

—Tú decides.

—Seis, cinco, dos, dos, uno, asterisco, asterisco, cero, cinco.

El hombre de la cabeza rapada se sentó frente a la caja fuerte, de color plateado, que estaba empotrada en una estantería que había en un rincón de la habitación. Introdujo la combinación y la caja se abrió. El hombre alto sacó el teléfono móvil, habló con alguien en chino y enseguida colgó. Lo que había en el interior de la caja fuerte era una cantidad mucho mayor que los ochenta millones de yenes que nos habían dicho al principio. Tachibana soltó una amarga risa gutural. El hombre alto le lanzó una bolsa blanca y el de la cabeza rapada fue metiendo el dinero en ella sin decir palabra.

—¡Un momento! ¡Llevaos solo el dinero! —gimió el anciano en cuanto el de la cabeza rapada cogió un fajo de documentos y sobres.

El hombre alto le contestó algo en chino, que obviamente el anciano no entendió.

—¿Qué?

—Que también nos llevamos los certificados de acciones y los títulos de propiedad.

—No, eso no son certificados de acciones. Son papeles que no os sirven de nada a vosotros.

—No sé qué pone aquí, no lo entiendo —dijo el de la cabeza rapada mirando los papeles e intercalando palabras en chino.

—¡Os digo la verdad!

—¡Calla!

En cuanto el hombre alto, como si se le hubiese acabado la paciencia, le hizo una señal al del corte militar, el anciano enmudeció. La mujer permanecía sentada y ensimismada, con los ojos muy abiertos. El anciano forcejeaba para liberarse, y se estremecía y se sacudía aparentemente desconcertado.

—De verdad que no son lo que os pensáis —repetía el anciano una y otra vez mientras observaba al de la cabeza rapada coger la bolsa y levantarse del suelo.

El hombre alto nos señaló con la mano hacia la puerta y nosotros salimos de la habitación. Al salir miré a la mujer, que seguía distraída y con sus largas piernas estiradas relajadamente; la manta se le había caído de los hombros. El hombre del corte militar abrió la puerta del recibidor e inspeccionó los alrededores. La hilera de casas permanecía en calma. La furgoneta se acercó lentamente y nosotros salimos del recibidor en cuanto el hombre nos hizo la señal. La puerta de la furgoneta se abrió lentamente justo delante de la entrada. Había sido todo demasiado fácil.

—¿Y el otro tío? —preguntó Tachibana, con voz un tanto exaltada, a los otros hombres. Supuse que se refería al hombre alto, que se había quedado en la habitación.

—Espera un poco más. Supongo que ya os lo dijo: está atando los últimos cabos sueltos. Si diesen parte inmediatamente tendríamos problemas.

Mientras ellos hablaban, el hombre alto salió de la casa y sin más se sentó en el asiento del copiloto. La furgoneta, igual que había llegado, se puso lentamente en marcha.

Antes, en aquella banda de rateros en la que estuve, al finalizar el golpe todos nos echábamos a reír, como si nos sintiésemos liberados. Sin embargo, estos hombres permanecían en silencio. Como si hubiesen acabado un trabajo cualquiera, se quitaron tranquilamente las cazadoras dentro de la furgoneta, metieron los cascos y la bolsa con el dinero en el hueco que había bajo las alfombrillas del suelo, e introdujeron las seis espadas dentro de la cavidad oculta en uno de los asientos. Tras concluir estas tareas, los hombres suspiraron como si estuviesen aburridos. En ese instante Ishikawa, que estaba sentado a mi lado, puso su mano sobre la mía y me pasó un trozo de papel.

—A ver —empezó Tachibana—... si iba a ser así de fácil, ¿no podríais haberlo hecho vosotros solos? O mejor dicho... para empezar, ¿por qué nosotros?

No me quitaba de la cabeza el papel que me había pasado Ishikawa, pero dirigí mi atención hacia la respuesta que le darían a Tachibana. El hombre alto encendió un cigarrillo y, como para mostrar que no tenía ganas de hablar, contestó sin girarse.

—Lo podríamos haber hecho los tres solos, pero por precaución es mejor aumentar el número de personas. De esta forma la víctima se siente aún más coaccionada; además, si el viejo se hubiese negado a colaborar, hubiésemos

necesitado a más personas para poder salir con la caja fuerte a cuestas. ¿Qué era lo otro?

—¿Por qué nosotros...?

—Ah, pues en realidad íbamos a usar a otros tres tíos, unos colegas nuestros. Pero es que el jefe se enteró de que Niimi se iba a ir de Tokio y cambió de idea. En pocas palabras, vosotros sois una especie de incentivo añadido. Supongo que le gusta darles dinero a gánsteres de poca monta como vosotros.

Bajé la cabeza haciendo ver que me iba a rascar el tobillo y aproveché para leer el trozo de papel de Ishikawa. En él se leía: «Sal de Tokio inmediatamente. Mañana a las siete de la tarde, frente a la salida norte de la estación Shin-Yokohama».

—Sí, pero... —insistió Tachibana.

—¡Qué tío más pesado! Yo tampoco sé lo que le pasa por la cabeza. Pero de todas formas, sois afortunados. Como él mismo dijo, basta con que le estéis agradecidos desde allá donde os encontréis. Hasta ahora han ido ocurriendo cantidad de cosas muchísimo más extrañas, y todas han sido idea suya. Y si he aprendido algo es que cuando él dice que uses a cierta persona, puedes estar seguro de que esa persona no la va a cagar. Yo también, en cuanto os vi, pensé que lo haríais bien. Supongo que querría ofrecerle un último trabajo a Niimi y darle algo de dinero antes de que se vaya; para hacerle sentir en deuda con él, por así decirlo. Ha habido otros tipos como él, aunque no muchos. Le gusta la gente joven, así que no es que esté pensando en haceros algo. No hay razón para que tenga miedo de que unos simples mafiosillos como vosotros vayan por ahí campando a sus anchas. Incluso cuando ayudó a Niimi en Pakistán, para él no era más que un juego. Esta vez también, el guión estaba muy bien escrito desde el principio, y no era nada complicado: simplemente permanecer callados y atar a la mujer. Vaya, que habéis tenido mucha suerte. —Tras decir esto, reprimió un bostezo y apagó el cigarrillo. El coche atravesó un callejón oscuro y fue a salir al solar que había quedado tras la demolición de una fábrica—. Aquí está bien, para la furgoneta.

Los hombres se bajaron del coche y empezaron a cambiarse de ropa. A nuestro alrededor había esparcidos jirones de neumáticos que parecían carne blanda, escombros oxidados de un edificio prefabricado, y una camioneta blanca con los cristales rotos. Mientras me cambiaba me fui alejando un poco de los hombres, pero Ishikawa no pilló la indirecta; se desvistió en silencio y se puso de nuevo su propia ropa.

—Os vamos a dar el dinero —anunció el hombre alto. Entonces el de la cabeza rapada abrió la puerta de la furgoneta, se metió dentro y volvió a salir, como si tal cosa, con un fajo de billetes en la mano.

—Cinco millones. Ninguna queja, ¿no? Ha sido bien fácil. Más bien, hablando claro, esto es tirar el dinero.

Nos entregaron a cada uno nuestra parte. Luego el hombre alto bostezó y seguidamente el conductor se frotó los ojos.

—Ahora os dejaremos en algún sitio para que podáis coger un taxi o algo. Ah, Niimi, a ver si puedes ponerte tú al volante un rato. Ni yo ni él hemos dormido nada, podríamos tener un accidente.

La furgoneta atravesó estrechos callejones bordeados por hileras de casas y fue a salir a una carretera nacional. Tanto el conductor como el hombre alto se habían quedado dormidos, así que fue el de la cabeza rapada quien dio instrucciones a Ishikawa sobre dónde detener el vehículo. Me era imposible saber dónde estábamos. A lo lejos vi una tienda abierta las 24 horas, pero aparte de eso no había ningún otro establecimiento destacable, y además la distancia entre las farolas era amplia, por lo que estaba bastante oscuro.

—Bajad rápido. Escondeos el dinero entre la ropa. Como también sois carteristas, seguro que tenéis bolsillos secretos para meterlo. Aunque bueno, no creo que vayáis a cometer ningún error para que os pare la poli.

Tachibana fue el primero en salir de la furgoneta, y yo bajé tras él. Ishikawa también hizo intención de bajar, pero lo retuvo el hombre de la cabeza rapada.

—Lo siento mucho, pero... ¿podrías conducir un poco más? Es que éstos se han quedado dormidos, y ahora tenemos que ir hasta Shinagawa para deshacernos de la furgoneta. Por favor, solo hasta la mitad del camino.

—No, es que yo... —contestó Ishikawa, y el de la cabeza rapada se echó a reír.

—Hay que ver, os ponéis nerviosos por nada. Está bien, solo hasta llegar a la carretera de circunvalación Kannana, y a partir de ahí ya conduciré yo. Aunque es un coñazo...

Miré a Ishikawa y vi que éste asentía levemente con la cabeza, así que lo único que pude hacer fue quedarme en silencio mirando cómo se cerraba la puerta ante mis ojos. El vehículo se puso en marcha y fue aumentando la velocidad gradualmente hasta que al fin desapareció en la oscuridad. El lugar se quedó repentinamente en silencio.

Tachibana y yo nos quedamos allí parados y sin intercambiar palabra durante un rato. Yo seguía pensando en Ishikawa mientras fumaba y miraba indiferentemente a los coches que pasaban de vez en cuando por allí. Cuando le pregunté a Tachibana por el mensaje de Ishikawa, éste se estaba encendiendo su segundo cigarrillo.

—Que te vayas de Tokio, ¿no? —dijo, y se rió un poco—. A ver, ese tío se asusta por nada. ¿Acaso no ha sido pan comido? Pues yo me voy a quedar aquí. Hay tíos a los que tengo que ver, y mujeres a las que me quiero tirar.

—Pues yo... me voy a ir.

—Haz lo que te parezca. Pero ha sido genial. Y encima ha sido fácil y no nos cogerán. —Tachibana se quedó en silencio, como si estuviese pensando en algo.

—¿Quién es ese hombre?

—¿Ese tal Kizaki? ¡Y yo qué sé! De todas formas, es mejor no saberlo. Como él mismo ha dicho, basta con estarle agradecido interiormente desde algún lugar.

Fui andando con Tachibana hasta la tienda de 24 horas para llamar a un taxi.

Cuando llegaron los dos taxis al aparcamiento Tachibana lanzó la colilla al suelo artificialmente.

—Adiós, ya nos volveremos a ver por ahí —me dijo—. Las personas como nosotros están destinadas a volver a encontrarse en alguna parte.

Me fui directamente en el taxi hasta la estación de Shin-Yokohama. Con el amanecer la ciudad aparecía difuminada y azulada, y tanto los edificios, como las calles y los escasos viandantes se perfilaban entre esa atmósfera azul. Me bajé del taxi y entré en un hotel de negocios que había frente a la estación. La recepcionista me insistió en que apenas quedaban unas cuantas horas hasta que tuviese que dejar libre la habitación. Yo le dije que no me importaba pagar por dos noches de alojamiento; pagué y entré en la habitación.

Me acosté en la cama y noté que aún tenía el cuerpo tenso. No me quitaba de encima la sensación de que aún estaba dentro de aquella furgoneta, y a la vez también sentía que aún estaba en la habitación de aquel anciano. No parecía probable que pudiese conciliar el sueño, así que se me ocurrió llamar a un burdel, pero pensé que a aquellas horas ninguno tendría mujeres disponibles. Encendí un cigarrillo y me puse a pensar sobre qué sería de mí a partir de ese momento. No dejaba de darle vueltas a qué haría, a qué me dedicaría y por qué viviría. Mientras me venían a la mente imágenes de la mujer atada que había visto en el dormitorio del anciano, me puse a recordar de nuevo a Saeko.

Se acercaban las siete de la tarde, la hora a la que Ishikawa me había citado, y yo apenas había podido dormir nada. En la salida norte de la estación de Shin-Yokohama había mucho movimiento de gente. Al verme ante todas esas personas con mucha más fuerza y vitalidad que yo, que apenas había dormido, me entró un leve dolor de cabeza.

Pasaron las ocho y después las nueve de la noche, pero Ishikawa seguía sin aparecer. Me quedé sentado y fumando sin parar. Los múltiples colores de la vestimenta de las personas que iban y venían, iluminadas por las luces de neón, me hacían daño a la vista. Mis ojos iban de un lado a otro, se dirigían a una pareja que reía escandalosamente y luego a un oficinista que estaba apoyado contra la pared; después echaban un vistazo al reloj y finalmente se quedaban fijos en mis zapatos. Vi a un hombre que se me acercaba con la mano alzada, pero me di cuenta de que estaba saludando a otra persona. Entonces, desde el otro lado, se me acercó un viejo vagabundo.

—A partir de ahora —empezó a decir el anciano mirándome a los ojos. El corazón empezó a latirme más y más deprisa. A mi alrededor había innumerables personas, de rasgos difuminados, que se sonreían mutuamente—, pase lo que pase... mantente callado... si es que aún le tienes aprecio a tu vida. Me pareces interesante. Ya nos volveremos a ver.

Me quedé mirando fijamente la cara del anciano. Mi respiración era cada vez más acelerada, así que intenté relajarme y tomar aire poco a poco.

—¿Quién eres...?

—Es un mensaje. Me lo ha dado hace un rato un tipo trajeado. —El vagabundo se sacó una botella de *whisky* del bolsillo.

—¿Te dijo algo más?

—¡Ah, sí! ¿Cómo era? —El anciano arrugó la frente y se puso a toser—. «De momento te dejo escapar... vayas donde vayas, tienes que estarme agradecido interiormente»... creo que era así.

Entré en la estación, compré un billete al azar y me puse a esperar al tren bala. En el televisor de la sala de espera estaban dando una noticia sobre una guerra. De pronto la pantalla cambió y vi el titular: «Asesinado el señor xx, miembro de la Cámara de Representantes». Y el hombre que aparecía en la pantalla era aquel anciano al que nosotros le habíamos robado el dinero.

«Según el testimonio de la asistenta del hogar y testigo presencial, quien salió ilesa, los atracadores, que parecían extranjeros, asesinaron al señor xx con un arma blanca similar a una catana, tras obligarlo primero a abrir la caja fuerte.

El Departamento de la Policía Metropolitana de Tokio ha abierto una investigación y está tratando el caso como un nuevo robo a mano armada perpetrado por una banda de atracadores de origen chino, muy activos en los últimos años...».

Todo esto no lo supe hasta más tarde, pero en los días siguientes se suicidó el secretario personal de otro político; el administrador de una corporación de servicio público murió tras caer a las vías del tren; el director de una empresa relacionada con las tecnologías de la información desapareció y más tarde apareció muerto. Los precios de las acciones subieron de forma exagerada para poco después caer en picado. Y tras la dimisión de un ministro por motivos de salud, falleció otro político de su mismo partido.

Yo salí de Tokio esa misma noche.

Capítulo 8

ME apoyé contra la sucia pared de un bloque de oficinas y encendí un cigarrillo, protegiéndolo del viento con el abrigo.

Me metí las manos en los bolsillos, pero seguía sintiendo el frío que se me acumulaba en la nuca y los hombros. Salieron del bloque de oficinas dos mujeres de mediana edad, con sendos uniformes, que parecían gemelas, y me lanzaron una mirada sospechosa al pasar. Como no conseguía calentarme los dedos, entré en un supermercado y compré una lata de café caliente. Con la lata en las manos, me dirigí hacia el auditorio.

En la zona para fumadores hice ver que estaba enviando un mensaje de texto y me fumé otro cigarrillo. Me llegó el rumor de una masa de gente bulliciosa y al mirar vi que justo en ese momento empezaba a salir del recinto una multitud de personas. La mayoría del público que había ido a escuchar el concierto de música clásica tenía cierta edad y era de clase pudiente. El programa incluía la Sinfonía fantástica de Berlioz y las Variaciones Enigma de Elgar, entre otras, pero yo de eso no entendía mucho.

Me mezclé con los asistentes al concierto que se dirigían hacia la parada de taxis, y seleccioné a un matrimonio de edad avanzada, los más elegantes de entre toda la muchedumbre. Me acerqué a ellos con paso lento, mientras iba moviendo los dedos dentro de los bolsillos. La pareja anciana intercambiaba sonrisas mientras elogiaban al director de orquesta francés y hablaban de ir a escucharlo a Francia la próxima vez. El hombre mayor vestía un grueso abrigo marrón de la firma Loro Piana y su mujer, un mullido abrigo de color crema y una bufanda de Gucci. El hombre sugirió ir a comprar algo para su nieto antes de regresar, y la mujer aceptó la propuesta de su marido con una sonrisa. Los rostros de la pareja rebosaban bondad; aún los envolvían los ecos del concierto que habían escuchado, y el poder haber disfrutado de esa hermosa música los llenaba de satisfacción. Las suaves arrugas que surcaban de forma natural el rostro del anciano sugerían que la vida de ambos había discurrido por los cauces correctos, libre de cualquier error, hasta el momento actual.

Supuse que probablemente el hombre llevaría la cartera en el bolsillo interior del abrigo, así que no me quedaba más remedio que usar la vieja táctica del choque frontal. Pero entonces el hombre anunció que tenía calor, aflojó el paso y empezó a desabrocharse los botones del abrigo para quitárselo. Me coloqué justo detrás de él, usando mi propio cuerpo para protegerme de las miradas de atrás. Era necesario acabar la faena antes de que la mujer empezase a ayudarlo a quitarse el abrigo. Cuando el hombre hubo acabado de desabrocharse todos los botones, cogió el abrigo por las solapas y empezó a abrirse la parte delantera; en ese instante yo extendí la mano por la izquierda, en diagonal desde arriba. Introduje los dedos corazón e índice de la mano izquierda en el bolsillo interior izquierdo de su abrigo y agarré entre ellos

la cartera. En ese momento me dio la sensación de que estaba tocando con mis dedos la cordial expresión de su rostro así como la apacible vida del matrimonio. Extraje la cartera sacándola hacia arriba y me la metí en la manga del abrigo. Entonces me fui, pasando por la izquierda del hombre, y al adelantarlo oí que la mujer le decía algo, le estaba costando quitarse el abrigo y finalmente ella extendió un delgado brazo para ayudarlo.

La cartera del anciano contenía doscientos veinte mil yenes, todo tipo de tarjetas de crédito y también fotos de fotomatón en las que salían con su nieto. En las fotos el niño aparecía sonriente entre sus dos abuelos, rebosante de felicidad y haciendo muecas. Eché la cartera a un buzón con rabia. En lo alto de los bloques de oficinas había un pararrayos que emitía destellos plateados al erguirse en vertical hacia el cielo y captar los rayos del sol. Aparté la vista y volví a mezclarme con el gentío.

Me subí a un taxi y me bajé cerca de mi apartamento. De entre la sombra del bloque de pisos de delante, que tenía las paredes deterioradas, salió corriendo y gritando un niño pequeño con el pelo largo y teñido de castaño por detrás. Pasé por delante de un cartel oxidado y me quedé mirando distraídamente una tienda con la persiana bajada que estaba al lado de una pared de cemento llena de llamativos grafitis. Me entraron ganas de fumar pero cambié de idea; sin embargo, me apetecía llevarme algo a la boca, y en ese momento mis dedos palparon un paquete de chicles dentro del bolsillo. Un coche pasó justo delante de mí acelerando a toda velocidad. No recordaba si esos chicles los había comprado hace tiempo y se me había olvidado, o si los había birlado cuando compré la lata de café. De todas formas decidí fumarme un cigarrillo mientras intentaba serenarme, tapándome bien con el abrigo para entrar en calor. Fui a salir a una amplia calle y, entre los peatones que caminaban lánguidamente, reconocí al niño que había estado robando con su madre en el supermercado. Iba solo, cargando con la misma bolsa de papel que la otra vez, y entró en el mismo supermercado. Me iba a ir para casa pero vacilé por un momento y finalmente entré en el supermercado.

El niño llevaba puestos unos pantalones cortos azules y una cazadora verde, con la tela desgastada. Fue hasta la sección de carne y, tras permanecer un rato allí parado, inclinó un poco la cabeza, cogió una bandeja de carne picada y la introdujo en la bolsa al instante. Su mano se movió con rapidez, eligiendo la distancia más corta hasta la bolsa de papel. Me pareció que la vida de este niño había quedado determinada por el lugar en el que había nacido, y que él constantemente seguía avanzando contra esa densa corriente que lo iba empujando. Después fue a la sección de verduras y se escurrió por al lado de las amas de casa que se amontonaban en el rincón de las ofertas del día; aprovechando el punto ciego que éstas le proporcionaban, metió en la bolsa de papel cebollas y patatas. El niño era diestro, y los productos que cogía pasaban poco tiempo en sus manos: en cuanto se hacía con algo, en un abrir y cerrar de ojos estaba ya dentro de la bolsa. Mientras observaba sus movimientos, me preguntaba quién era más hábil, si él o yo cuando tenía más o

menos su edad. Pero por más que sus movimientos fuesen precisos, el simple hecho de que un niño esté solo en un supermercado llama la atención, y por encima de todo la elección de la bolsa de papel no era la más acertada. De hecho, ya había una mujer de mediana edad, contratada por el establecimiento para evitar los hurtos, que se hacía pasar por una clienta y no le quitaba el ojo de encima. Esta mujer de pelo largo no era la misma de la otra vez. No perdía de vista al niño, a la vez que también prestaba atención a un hombre mayor que hacía movimientos sospechosos.

El niño, que no se daba cuenta de que estaba siendo observado por la mujer, se detuvo en la sección de bebidas alcohólicas. Daba la impresión de que le entraron dudas al darse cuenta del desequilibrio entre los productos que debía llevarse y la capacidad de la bolsa de papel. La mirada de la mujer no se despegaba de él en ningún momento. Me vino a la mente la imagen de innumerables manos intentando alcanzarlo. Sentí su pequeño cuerpo atrapado, bajo el foco constante de miradas y murmullos de pena y asombro, exponiéndolo ante el mundo como «esa clase de niño». Me acerqué a él y me quedé de pie a su lado. Lo pillé desprevenido y le tembló un poco el cuerpo, pero no me dirigió la mirada.

—Te han pillado. Deja la bolsa y huye —le dije. El niño alzó la vista y me miró con impotencia—. Te están vigilando, como la otra vez. Déjalo.

Caminé hacia la mujer que vigilaba al niño. En cuanto me vio, apartó la mirada y se agachó simulando que estaba eligiendo algo de la sección de bollería. Por su parte, el niño se metió de un golpe tres latas de cerveza en la bolsa de papel y seguidamente se dirigió correteando hacia los estantes de productos lácteos. Una vez allí movió la cabeza de un lado a otro en busca de los productos que quería robar o, mejor dicho, los productos que previamente le habían ordenado que robase. Me volví a acercarme al niño. Me aseguré de que la mujer no estaba mirando hacia nosotros y, en un instante, me hice con una cesta y le quité al niño la bolsa de papel.

—Ya está bien —le dije—. Ya te lo compro yo.

Al principio se resistió, como por acto reflejo, pero al dirigir la mirada hacia mí y ver que yo era mucho más grande que él, se detuvo. Tenía la piel sucia, pero sus pestañas eran largas y sus ojos, grandes y puros.

—¿Qué más necesitas? —le pregunté, pero el niño permaneció en silencio. Por el bolsillo de la cazadora le asomaba el borde de un trozo de papel. Lo agarré con los dedos y se lo saqué del bolsillo. Al estirarlo vi que era una lista de la compra escrita con bolígrafo; supuse que esa caligrafía inclinada y descuidada era la de su madre.

Fui metiendo los productos de la lista en la cesta y él me siguió. La mujer de antes también nos seguía y observaba inquisitivamente a ese hombre que había aparecido de repente al lado del niño. Observó también los productos que habíamos metido en la cesta, pero en cuanto el hombre mayor de antes desapareció por una esquina, se fue detrás de él. El niño seguía mis acciones de forma pasiva y ya no mostraba ninguna resistencia. Para poder robar, yo vestía ropa cara que contrastaba con la suya. Pensé que tal vez se sentía avergonzado por haber sido descubierto

mientras robaba en el supermercado. Dirigí la mirada hacia él.

—Eres muy hábil, pero... así es cómo se hace. ¡Mira!

De los productos que había en la lista, solo nos quedaban los yogures. Haciendo ver que estaba eligiendo un yogur, extendí la mano hacia el estante en el que estaban expuestos. Comprobé de un vistazo que no había nadie a izquierda y derecha y entonces, con la punta del dedo corazón, enganché el yogur por la tapa y lo incliné para que me entrase por la manga. Acto seguido, fui deslizándolo hacia la izquierda y de la misma forma me metí otros tres yogures. El niño observaba atentamente mis dedos con cara muy seria y después, como si acabase de ver algo totalmente incomprensible, se me quedó mirando a la cara. Le resultaba extraño que por más que yo bajase el brazo los yogures no se cayeran al suelo.

—Lo demás lo compramos. ¿De acuerdo?

Sin esperar a su respuesta me dirigí hacia la caja registradora y pagué la compra. Salí del supermercado y saqué los productos de la bolsa para meterlos en su bolsa de papel.

—No vuelvas por aquí. Tienen vigilantes y ya te han visto la cara. —El niño me miraba con los hombros un poco caídos por el peso de la bolsa—. Lo de ocultar el contenido de la bolsa de papel con una toalla puede que sea una buena idea. Pero es mejor que no lo vuelvas a hacer. Para empezar, no es natural que un niño vaya por ahí con una bolsa de papel, así que llama la atención. Además, es demasiado pequeña y no te caben todos los productos. En cuanto a tus movimientos, vas directamente a por tu objetivo y resulta demasiado obvio. Para hurtar en una tienda son necesarios movimientos hasta cierto punto inútiles. —Al notar que su rostro se ponía más serio, desvié la mirada—. Bueno, coge esto y vuelve a casa.

Me puse a andar sin girarme para mirar atrás. Me metí en la boca uno de los chicles que había encontrado en el bolsillo y lo mastiqué con ganas.

Capítulo 9

ME desperté con la nuca y los hombros empapados de sudor. Tenía la impresión de que había estado soñando, pero no podía recordar el sueño con claridad. Había una torre en medio de la niebla, en una región lejana más allá de las casas y los postes de electricidad. Era una torre de piedra, tallada con un diseño geométrico, que tal vez estuviese allí desde la antigüedad. Se alzaba hacia el cielo, aunque difuminada, como una entidad inquebrantable.

Me fumé dos cigarrillos mientras recordaba a Ishikawa. Aquella vez le podía haber preguntado un poco más a Tachibana, pero no me podía fiar de sus palabras. No soportaría que me influyesen las mentiras que él me pudiese contar. La oficina de aquel edificio en la que había estado Ishikawa se había convertido en un salón de belleza que ocupaba toda la planta.

De repente empecé a inquietarme y sentí la necesidad de salir afuera. Intenté decidirme entre ir al salón de algún hotel de lujo, a alguna tienda de marca o al aeropuerto de Haneda, adonde me había propuesto ir anteriormente pero al final cambié de idea. Pensé que ya lo decidiría mientras iba caminando. Abrí la puerta y ahí estaba el niño, sentado en el agrietado suelo del descansillo. Su apariencia no desentonaba en este viejo lugar que más bien parecía un vertedero. Alzó la vista y se me quedó mirando distraídamente mientras seguía con su espera pasiva.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, pero él no reaccionaba. Sabía que después de lo de ayer me había seguido, pero no pensaba que hubiese llegado hasta aquí.

Llevaba en la mano una bolsa de papel marrón, pero era más grande que la de ayer. Sin embargo, me daba la impresión de que él mismo sabía que ése no era el problema.

—¿Qué necesitas esta vez?

Al preguntarle, el niño sacó un trozo de papel. Era una lista escrita, con una letra desordenada e inclinada hacia un lado, en el reverso de un papel de publicidad:

300 g de carne de cerdo

Jengibre

Lechuga

Raíz de loto

Zanahorias

3 latas de cerveza Super Dry de 500 ml

Tiras de calamar

Fideos instantáneos de bote (los que te gusten)

Pensé que tal vez la madre tenía una cita y quería cocinar algo para su

acompañante masculino.

—No puede ser. Estas cosas no son fáciles de robar en una tienda. Hay que elegir cosas como comida enlatada; o, por ejemplo, en el caso de verduras, algo procesado y envasado.

El niño llevaba la misma ropa que las otras veces: unos pantalones cortos azules y una cazadora verde, algo sucia. Se frotaba constantemente con la mano derecha las piernas que le asomaban por debajo de los pantalones cortos. No sabía si lo hacía porque tenía frío, o si era una manía inconsciente profundamente arraigada, pero no podía evitar distraerme al observar el movimiento de su brazo. Volví a entrar en mi casa para coger un bolso y el niño me siguió, con su bolsa de papel en la mano. Si Ishikawa pudiese verme en estos momentos, seguro que se reiría. No pude evitar sonreír.

Paré un taxi que se acercaba y entonces el niño habló por primera vez.

—¿Adónde vamos? —El entorno aún no había erosionado su voz infantil, que sonaba alta y cristalina.

—En aquel supermercado ya no puede ser. Ya te han echado el ojo. Nos vamos lejos de allí.

Le di la dirección de destino al taxista y me recosté en el asiento. Por algún motivo, el chaval iba mirando fija y seriamente por la ventana, con los labios fuertemente cerrados, como si el paisaje que íbamos dejando atrás fuese algo totalmente novedoso para él.

Entramos en un enorme supermercado que había en la planta baja de unos grandes almacenes y tomé una cesta. El bolso era negro y tenía un corte junto al estampado; lo que me permitía meter las cosas sin tener que abrir la cremallera. Cogí unos filetes de carne de cerdo y los metí dentro. El niño, tras ver los movimientos de mis manos, no le quitaba el ojo de encima al bolso.

—Agárrame del pico derecho del abrigo —le pedí—. Quédate a mi lado y hazte pasar por mi hijo. Con tu cuerpo crearás un ángulo muerto para el bolso.

Metí una cajita de comida preparada en la cesta, para camuflar los otros productos que iba introduciendo en el bolso. La persona contratada por el supermercado para encargarse de la prevención de hurtos era una mujer bastante mayor que llevaba gafas. Aunque la mujer, para aparentar ser una cliente más, llevaba varios productos en el carro de la compra, como tenía que mantenerse en guardia durante mucho tiempo, entre los contenidos del carro no había nada que pudiese estropearse. Tenía la vista puesta en una mujer de mediana edad, de unos cuarenta y pico años, con el pelo teñido de castaño, que se paseaba por delante de los estantes de los productos balanceando de un lado a otro un largo abrigo blanco de plumón.

—Quédate ahí y observa a esa mujer —le dije al niño.

La mujer de mediana edad, cesta en mano, se metió rápidamente en el bolsillo una caja de bombones. La vigilante se perdió ese momento, pero debía de estar muy convencida en sus sospechas, porque seguía constantemente los pasos de la mujer.

Las dos mujeres siguieron andando hasta desaparecer por una esquina del pasillo.

—Esa mujer... probablemente está enferma.

—¿Enferma?

—Sí. Es la enfermedad de Pick: robar cosas inconscientemente. Se ven casos así.

—Mientras decía esto me esforzaba por mantenerme impasible—. Es un tipo de demencia que se da en personas relativamente jóvenes. Se dicen varias cosas al respecto, pero es una enfermedad extraña, rodeada de misterios. ¿Cómo es que el cerebro se vuelve totalmente inconsciente y le da por robar? ¿Por qué tiene que robar? ¿No te parece que es algo que está en nuestra naturaleza?

El niño negó con la cabeza para mostrar que no lo sabía.

—Pero ésta es nuestra oportunidad. Está abarrotado de gente y la vigilante no está...

Me metí en el bolso todos los productos que figuraban en la lista del papel. En la cesta metí una lata de cerveza, una botella de agua y jamón. Pasamos por caja para pagar la compra y salimos del supermercado.

Fuimos a un parque y en cuanto le ofrecí al niño la cajita de comida preparada, éste lo cogió y enseguida se puso a comer sin decir palabra. También le pasé la botella de agua, pero apenas se la llevó a la boca; únicamente daba bocados a la carne y la tortilla de la cajita, metiéndoselos en la boca uno tras otro hasta casi atragantarse.

Yo abrí la lata de cerveza y le di un bocado al jamón. En el cielo había unas gruesas nubes que poco a poco iban descendiendo, como si se estuvieran cayendo, e iban ocultando los rayos del sol. A lo lejos, en un banco, se arremolinaba un grupo de niños, cada uno con una videoconsola portátil en las manos, todos ellos con los ojos fijos en la pantalla.

—Para que un niño pueda robar en una tienda, hay que escoger muy bien los artículos; si no, es complicado. —Mientras yo hablaba, él me iba mirando en las pausas que hacía entre un bocado y otro—. Unos dulces... o como mucho unos zumos. Robar verdura en un supermercado es difícil. —Seguí hablando mientras tocaba su cazadora—: Por ejemplo, a esta cazadora se le puede coser por dentro una bolsa. Luego se le hace un agujero en el bolsillo que esté conectado con el interior de esa bolsa. O también se le podría hacer un corte en paralelo a la cremallera de delante, que quedaría oculto por la tela de la solapa. Todo iría a parar dentro de la bolsa, pero tienes que dejarlo antes de que abulte demasiado. —No me había dado cuenta, pero el niño ya había terminado de comer—. O también podrías usar una mochila... pero no una de esas mochilas escolares grandes, que llaman mucho la atención; mejor una cartera más pequeña, como para ir a la academia de repaso después de clase. Si le haces un corte como el del bolso que he usado yo antes, puedes meter varias cosas. Y luego está el robo... como robar carteras...

—Eso ya lo he hecho —dijo mientras miraba a los niños que se agrupaban a lo lejos—. Una vez que me subí a un tren abarrotado con mi madre.

—¿Ah, sí?

—La cartera le asomaba por el bolsillo a un abuelo. Pensé que se la podía robar... me pregunté si realmente podría... y se la robé. Dentro había siete mil yenes. Y después de eso, lo he vuelto a hacer de vez en cuando. Yo solo, en el tren...

—A ver, vamos a probar —le propuse.

Me metí mi propia cartera en el bolsillo trasero del pantalón y me levanté. El niño se apoyó en mi pierna izquierda haciendo ver que se había chocado sin darse cuenta y, con el centro de gravedad ladeado hacia la izquierda, prácticamente al mismo tiempo me cogió la cartera con la mano derecha.

—No está mal, pero es mejor que lo dejes. Ahora no es más que una diversión y aún no te has acostumbrado a ello. Mira, en realidad se hace así, se atrapa la cartera entre dos o tres dedos. De esta manera no tienes que usar el pulgar. Pero claro, tú aún no tienes suficiente fuerza y tienes los dedos cortos, así que no te queda más remedio que usar el pulgar. —Me acabé de beber la cerveza y proseguí—: También se pueden usar herramientas. Como un chisme con una punta parecida a un anzuelo, para enganchar las carteras...

—¿Tú tienes uno?

—No, yo no uso herramientas. Pero hubo un carterista famoso que usaba ese tipo de instrumento.

—¿Quién? —preguntó el chaval, mirándome atentamente.

—Un tal Barrington, un irlandés que vivió en Inglaterra hace mucho tiempo. Estaba en una compañía teatral a la que llamaban para actuar en las fiestas de la nobleza, y él se ponía las botas robando a los ricos. Se fabricó él mismo ese instrumento para poder robar más fácilmente. También robaba a parlamentarios o embajadores, e incluso se disfrazaba de monje y salía a robar. Lo llamaron «el príncipe de los carteristas», era increíble.

—¿Y hay alguno más?

—Bueno, quizá sea mejor que no sepas sobre ellos...

—¿Por qué? —Él me miró con cara de sorpresa. Y luego puso cara de avergonzado, como si hubiese estado hablando más de la cuenta, a pesar de que era yo quien había estado hablando todo el rato. Las piernas que le asomaban por debajo de los pantalones cortos eran delgadas, y los zapatos estaban sucios y cubiertos de barro.

—También hubo un excéntrico que robaba carteras y las devolvía con una tarjeta firmada por él en su interior; era un famoso carterista estadounidense llamado Dawson. Otro, un hombre increíble, Angelillo, que cometió unos cien mil hurtos... y también una mujer llamada Emilie que fue arrestada por hurto y en medio del juicio le robó al juez el estuche de las gafas. Por lo visto, todos en la sala del tribunal se echaron a reír a carcajadas. —Al niño se le relajó un poco la expresión de la cara.

—¿Y en Japón?

—Hubo una muy buena, una tal Koharu. Antiguamente, los monederos más comunes eran ésos con boquilla metálica... esos que se cierran así y hacen un

chasquido. Había gente que los llevaba colgando del cuello con un cordel. Pues se ve que esa Koharu era capaz de desabrocharle a alguien el abrigo y sacarle el dinero de dentro del monedero que llevaba colgando del cuello. Es la técnica conocida como «*nakanuki*». Y también se dice que después de sacar el dinero, cerraba el monedero y abotonaba el abrigo. ¡Tenía una habilidad tremenda!

—¿En serio?

—Fueron personas que, rodeadas de miseria, se rieron del mundo entero.

Los niños miraron el reloj, guardaron las videoconsolas y se fueron del parque. Pasó una pareja joven paseando un perro y una niña pequeña que iba de la mano de su madre se nos quedó mirando y dijo algo.

—También hay un tipo que consiguió robar diez millones de yenes en un solo día.

—¿Diez millones?

—Sí... yo lo conocía. Está muerto... probablemente. —El niño alzó la vista y me miró a la cara. Me vinieron a la mente la cara de Ishikawa cuando asintió por última vez dentro de la furgoneta y las luces traseras del vehículo desapareciendo por la carretera—. Este tipo de personas suelen acabar muy mal. Así que no sigas sus pasos. De ahí no puede salir nada bueno. —Le mostré los doscientos veinte mil yenes que le había robado a aquel abuelo—. Te voy a dar todo esto. La próxima vez que te vuelvan a decir que vayas a robar a un supermercado, coges este dinero y lo compras. Y no vuelvas a seguirme.

—¿Por qué?

—Porque estoy ocupado.

Me levanté del banco. El niño caminaba en silencio, acercándose y luego alejándose de mí. No dijo nada ni siquiera cuando nos separamos. Al llegar a casa tenía frío. Ni siquiera dentro de la cama entraba en calor, así que pensé que me había resfriado. Salí para ir a la farmacia y el cuerpo se me enfrió aún más, así que me tomé el medicamento y me fui a dormir. Me pasé dos días sin apenas salir de la cama. Estaba soñando con Saeko cuando me desperté sobresaltado por el timbre de la puerta. Me sentí desorientado, no sabía si era de día o de noche y traté de no hacerlo caso, pero no dejaba de sonar. Encendí un cigarrillo que no me supo a nada mientras me dirigía a la puerta. Al abrirla, allí estaba la madre del niño.

Capítulo 10

LA mujer llevaba puesta una falda corta y sus piernas estaban enfundadas en unas medias negras estampadas. Observó mi rostro con mirada sospechosa y luego echó un vistazo al interior del apartamento; movía los ojos de un lado a otro, como desconcertada, a pesar de que se suponía que había venido hasta aquí por propia voluntad. Se puso a toquetear los botones del bolso, mientras hacía ese tic nervioso de cerrar fuertemente el ojo derecho, y poco después alzó la vista inquisitivamente hacia mí. Su forma de alzar la vista me pareció similar a la de su hijo.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Bueno, pues... —La mujer volvió a cerrar con fuerza el ojo derecho—. ¿Tú vives en un sitio como éste?

—¿Qué?

Afuera estaba lloviendo y me di cuenta de que ella llevaba un paraguas. Bajo la lluvia, un extranjero con ropa de trabajo iba fumando mientras atravesaba el oscuro callejón que había enfrente.

—He venido porque el niño me ha dicho que tú le has dado dinero... ¡cien mil yenes!

De repente me harté.

—¿Y has venido a devolvérmelos?

—¡Ni hablar! No pienso devolvértelos. Solo quiero saber por qué.

—Eso no importa.

—¿Y no te parece que es un poco extraño?

Ciertamente era extraño, pero no me parecía suficiente motivo como para que viniese hasta aquí solo por eso.

—A mí no me importa, así que te puedes ir.

—Déjame entrar, o si no gritaré.

Tras decir esto la mujer movió los labios para intentar forzar una sonrisa. Volví a entrar en la habitación y ella se quitó las botas mientras murmuraba algo. Los movimientos que hacía con el ojo derecho, la excesiva fuerza con la que lo cerraba, me evocaban el cuerpo de Saeko. Se quitó el chaquetón que llevaba puesto y dejó al descubierto el jersey blanco que llevaba debajo, ceñido al cuerpo, que acentuaba la forma de sus senos.

Fui apartando con el pie la ropa que había desparramada por el suelo para sentarme, pero ella se me adelantó y se sentó en ese espacio. Sobre la tabla de planchar que estaba en un rincón de la habitación, había extendido dinero en efectivo mezclado con papeles. Fui a sentarme en la cama.

—¿A qué te dedicas? —Mientras hablaba, la mujer seguía observando mi habitación.

—Eso no importa. Bueno, ¿qué es lo que quieres?

—Quiero saber por qué le has dado tanto dinero a mi hijo. Solo se me ocurre un motivo.

—¿Cuál?

—Pues que le hayas hecho algo al niño. Si voy a la policía estarás en un buen lío. —La mujer me miraba con los ojos llenos de furia y el rostro crispado. Todo me parecía tan ridículo que me puse a reír. Para estar amenazándome, estaba demasiado desconcertada.

—¡Yo no hago esas cosas!

—Pero tendrás algún motivo. Y no te servirá de nada engañarme.

—Es que se parece a mi difunto hijo —le mentí. Por un momento la mujer miró de un lado a otro como dudando. Yo proseguí, soltando palabras al tuntún—. Se parece a mi difunto hijo. Yo tengo dinero, pero vivo aquí porque no me interesan las casas y esas cosas. Voy alquilando lugares como éste por todo Japón según me parece. Para mí cien mil yenes no es gran cosa. Vi a ese pobre niño robando en el supermercado y simplemente le di el dinero como si fuese una obra de caridad. Estaba bastante borracho en ese momento. Pero si vas a la policía, quien tendrá problemas serás tú.

—Pero... —La mujer parecía estar pensando en algo. Miró hacia el dinero que estaba extendido de cualquier forma sobre la tabla de planchar, y luego hacia el armario—. Entonces, ¿no es lo que yo pensaba?

—No, para nada.

—Pero es que... esto... bueno, yo tampoco es que estuviese segura del todo de que se tratara de eso... —Tras decir esto bajó la vista al suelo; luego volvió a alzarla y me miró como decidida a dar el gran salto—. Entonces, ¡hazte cliente mío! Últimamente no tengo muchos. Mi novio es un manirroto, así que estoy jodida. Necesito dinero para mañana. La otra vez te dije que me bastaba con diez mil yenes, pero ahora necesito unos cincuenta mil. Si no por mí, hazlo por el chico, ¿no dices que se parece a tu difunto hijo?

—Paso.

Por alguna razón había en mis palabras cierto tono despectivo. La mujer me miró abstraída a la vez que cerraba con fuerza y volvía a abrir el ojo derecho y respiraba visiblemente por la boca.

—¿Te estás quedando conmigo? ¡No me jodas! —gritó de repente. Me sorprendió, pero me esforcé porque no se me notase en la cara. Unas extrañas arrugas recorrían su rostro. Parecía que no se podía controlar, golpeaba el suelo y jadeaba con una voz ininteligible. Sus emociones parecían no tener término medio. Al mirarla de cerca, vi que el mentón y los hombros eran desproporcionadamente delgados, y en el dorso de la mano y en el cuello tenía unas marcas rojas de bastante amplitud, como si se hubiese arañado—. ¿Te has estado riendo de mí? ¿No te puedes acostar con una prostituta? ¿Te crees mejor que yo? ¡Yo tampoco disfruto haciéndolo, pero no tengo más remedio! ¡No te atrevas a censurarme, tú no tienes un crío que alimentar!

Mientras la escuchaba hablar, notaba que algo empezaba a hervir en mi interior. Por algún motivo, mi respiración se iba acelerando.

—Te equivocas, yo no pienso así. Para empezar, yo soy un carterista. ¿Acaso puede un carterista reírse de una prostituta? Escucha, yo... —La mujer me observaba con cara de sorpresa. Pensé que mi forma de actuar había sido extraña, así que encendí un cigarrillo y me puse a fumarlo sosegadamente—. De verdad que soy un carterista. Así que entiendo de estas cosas. Si ese niño sigue robando en tiendas, lo acabarán pillando. Y entonces la policía se pasará por tu casa. Y tú también estarás metida en un lío. Así que no le obligues a robar más.

—Pero es que...

—Si es por el dinero, te doy el que tengo aquí. Hay unos doscientos mil yenes. Si hay suerte, eso es lo que puedo robar en un día. Así que no le obligues más.

—¿Lo dices en serio?

Tras decir esto, apareció un leve brillo en sus ojos bajo la capa de fatiga y, como si nadie la estuviese mirando, dirigió lentamente la mirada hacia el dinero. En ese instante me pareció como si un foco la iluminase desde lo alto. Sus hombros delgados, su cuerpo arqueado, el momentáneo y suave brillo de su mirada me hicieron estremecer.

—He cambiado de idea. Desnúdate, a cambio de ese dinero. —En cuanto dije esto, sonrió levemente, como dando su consentimiento. Y después me miró a la cara.

—Muy bien. No obligaré al niño a robar. Y también lo alimentaré como es debido.

Sin dudarle un momento, se quitó el jersey y se me acercó mientras se desabrochaba el corchete de la falda. Entonces metió la mano en su bolso y sacó unas pastillas.

—Son muy buenas —dijo mientras me las ofrecía. Pero yo interpusé la mano y las rechacé.

—Los carteristas no pueden consumir drogas —le volví a mentir antes de que pudiese decir algo más.

Mientras la tumbaba en la cama pensé en Saeko. Hasta hacía cuatro años, me veía con ella a menudo. Estaba casada y tenía un hijo, pero a menudo venía a mi apartamento. «No debería haberme casado», solía repetir. Saeko lloraba mientras hacíamos el amor.

Mientras sollozaba, jadeaba y le temblaba todo el cuerpo; me agarraba del pelo y me metía la lengua una y otra vez en la boca. Su cuerpo era delgado pero hermoso, captaba el brillo de la luz y parecía que vibrase por todas partes. Mientras lloraba, abría la boca como para respirar y al poco tiempo se echaba a reír a carcajadas, como si eso le sirviese para liberarse de algún tipo de emoción.

—Me entran ganas de destrozar todas las cosas de valor que aparecen ante mis ojos. ¿Por qué será? A pesar de que no me hace ningún bien. A veces no sé ni lo que estoy intentando hacer. Y tú... ¿tienes algún deseo? —Cuando hablaba, Saeko nunca

me miraba a la cara—. Tú eres carterista, ¿no? Pero no parece que lo hagas por el dinero.

—Quizá es por el final —dije repentinamente.

—¿El final?

—¿Cómo será mi final? ¿Cómo acaba alguien que ha vivido así? Eso es lo que quiero saber.

Aquella vez Saeko no se rió. Por alguna razón, sin decir palabra, se subió sobre mí y comenzamos a hacerlo de nuevo.

—Siempre tengo el mismo sueño... incluso cuando estoy soñando despierta. — Saeko me contó esto un mes antes de separarnos. Estábamos en un hotel, bajo unas luces rojas, tumbados en la cama mirando al techo o a las paredes porque nos daba pereza vestirnos—. Estoy en un lugar bajo tierra, muy profundo y muy húmedo, rodeada por paredes viejas y putrefactas. Y desde allí voy cayendo más y más abajo... y al final hay una cama vacía. La cama tiene un hueco que coincide a la perfección con mi cuerpo. Y aunque al principio la concavidad se adapta a mí, poco a poco se va estrechando y me va oprimiendo, como cuando estoy en los brazos de un hombre. El hueco me va apretando, cada vez más... y esa sensación de angustia me va excitando mucho sexualmente, el cuerpo se me pone caliente como el fuego, poco a poco, y me corro una y otra vez, una y otra vez... lloro y luego me río, destruyo cosas, saco la lengua, unos espasmos me recorren el cuerpo sin parar; pierdo el conocimiento y al poco vuelvo a despertar. Mi contorno se difumina, me convierto en humo gris. Aun en esas condiciones, mantengo la consciencia y tengo en todo momento la percepción casi dolorosa de todas esas finas partículas grises, e incluso más allá de ellas. Y entonces el calor aumenta y las partículas se vuelven blancas. Pero justo en ese momento, aparece una torre muy alta. —Cuando dijo esto la miré a la cara.

»Es brillante, imponente, y está en el exterior, en un lugar elevado. Yo salgo afuera y entonces, mientras la observo, me pregunto: ¿pero qué será eso? Es bella, las nubes ocultan su parte superior, y entonces me doy cuenta de que a pesar de haberme convertido en humo blanco, nunca llegaré arriba. Lo que quiero decir es que, incluso en mi mejor momento, sé que no lo lograré. Me siento de maravilla, me difumino completamente, me convierto en humo, primero gris y luego blanco, pero esa torre alta y brillante está muy lejos, inalcanzable. Ciertamente es alta y hermosa, el mayor de mis deseos, tanto la anhelo que termino muriendo a los pies de sus ruinas, satisfecha y exhausta.

Quizá por el efecto de las pastillas, la mujer gritaba una y otra vez y me clavaba las uñas en la espalda, los hombros y el abdomen. Incluso cuando ya habíamos acabado, siguió metiéndome la lengua en la boca durante un rato. Yo todavía estaba pensando en Saeko.

—Pero la verdadera destrucción no es algo así de abstracto —me dijo una vez Saeko—. La perdición siempre tiene una forma aburrida; siempre llega en forma de

una tediosa realidad.

Cuando la mujer por fin se despegó de mí, se encendió uno de mis cigarrillos y le dio una profunda calada. Volvió a acercar su cuerpo al mío y me depositó la mano sobre el corazón. Había parado de llover sin que me diese cuenta y en los alrededores reinaba el silencio. A lo lejos se oía el estridente sonido de una sirena.

—Oye, volveremos a quedar, ¿no? —dijo mientras apoyaba su cara sobre mi hombro—. No necesitaré tanto dinero como esta vez, así que con menos bastará.

—No... —En cuanto dije esto, ella alzó un poco el tono de voz. Por un instante me pareció que su voz se superponía a la de Saeko y desvié la mirada.

—¿Acaso no te ha gustado? Claro que te ha gustado. ¡Seguro que sí!

—No, no es eso.

—¿Entonces por qué no quieres volver a verme?

—Creo que si te vas a destruir, deberías hacerlo sola; no debes involucrar también al niño. —El sonido de la sirena era cada vez más alto y al poco tiempo se detuvo muy cerca.

—Lo he entendido. Ya no le obligaré a robar. Además cuando venga a casa mi novio, lo dejaré fuera, así evitaré que le levante la mano. No lo hace muy a menudo, solo cuando bebe... Con eso bastará, ¿no? Te veré pronto.

Le echó un vistazo al reloj, se puso la ropa y cogió el dinero.

Aun después de que se hubiese ido, yo seguía distraído pensando en Saeko. Estaba llorando cuando me dijo que ya no podíamos volver a vernos.

—Cuando esté jodida del todo, y no es que ahora no esté bien jodida... cuando esté arruinada de verdad, volveremos a quedar, ¿no? —Cuando me dijo esto me pareció que estaba realmente seria. Yo mantuve la mirada fija en su rostro para poder contemplarla bien aunque solo fuese un poco más.

—La próxima vez que nos veamos, yo sí que estaré bien jodido. Tanto como tú —le contesté, y Saeko rió levemente.

—Sí, que así sea. Porque tú nunca le pones mala cara a nadie.

Sin embargo, Saeko murió sola sin haber vuelto a contactar conmigo. Había desaparecido, y cuando su marido la encontró, había ingerido una gran cantidad de pastillas. No había dejado ninguna nota de suicidio. La noche en que lo supe, salí a la ciudad y robé carteras a ricos y a pobres, sin distinción. Me mezclé con la gente y robé carteras y teléfonos móviles; paquetes de pañuelos de papel y de chicles; y hasta facturas y trozos de papel. Continué haciéndome con todo tipo de cosas con la respiración agitada y una mezcla de tensión y placer en mi interior. Y en lo alto, en el cielo, lucía una luna blanca.

Capítulo 11

SALÍ a la calle por primera vez en varios días. La llovizna se la llevaba el viento, y todo lo que había a mi alrededor se veía borroso, como en medio de la niebla. Me crucé con un grupo de extranjeros que llevaban puestos monos de trabajo y luego pasé por al lado de una mujer que llevaba una falda extremadamente corta y hablaba a gritos por teléfono. Me di cuenta de que el niño me venía siguiendo por detrás, pero pensé que si no le hacía caso se daría por vencido, y seguí mi camino. Eché mano al móvil sin ningún motivo en concreto, me compré una lata de café en una máquina expendedora y me calenté las manos con ella. Me había bajado la fiebre, pero aún tenía dolor de cabeza. Me bebí el café mientras pensaba adónde ir.

Decidí que sería mejor ir a algún hotel cercano, y mezclarme con los asistentes a algún evento, que ir hasta el aeropuerto de Haneda. Así que entré en una tienda abierta las 24 horas y me compré una revista para informarme sobre los eventos que se iban a celebrar. Al salir de la tienda con la bolsa en la mano, vi que el niño estaba detrás de una camioneta aparcada que tenía los neumáticos muy sucios. Entré en una destartalada cafetería para leer la revista y también para hacer que el niño se rindiese. El interior del establecimiento me pareció oscuro y húmedo, y el techo era bastante bajo. Pedí un café, a pesar de que me acababa de tomar uno.

La camarera llevaba una falda corta y unas medias negras. Me recordó a la madre del niño, y justo en ese momento él entró en la cafetería. La puerta de vidrio estaba llena de gotas de lluvia. Ni el niño ni yo llevábamos paraguas.

El niño se sentó en mi mesa. La mujer de la minifalda se acercó sonriendo y él le pidió un zumo de naranja. Mientras me encendía un cigarrillo observé la ropa sucia que llevaba el niño.

—Vuelve a casa —le dije, pero no contestó. Después, como si hubiese empezado él la conversación, habló en voz baja.

—Me ha quitado el dinero.

—No me digas.

—Sí, pero solo cien mil... los otros ciento veinte mil aún los tengo...

—Ah...

En cuanto le trajeron el zumo de naranja, como si el acto de bebérselo fuese algo muy importante, fijó la vista y con una expresión solemne se llevó la caña a la boca.

—Bueno, pues vuelve a casa. Yo tengo cosas que hacer —le dije, pero seguía bebiendo el zumo de naranja, como si no tuviese ojos para nada más.

—Enséñame a hacerlo.

—No es posible, ya te lo dije. Serías un estorbo.

Al acabar de bebérselo, se puso a mirar mi taza de café y a jugar con el envoltorio de la pajita.

—Solo miraré desde lejos. Si solo miro, sin más, no pasará nada, ¿no?

—Que no.

—¿Por qué? Si miro desde lejos, no te estorbaré. —El niño estaba más hablador que la otra vez.

—Si no te gusta quedarte en casa, ve a la biblioteca y ponte a leer un libro o algo.

—¿Lo has hecho con mi madre? —La escasa iluminación de la cafetería se reflejaba en el agua de mi vaso. Su pregunta me sorprendió un poco, pero intenté que no se me notase en la cara. Inspiré lentamente.

—Mira, entiéndelo, yo no soy tu salvador. Soy como cualquier otro hombre de por aquí.

—Vale, a mí no me importa. —Bajó la cabeza mientras seguía toqueteando el envoltorio de la caña—. Ya estoy acostumbrado. Incluso los he pillado haciéndolo.

—Pero seguro que no te gusta...

—No me gusta. Pero...

El niño se rascó el muslo. Iba a decir algo pero cambió de idea. El hielo de su vaso se había derretido y el agua se había mezclado con el poco zumo de naranja que quedaba; lo sorbió ruidosamente con la pajita. Por los altavoces de la cafetería sonaban canciones de Navidad.

—Pero en vez de ese tío, tú...

—Imposible.

—Pero mi madre...

—¿Y tu padre?

—No lo conozco.

¿Por qué tuve que preguntarle nada? Cogí la cuenta y salí de la cafetería; él me siguió.

Abandonamos la estación de Shinjuku por la salida este y caminamos bajo las luces de neón, esquivando el continuo flujo de gente. Me apoyé contra la pared de un bloque de oficinas y al ir a encenderme un cigarrillo, crucé la mirada con un vagabundo que venía caminando hacia nosotros. El niño se asustó, se acercó a mí e hizo intención de agarrarme de la manga, pero no llegó a hacerlo. Yo seguí fumando y me puse a observar el variado ir y venir del flujo de la multitud.

—La gente no siempre está concentrada. Nos distraemos muchas veces a lo largo del día.

—Sí —asintió el niño. No sé por qué pero se había traído el colorido posavasos de cartón de la cafetería en la que habíamos estado hace un rato.

—Cuando alguien te llama, o cuando oyes un ruido muy fuerte, gran parte de tu atención se centra solo en eso. En realidad, tú mismo hace un momento has centrado toda tu atención en aquel vagabundo. Y es que la percepción de una persona tiene unos límites. Para ser más exactos, una persona es más sensible cuando toma aire o contiene la respiración, pero al soltar el aire se relaja. —El niño dirigió la vista hacia mi manga—. El carterista se aprovecha deliberadamente de estas características del comportamiento humano.

»El método clásico consiste en chocarte con alguien y en ese mismo instante robarle la cartera. Pero en realidad un carterista no actúa solo, sino que tiene otros compinches. Lo normal son tres personas: el que se encarga de toparse contra alguien, el que oculta ese momento a los que los rodean, y el que roba la cartera. Y aunque hable de “chocarse”, no se trata de chocar con todas tus fuerzas... basta con que le roces con el hombro. Y si se trata de aglomeraciones como ésta, si caminas por delante de tu blanco y de repente te detienes, la persona de atrás perderá el equilibrio, ¿verdad? Con eso es suficiente. El que se encarga de robar en realidad también impide que se le vea por la izquierda, y de las miradas por detrás y por la derecha se ocupa el que se encarga de ocultar. El que sustrae la cartera se la pasa enseguida al que le oculta de las miradas, y éste se la guarda. Al hacerlo así, no hay forma de que te pillen.

Frente a nosotros, un acompañante de un club nocturno perseguía a una mujer, que mientras andaba iba hablando por el móvil, para convencerla de que entrase al club. El hombre, con su desagradable cara excesivamente bronceada, tenía un aspecto tan horrible que hasta cortaba la respiración.

—En el caso de que sean cinco personas, dos de ellas hacen que se pelean, y mientras los transeúntes les prestan toda su atención, los otros tres pueden ir robándoles las carteras a estos espectadores improvisados. También hay historias sobre carteristas que tienen como compinches a artistas callejeros. Hace tiempo, cuando me juntaba con ese tipo que te dije antes que robó diez millones, hacíamos todo tipo de cosas. Él hacía ver que estaba borracho y le echaba el brazo por encima del hombro a alguien por la calle; yo hacía que iba a separarlos y le robaba la cartera. O yo le ponía la zancadilla a alguien para que se cayese y me iba corriendo, entonces él, mientras echaba una mano a esa persona para que se levantase, le robaba la cartera. O también le dábamos dinero a un vagabundo para que gritase que había un carterista en medio de una muchedumbre. Todas las personas, inconscientemente, se llevaban la mano al lugar en el que guardaban la cartera. De esta forma sabíamos dónde estaba cada cartera y nos era más fácil robarlas.

»Con tu altura no puedes llegar a las carteras que estén en el bolsillo interior de una chaqueta. Te tienes que conformar con las del bolsillo trasero de los pantalones. A mí no me gustan nada las herramientas, pero podrías usar una pequeña navaja... si haces un corte paralelo a la costura del bolsillo, la cartera caerá sin más por la fuerza de la gravedad. Pero de todas formas, lo básico es cómo distraer a tu blanco.

Me puse a andar y el niño me siguió.

—Quédate aquí. Solo lo haré una vez. —Seguí con la mirada al horrendo acompañante de club nocturno que había visto antes—. Ese tío lleva la cartera en el bolsillo trasero de la derecha. Ahora voy a ir caminando por detrás de él y le pisaré el talón del zapato; entonces él perderá el equilibrio y en ese momento le quitaré la cartera adaptándome al movimiento de su cuerpo. Obviamente, también es importante cómo se pisa el talón. Hay que pisar justo en el momento en que el pie va

a dar un nuevo paso adelante. Si lo haces así, por lo general el resultado es una caída hacia delante. Y con tu propio abrigo tapas el campo visual de las personas que hay alrededor.

Me desabroché el abrigo y me acerqué al empleado del club nocturno. El hombre recorrió los alrededores con la vista hasta que dio con una mujer de aspecto llamativo y cambió de dirección. Me puse a seguirlo y me abrí un poco el abrigo para obstaculizar posibles miradas por la izquierda; luego miré hacia la derecha y comprobé que no había nadie, le pisé el pie derecho y simultáneamente atrapé su cartera entre los dedos. Finalmente, justo en el instante en el que él perdía el equilibrio, siguiendo el movimiento de su cuerpo, le saqué del bolsillo. Me metí la cartera en la manga derecha del abrigo, me disculpé brevemente ante el hombre, que al estar a punto de caerse se había girado para mirar atrás. Fingí que tenía prisa y seguí hacia delante. Él hizo intención de decirme algo pero desvió la mirada y echó a correr tras la mujer a la que antes había echado el ojo. Con la cartera dentro de la manga, doblé la esquina y el niño me siguió.

—¿Se la has birlado?

Era una cartera Louis Vuitton de color marrón.

—¿Solo ocho mil yenes? Pues sí que le va mal. La cartera la tiraremos en cualquier sitio.

—No he podido ver nada. Pero creo que he entendido más o menos lo de adaptarse a los movimientos del otro.

—¿Sí?

El niño asintió enfáticamente con la cabeza.

—Como tú aún eres pequeño, quizá es mejor que te choques con todas tus fuerzas, como lo haría un niño. Y justo en el momento del choque, robas la cartera. Luego te disculpas y te vas corriendo igual que has venido. Nunca robes dentro de un tren, si te descubren, no hay escapatoria.

—Quiero probarlo.

—Ni hablar. Bueno... prueba a hacérmelo a mí.

Entramos en unos grandes almacenes de la cadena Marui que estaban cerca, y nos quedamos de pie frente al espejo de los servicios. Me quité el abrigo y me metí la cartera en el bolsillo trasero de los pantalones. El niño chocó contra mí y en el mismo instante me quitó la cartera. La tenía agarrada entre los dedos índice, corazón y anular.

—Intenta hacerlo otra vez.

Repetió el movimiento de antes y, de la misma forma, me sacó la cartera. El momento en que yo perdí el equilibrio y el momento en que me quitó la cartera fueron prácticamente simultáneos. Pensé que era casi igual de rápido que yo a su edad, y que mientras no cometiese ningún error no lo pillarían.

—Ya no tiene remedio —dije.

El flujo de gente era más abundante que antes. Justo cuando estaba pensando en

comprarle algo de ropa, murmuró que se volvía a casa. Pensé que se había enfadado, pero luego dijo en voz baja que si llegaba tarde le pegarían.

—¿Te pega tu madre?

—Ella no, el hombre que vive con nosotros. —Me miraba impasible—. A veces... cuando está borracho. Es como si buscara motivos para enfadarse... así que, siempre acabo recibiendo.

Paré un taxi y le entregué los ocho mil yenes que le había robado al del club nocturno. Antes de que se cerrara la puerta, el niño me dijo en voz baja que quería que nos volviésemos a ver. Le contesté que aunque le dijese que no él vendría igualmente; asintió con la cabeza y me pareció que se le relajó ligeramente la expresión de los labios.

Mientras observaba cómo se alejaba el taxi, pensé que el tipo que vivía con ellos seguramente sabía a qué se dedicaba la madre. Tal vez a petición de él se metió en ello. En el escaparate de los grandes almacenes había un maniquí infantil vestido de gala. Justo cuando estaba considerando si comprarle el conjunto, al otro lado de la calle distinguí a un hombre que parecía adinerado. Yo no llevaba dinero encima, así que me venía de perlas.

Me vino a la mente el rostro de Saeko y me puse a pensar en cómo le iría a su hijo ahora. Seguramente su hijo y aquel niño eran más o menos de la misma edad. Me giré para estar de cara al hombre rico que acababa de ver hace un rato, choqué contra él levemente y conseguí agarrarle la cartera entre los dedos. Quizá sea mejor que, en lugar de comprarle un solo conjunto bueno, le compre mucha ropa para que tenga varias mudas. El pulso se me aceleró violentamente: me habían cogido de la muñeca. Sin saber momentáneamente qué era lo que estaba ocurriendo, intenté huir, pero los dedos que me apretaban la muñeca estaban dotados de una fuerza extraordinaria. Tenía la mano totalmente atrapada y, como si tuviese el cuerpo petrificado, había perdido toda movilidad. La gente iba pasando por allí sin reparar en nosotros. Había luces de neón, una hilera de coches que iban circulando, un grupo de bloques de oficinas que se erguían hacia el cielo. Y ante mí, sujetándome la muñeca, estaba Kizaki. Llevaba puestas unas gafas de sol sobre su inexpresivo rostro, y el pelo extremadamente corto. Por extraño que parezca, en el cuello ya no tenía aquella cicatriz. La marea de gente seguía moviéndose a nuestro alrededor, esquivándonos. No podía apartar la mirada de él.

—¡Cuánto tiempo! Te he estado observando todo el rato. —Se me aceleraba la respiración sin que pudiese hacer nada para evitarlo. No acababa de entender qué hacía él allí—. Ya lo dijo Niimi... que vuestro único objetivo eran los ricos. Te vi desde lejos, me acerqué y me puse a andar a propósito delante de tus narices. Ha sido espléndido. Y es que ciertamente yo soy el más rico de por aquí.

Capítulo 12

CON el brazo aún sujeto por el hombre, atravesamos el barrio de Kabukichô y entramos en un bloque de oficinas en medio de la oscuridad. Tenía tanta fuerza que parecía que por más que yo recurriese a la violencia o forcejease no serviría de nada. Así que subí por las tenebrosas escaleras siendo consciente en todo momento del peligro que corría en caso de que intentase escapar. Los rellanos de cemento estaban sucios de barro y porquería, y las paredes grises estaban muy descoloridas, y en algunas partes hasta negras. La salida ya nos quedaba muy lejos.

Al abrir una puerta sin letrero ni placa nos encontramos con una nueva puerta, negra y de hierro; y al abrir esta puerta nos recibió una luz roja acompañada por un estridente ruido. Una multitud de hombres y mujeres se contorsionaban bajo la potente iluminación. Había sofás y mesas, y sobre ellos retozaban cuerpos desnudos. Un hombre mayor hundía la cara entre las piernas abiertas de una mujer sentada sobre una mesa; se oían los gritos de placer de una mujer producidos por los movimientos de un hombre joven; y en los sofás había varias parejas copulando y besándose unos con otros. Pasamos entre todos ellos mientras el hombre seguía agarrándome del brazo. Crucé la mirada con una mujer que tenía en la boca el pene de un hombre; tras ella había otra mujer con la boca abierta, cuyo cuerpo manoseaban insistentemente dos atractivos jóvenes. Un hombre con apariencia de camarero salió de detrás de la barra sin decir palabra y, sin echar ni una mirada a los hombres y mujeres que lo rodeaban, guió a Kizaki a través de la sala. Una mujer que se arrastraba por el suelo como si fuese un perro me agarró de la pierna mientras gritaba. Me deshice de su brazo, pero parecía que la mujer no se daba cuenta de que me la había quitado de encima. Había otra tumbada con la vista perdida, y también un hombre corpulento tirado en el suelo. Pasamos al lado de una mujer que arqueaba el cuerpo mientras la estrangulaban, y por fin llegamos hasta la puerta, que quedaba detrás de un hombre al que una mujer le lamía todo el cuerpo y de otra que se estremecía en espasmos en el suelo. Por alguna razón, había un pensamiento que no me podía sacar de la cabeza: ¿Acaso no estará aquí Ishikawa?

El camarero abrió la puerta y cruzamos un estrecho pasillo que acababa en otra puerta. Tras abrirla, entramos en una pequeña habitación en la que había dos sofás, uno frente al otro, y entre ellos, una mesita plateada. En las paredes no había nada más que un cuadro de una planta difuminada, al estilo de los impresionistas.

—¿Quieres tomar algo? —Soltó estas palabras como si nada, haciendo caso omiso a la escena que acabábamos de ver.

—No, gracias.

—Bueno, pues entonces agua y para mí lo de siempre.

El camarero le hizo una profunda reverencia, salió de la habitación y cerró la puerta. El ruido desapareció por completo y en la habitación se hizo el silencio, pero

a mí me quedó un potente zumbido en los oídos, como si alguien me estuviese llamando desde lejos.

—Esto es el infierno. ¿No te parece fascinante? —Tras decir esto, Kizaki sacó un cigarrillo de su pitillera y se lo puso entre los labios—. Pero es un infierno seguro, ya que solo pueden entrar aquellas personas que hayan pasado una prueba para detectar enfermedades de transmisión sexual. Pero una vez que entras, ya no hay salida. Puesto que es el infierno. No hay una sola persona que no repita.

El camarero entró de nuevo tras llamar a la puerta. Dejó sobre la mesa un vaso alargado grabado con espirales y una botella que contenía un líquido parecido al *whisky*, y por otro lado un vaso transparente y un botellín de agua. En cuanto se fue, la habitación volvió a quedarse en silencio.

Kizaki, sin decir palabra, sonrió y empezó a beber ese líquido que parecía *whisky*. Yo bebí el agua poco a poco para mojarme la garganta, que la tenía seca y dolorida. Él me miraba continuamente mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—No ha sido por casualidad, ¿verdad? —pregunté. Aún tenía la voz ronca, a pesar de que el agua ya debería de haberme aliviado la garganta seca. Tenía los músculos posteriores de ambos brazos un poco entumecidos.

—Claro que no ha sido casual. Sabía desde hace tiempo que habías regresado a Tokio.

—¿Cómo?

—Me lo dijo Tachibana. Bueno, aunque no lo hubiera sabido por él, tarde o temprano me hubiera enterado. Porque precisamente tenía la intención de volver a verte. Un subordinado me dijo que estabas en Shinjuku. Me asomé por la ventana y efectivamente, ahí estabas. Y cuando iba a acercarme, ¡tú mismo vienes hacia mí! ¡Eres todo un carterista!

—¿Qué pasó con Ishikawa...?

—Desapareció. Sin dejar ni rastro. —Sentí una punzada en el corazón—. Para ser más exactos, solo han quedado sus dientes. Quemamos su cuerpo y luego quemamos sus huesos, y se convirtió en polvo blanco. Sus dientes estarán esparcidos por alguna parte de la Bahía de Tokio, ya que es un coñazo tener que pulverizarlos. Así que su cadáver no está enterrado en ninguna parte. Ha desaparecido, literalmente.

—Y yo... ¿también desapareceré?

—Recibiste el mensaje, ¿no? Decía que a ti te dejaba libre. Puedes serme útil, y además me pareces interesante. Aquel tío, en cambio, sabía demasiado. Aunque a ti no te hubiese contado nada, como sabía demasiado, dijo que quería dejarlo. Simplemente le hice colaborar en un atraco a mano armada antes de liquidarlo.

Sentía que perdía las fuerzas y por unos momentos no reconocía ni lo que tenía ante mí. Me pareció que sus ojos, ocultos tras las gafas de sol, permanecían inmóviles y me miraban fijamente.

—¿Y por qué... aquello...?

—¿El qué?

—¿Por qué no os encargasteis de aquel atraco vosotros solos? ¿Por qué nosotros...?

Tras mi pregunta, Kizaki se secó los labios. Me extrañó pensar que incluso los hombres como él se secaban los labios.

—En el hipotético caso de que las cosas no saliesen según lo previsto y la policía no llegase a la conclusión de que había sido una banda de atracadores chinos, entonces necesitábamos unos cadáveres: los cadáveres de los verdaderos autores del atraco. Les haríamos creer que vosotros formabais parte de otra banda de atracadores, bajo las órdenes de una organización ajena a la nuestra. Si hubiésemos matado a alguien cercano a nosotros, la cosa podría acabar salpicándome. No podrían llegar hasta mí, pero se acercarían bastante. Sin embargo, si los que muriesen fueseis vosotros, la policía solo se podría encaminar en la dirección que nosotros les habíamos preparado. ¿Sabes por qué?

Permanecí callado.

—Porque vosotros no tenéis familia. Porque vosotros estáis solos en este mundo, y aunque murieseis no habría nadie que os echase en falta. Hasta que se esclareciese vuestra identidad, pasaría mucho, mucho tiempo. La policía, al encontrarse frente a unos cadáveres y sin pista alguna, se lanzaría de cabeza a las pruebas falsas que nosotros les habíamos dejado. Así que en ese momento necesitaba personas sin ataduras en ese sentido. Aunque claro que, si realmente no tuvieseis ataduras, quizá podrías escapar de mí... también teníais ese tipo de libertad.

—Aquella vez... vuestro objetivo no era el atraco, ¿verdad? —Al hablar me tembló la voz—. Puede que necesitaseis de verdad el dinero y los documentos, pero el principal objetivo era el asesinato.

—Así es... aunque con algún matiz. —El hombre seguía sonriendo mientras bebía aquel licor—. Era necesario asesinarlo de tal forma que, tanto a los medios de comunicación como a la sociedad, les pareciese una muerte desafortunada a manos de unos atracadores. Aún así, quedaría un reducido número de personas que se daría cuenta de que la muerte de aquel político era obra mía. A estos últimos no podíamos amenazarlos con matarlos de forma violenta, que te empujen desde el andén y te caigas a las vías del tren, o que te encuentren tiroteado, genera dudas, cabos sueltos que alguien podría querer investigar. Teníamos que cometer el asesinato y disfrazarlo de suceso, un caso de mala suerte, pero asegurándonos de que todo el mundo captase el mensaje. Los que creyesen la versión oficial, pensarían que soy lo suficientemente poderoso como para conseguir que la mafia china trabaje para mí; en cuanto al resto, simplemente sabrían que tengo el poder como para matarlos y hacerlo pasar por obra de los chinos. En ambos caos, conseguiría que me tuviesen miedo, mucho miedo. —Mientras se mojaba los labios con el licor, movía la lengua dentro de la boca como para acariciarse suavemente la carne del interior de la boca—. Aquel político era un mandado de algunas figuras importantes del hampa con influencia sobre las concesiones administrativas. Vaya, que su mera existencia nos suponía un estorbo. Y

ahora que ha muerto, a todos los que antes eran reacios a hacer negocios con nosotros, de repente les ha entrado miedo y acceden a tratar con nosotros. Por supuesto, cuando estamos negociando nunca sale a relucir ese suceso. Intentan decir cosas plausibles como que han recibido autorización de su superior, o que por supuesto su prioridad es el beneficio. Sin embargo, en muchas de esas transacciones había obstáculos, y algunos de esos impedimentos han desaparecido gracias a los documentos que conseguimos aquella vez. Sabíamos que a causa de aquello morirían varias personas, y también sabíamos que como consecuencia de la muerte de esas personas finalmente nosotros tendríamos más libertad de movimientos. Si pasa esto, ocurrirá eso; y si ocurre eso, sucederá aquello. Todo es como un rompecabezas. Con respecto a los beneficios que hemos obtenido nosotros gracias a aquello, la recompensa que os dimos a vosotros parece incluso una miseria. Y no se trata solo de beneficio. También de poder. Además, aquello no era nada más que un simple negocio secundario, así que para mí no era gran cosa.

—¿Por qué me dejaste vivir?

—No tengo ningún motivo para matarte. ¿No te lo he dicho ya? Puedes serme útil. No necesito a dos carteristas bajo mis órdenes. Tal vez, si tú no hubieses aparecido, Niimi no habría muerto. Aunque bueno, todo depende de mi estado de ánimo. Quiero pedirte que hagas algo por mí...

Tras decir esto, Kizaki me miró a la cara. Yo empecé a hacer fuerza con las piernas para poder levantarme enseguida del sofá.

—No lo haré. —Se me oprimió la garganta y me costaba respirar. Noté que él tomaba aire silenciosamente y empecé a levantarme.

—Últimamente, ¿verdad que te has hecho amigo de cierto niño? ¿Ya te has acostado con su madre? —Tras las gafas de sol se veían los contornos imprecisos de sus ojos.

—¿No está un poco pasada de moda esa amenaza?

—Las amenazas clásicas son las más efectivas —replicó, y soltó una carcajada—. Tú y Niimi, ¡vaya par de idiotas! A pesar de haber elegido este tipo de vida, aun así os empeñáis en establecer lazos. ¡Es el colmo de la estupidez! Si fuéis realmente libres os iría mucho mejor. Mira, si Niimi no huyó antes de aquel atraco fue por ti.

—¿Es por eso que Niimi...?

—Así es. Le di a elegir entre dos opciones: participar los dos en el atraco, y entonces os dejaría vivir a los dos; o escapar, y entonces os mataría a ambos. Si hubiese pensado únicamente en sí mismo, a pesar de que tú corrieses el riesgo de morir, hubiese escapado. —Me disponía a encenderme un cigarrillo, pero me di cuenta de que en el cenicero había quedado uno encendido. Kizaki estaba mirando fijamente el humo que salía de ese cigarrillo—. En pocas palabras, estás bajo mi control. No te puedes negar. Porque si lo haces, aquella mujer y su hijo serán brutalmente asesinados. Ése es tu destino.

»¿No crees que el destino se parece a la relación entre los poderosos y los

débiles? Y si no, mira la religión. ¿Por qué los israelitas, que adoraban a Jehová, le tenían miedo? Pues porque ese dios tenía poder. Las personas que creen en dioses, en mayor o menor medida, también les tienen miedo. Y esto se debe a que los dioses son poderosos. —Volvió a beber del licor—. Supongamos que Dios no fuese un ser que ha creado el mundo, sino simplemente un ser sobrehumano con superpoderes. ¿Acaso no sería lo mismo? Ellos lo adorarían, le ofrecerían ceremonias, y rezarían a esos súperpoderes por su propia prosperidad. Te voy a contar un cuento, ya que hoy estoy de buen humor.

En cuanto el hombre hizo sonar el teléfono móvil, el camarero volvió a entrar y trajo el mismo licor de antes y otra botella de agua. Sin apenas darme cuenta me había acabado el agua y la superficie del vaso estaba seca. El camarero se movía sin modificar su cara inexpresiva y, como la otra vez, le hizo una reverencia a Kizaki y se fue. En la otra sala, hombres y mujeres seguían retozando.

—Érase una vez un noble francés, de la época en la que aún existían amos y siervos en Francia. —Kizaki parecía estar bebido, pero no había ningún cambio en su rostro moreno. Miraba hacia mí jovialmente recostado en el sombrío sofá, y mientras hablaba iba haciendo gestos con las manos—. Al castillo de este noble llegó un joven de trece años al que habían vendido como sirviente. Era un joven muy bello. El aristócrata estaba harto de su vida y andaba buscando algo que se la alegrase. Le sobraba el dinero y lo derrochaba, se procuraba todo lo que quería. Se acostaba con diferentes mujeres casi cada día y era como un rey que tenía de todo, incluyendo tanto poder como fama. —Aquí se detuvo brevemente para tomar aire antes de continuar.

»Mientras contemplaba al joven, el noble se propuso decidir por completo él mismo la vida del chico. Pensó que él sería quien determinase el progreso de esa vida, sus alegrías y sus tristezas, hasta su muerte. Justo como Abraham y Moisés, que siempre estuvieron bajo el control de Dios. Durante todo un año el aristócrata estudió la personalidad y las aptitudes del joven. Hacía estimaciones sobre cómo reaccionaría el joven ante ciertas situaciones. El noble cogió papel y durante varios días se puso a anotar cómo sería la vida del chico a partir de entonces. Era “el cuaderno del destino”. El contenido de esas notas ya no se podía alterar. El joven iba a vivir su vida tal y como estaba escrita en ese cuaderno. —La luz naranja de la estancia se reflejaba como una esfera en sus gafas de sol.

»Cuando tenía quince años el joven se enamoró de una chica, pero antes de que pudieran llegar a estar juntos, ella fue trasladada a un territorio lejano y ambos se despidieron entre lágrimas, como en una escena sacada de una película mediocre. Quien hizo que esa chica se acercase al joven fue el aristócrata, y obviamente también fue él quien hizo que se separasen. Cuando tenía dieciocho años le permitieron que fuese a ver a sus padres, que eran siervos, durante un solo día, y ese día la familia al completo fue asaltada por unos bandidos. Naturalmente, todo esto también había sucedido según las instrucciones del noble, y estaba previamente

escrito en su cuaderno. El joven vio con sus propios ojos cómo mataban brutalmente a sus padres. Al parecer, en aquella ocasión el noble permaneció sentado en su silla palpitando de inquietud; pero no debido al horror que le producían sus propias acciones, sino que lo que le preocupaba era que los bandidos a los que había contratado pudieran confundirse y matar también a su pupilo. Al sumirse en la frustración y la rabia, desapareció toda inocencia del rostro del joven.

»Entonces le ofrecieron aprender a manejar la espada con el ejército privado del noble. No era posible que un esclavo llegase a ser caballero, pero sí que podría ir al campo de batalla. También podría participar en batidas para capturar a bandidos. Así que el joven aprendió esgrima. Por supuesto, el comandante de los soldados también seguía las órdenes del noble. Durante el día el joven desempeñaba sus funciones de sirviente en el castillo, y por la noche aprendía la técnica de la espada. Y es que esa herida era para toda la vida y le había proporcionado al joven una razón de vivir. Y el chico, igual que Job que siempre estaba a merced de Dios, en ningún momento se quejó a su dios ni le preguntó por qué le tenían que pasar a él esas cosas. Porque él no sabía que estaba bajo el control del noble. Éste había apuntado de antemano incluso muchos de los sucesos triviales de la vida del joven. Por ejemplo, hizo que una mujer, sirvienta como el joven, lo sedujese, y acabaron acostándose juntos; un chambelán lo iba a castigar, pero lo salvó el indulto del noble. Tras esto, el joven le juró aún más lealtad al aristócrata. Por lo demás, el joven también pasaba su ordinario día a día tal y como estaba escrito en el cuaderno, desde los errores que cometía en sus labores de sirviente hasta las pequeñas recompensas que recibía.

»Pero al cumplir los veintitrés años, el siervo se acercaba a la plenitud de su vida. Es decir, al clímax del cuaderno. Participó en una batida contra bandoleros y se encontró cara a cara con los bandidos que habían matado a sus padres. El comandante le ordenó que fuese él quien les diese el golpe de gracia. ¿Pero acaso lo disfrutó? El joven mató a los bandidos entre lágrimas. Más tarde, a los veintiséis años, se casó con una esclava siguiendo las órdenes del noble, pero la mujer tenía una personalidad tan problemática que la vida con ella empezó a aburrirle y se dejó seducir por la amante del noble. Empezó una relación con ella y a menudo quedaban para verse a escondidas. Lógicamente, esto también lo había preparado el noble y sucedió tal y como había escrito previamente en el cuaderno. Al poco tiempo la amante del aristócrata se quedó embarazada y éste, aun sabiéndolo todo, le comentó de pasada al joven que quería designar a ese niño, de entre todos sus hijos, como su sucesor. El chico estaba preocupado y asustado. También hubo una escena, en un banquete que reunió a gran número de aristócratas, y en el que el joven hacía de sirviente, en que la amante del noble estuvo a punto de confesarlo todo, pero finalmente abandonó la idea. El noble no cabía en sí de gozo. Y cuando el joven cumplió treinta años, el noble lo llamó a su habitación.

Kizaki detuvo aquí su narración. Yo aún tenía un leve zumbido en los oídos y me molestaba la sombra que hacía el ventilador que daba vueltas en el techo. Él habló

brevemente por el móvil y colgó enseguida. Yo no paraba de fumar, pero él sin embargo solo bebía de su licor.

—El joven recibió del noble un fajo de papeles encuadernados con un cordel. Al abrir las páginas, el joven vio que lo que había allí escrito era toda su vida hasta ese momento. Y estaba escrito desde hacía unos quince años. Al ver aquello debió de recibir una impresión considerable. Lo último que ponía era que el joven, por el delito de haber tenido relaciones con la amante, debía morir ante los ojos del noble, a pesar de que aquel delito también lo había preparado el propio noble. Al joven, hundido en el suelo, le llevó bastante tiempo poner orden en todas las cosas que le habían sucedido hasta ese momento. Cuando, estremeciéndose por las emociones encontradas que sentía, alzó la vista hacia el noble tras haberlo comprendido todo, el soldado que había tras él lo apuñaló por la espalda. No sé en qué pensaría el joven hasta que al fin murió, pero al parecer el noble temblaba de placer. Sentía un goce abrumador comparable a la alegría de estar con una mujer, o al que se disfruta a través de la riqueza o la fama. El noble hasta se olvidó de reír y saboreaba absorto ese placer con una expresión muy seria, como paralizado.

—Vaya locura —dije yo, metiéndome por primera vez en la conversación. Kizaki siguió sonriendo como de costumbre.

—No es ninguna locura. Ese noble simplemente estaba saboreando el poder absoluto: sentirse como un Dios.

—¿Y por qué me cuentas esa historia?

—Porque tú eres ese joven. A partir de ahora tu vida está en mis manos. —Kizaki apuró la copa—. Tengo el cuaderno de tu destino dentro de mi cabeza. Es tan interesante poder manipular la vida de otra persona. Pues bien, te voy a hacer una pregunta: ¿tú crees en el destino?

—No lo sé...

—Es la peor respuesta que me podías dar. Piénsalo bien: ¿Realmente el destino del joven estaba totalmente controlado por el noble? ¿O es que el destino del joven era ser controlado por el noble?

Alguien llamó a la puerta. Kizaki contestó y entonces entró un hombre delgado y trajeado. Dejó un maletín sobre la mesa, hizo una reverencia inclinando la cabeza y se fue. Kizaki abrió el maletín y sacó de su interior unas fotos y varios documentos.

—Te voy a encargar tres pequeños trabajos. Son tareas muy simples, pero utilizarte a ti nos facilita considerablemente otros asuntos que tenemos entre manos. En primer lugar, tienes que robarle el teléfono móvil a este hombre en un plazo de seis días. Su casa cuenta con todos los sistemas de seguridad, así que es complicado entrar cuando está vacía, y por varias circunstancias aún no podemos matarlo. En cuanto al porqué del teléfono móvil, se debe a que nos ha surgido la necesidad urgente de saber rápidamente con quién está en contacto. Aunque una posibilidad sería asaltarlo y robárselo en plena calle, es preferible que no se entere de que alguien se lo ha robado y piense que lo ha perdido en alguna parte. El móvil robado me lo

dejarás dentro del buzón de un apartamento que ya te indicaré.

»El segundo encargo es robarle a este hombre de aquí, en un plazo de siete días, alguna pequeña pertenencia que lleve encima. Un mechero será suficiente. Para ser más exactos, lo que necesitamos es algún objeto cotidiano que tenga sus huellas dactilares. Como en el caso anterior, lo esencial es que este hombre tampoco se entere de que le han robado algo; ese objeto personal aparecerá al lado de un cadáver. Obviamente, el objetivo no es que lo culpen a él de ese crimen. Pero al hacer que la policía sospeche de él y lo detenga temporalmente, otras cosas saldrán a la luz. También es complicado entrar en su vivienda. Además, no es solo el mechero o lo que sea; también le tienes que robar unos pelos. Sé que será difícil, pero lo harás. Necesitamos dos o tres cabellos. Evidentemente, si se los cortases no parecería natural, así que tienes que arrancárselos de raíz sin que se dé cuenta. Esto también lo echarás al buzón.

Yo miraba inexpresivamente las fotografías que él me iba señalando alegremente, como si de un juego se tratase.

—Por último, también le robarás unos documentos a otro tipo. Tienes diez días para hacerlo. Aquí no tengo una foto suya, pero la tendremos más adelante. Uno de mis hombres entró en su casa pero no consiguió encontrar los papeles en cuestión. Al parecer, los lleva consigo cuando sale de casa. Es un cobarde y es extremadamente nervioso. Hasta va armado con una pistola. Además, le tienes que robar esos documentos de forma que él no se entere de que los ha perdido durante, por lo menos, dos días.

—Eso es imposible.

—Hazlo aunque sea imposible. Los documentos están dentro de un sobre lacrado, así que es posible que él mismo no conozca su contenido. En caso de ser abierto, el sobre perdería la mitad de su valor. Sustitúyelo por esta imitación que nos ha hecho alguien relacionado con los documentos. Se supone que el original va dentro del sobre de esta empresa, y que el documento secreto está sellado de esta forma. Pero no estamos del todo seguros, así que antes de darle el cambiazco, compruébalo por si acaso. Esto no se puede echar al buzón. Entrégamelo a mí en persona.

—¿Y si no lo consigo?

—Entonces morirás. Te parecerá injusto, pero cuando yo le echo el ojo a alguien, así son las cosas. ¡Ja, ja, ja! Tranquilo, aunque fracases no mataré ni a la mujer ni al crío. Es verdad que la tensión y la responsabilidad elevan al máximo las capacidades de una persona, pero cuando recibes demasiada presión, por el contrario, se producen errores. Además, a ser posible, es mejor no causar más muertes de las estrictamente necesarias. Mientras más cadáveres dejes, por pocos que sean, más aumentan las probabilidades de que algo salga a la luz. A Niimi no me quedó más remedio que matarlo porque lo sabía todo sobre nosotros. Yo solamente mato si tengo algún motivo. Tú no eres el único caso; por esa misma razón tampoco maté a Tachibana, que no me sirve de gran cosa. Pero si no aceptas, no me quedará más remedio. Mataré

a la mujer y a su hijo. A mí también me supone una molestia, pero así son las cosas.

Kizaki introdujo los documentos y las fotografías en el maletín y lo deslizó por encima de la mesa para acercármelo. Tenía que aceptarlo.

—Estoy decidiendo la vida de otra persona sobre una mesa. ¿No crees que controlar de esta manera a otra persona se parece mucho a lo que hace Dios? Si existe un dios, él es quien más disfruta de este mundo. Alterar la vida de las personas es el placer más intenso que puede sentir una persona, el placer que proporciona el poder absoluto. Tú no lo puedes entender porque es algo que no has experimentado nunca. Escúchame bien. —Kizaki se me acercó un poco—. En esta vida, la forma correcta de vivir consiste en saber usar adecuadamente tanto el sufrimiento como la alegría. No son más que estímulos que nos ofrece el mundo. Y si puedes fundir con éxito dentro de ti estos estímulos, podrás darles usos totalmente diferenciados. Si te quieres impregnar de maldad, no debes olvidarte de la bondad. Ante el sufrimiento de una mujer agonizante, echarse a reír no tiene ningún sentido. Al ver a una mujer retorcerse de dolor, te tienes que compadecer de ella, sentir lástima, debes ser capaz de imaginarte su dolor y hasta a los padres que la criaron, y derramar lágrimas de pena por ella... mientras le infliges aún más dolor. ¡Ese instante es irresistible! Saborea todo lo que te ofrece el mundo. Aun en el caso de que fracasases en este trabajo, saborea la emoción que te causará ese fracaso. Saborea conscientemente el miedo a la muerte. Y cuando hayas conseguido hacerlo, te habrás transcendido a ti mismo y podrás observar este mundo desde otra perspectiva. Justo después de haber asesinado a alguien brutalmente, pienso que el sol que sale por la mañana es hermoso, veo la cara sonriente de algún niño del vecindario y me parece tan adorable. Si ese niño es huérfano, podría ayudarlo, aunque también podría matarlo de repente... ¡a la vez que siento pena por él! Si los dioses y el destino tuviesen personalidad y emociones, ¿no crees que esto se parecería a lo que ellos sentirían? ¡En este mundo en el que mueren niños y buenas personas de forma injusta!

Llegado a este punto, Kizaki dejó de hablar. Su voz estaba bañada en alcohol y resultaba empalagosa y pesada para el oído. Como hasta ahora, seguía sonriendo en todo momento.

—Bueno... que tengas suerte.

Capítulo 13

EL hombre del primer encargo se llamaba Kirita, tenía cuarenta y dos años y vivía en un apartamento en el barrio de Gotanda. En la fotografía vestía un traje de buena confección y llevaba el pelo corto. Como bróker financiero, se dedicaba a hacer de intermediario entre la mafia y empresas que aún no habían salido a bolsa. A las empresas que no podían conseguir financiación de un banco les ofrecía como mediador el dinero de la mafia. Si la empresa conseguía mejorar sus resultados y salir a bolsa, la cotización de sus acciones subía y obtenían un gran beneficio. En estos casos, las empresas que habían recibido financiación no sabían que ese dinero provenía de la mafia. A él solo tenía que robarle el teléfono móvil, pero cuando te señalan el objetivo, el hurto resulta más complicado.

Memoricé la fotografía y las escuetas anotaciones que me habían entregado y me pasé por delante del apartamento de Kirita. Si hubiese una cafetería o algo así cerca, podría vigilar desde dentro a través de una ventana, pero no había ningún establecimiento de ese tipo a la vista. El apartamento estaba en medio de una zona residencial y si me quedaba parado en la calle llamaría la atención. Al ver que se movía la cortina de la habitación de Kirita, bajé la cabeza y me puse a andar. Me alejé del apartamento, encontré un parque y me senté en un banco oxidado. Había una madre con su hijo jugando en silencio al lado de un estrecho tobogán. Me llamó la atención lo que pensé que era un trozo de madera con un agujero que salía de la cabeza del niño, pero resultó que no era más que una bolsa de papel que éste se había puesto en la cabeza. Entre bromas, la madre perseguía al niño mientras éste se escapaba. Podía ver la salida del apartamento, pero estaba lejos y resultaba difícil distinguir con claridad quién salía.

Transcurridas cuatro horas, salió un hombre que podría ser el de la foto. Llevaba puesto un abrigo de color crema y un bolso colgado del hombro, pero se puso a caminar en dirección opuesta a donde yo me encontraba, así que no pude verle la cara. Empecé a seguir al hombre a paso ligero. Caminaba con el cuerpo doblado hacia delante como un langostino, y con sus dedos, extrañamente largos, separados. Cuando llegué casi a la altura de la salida del apartamento, la puerta automática se abrió de nuevo y salió otro hombre. Llevaba un abrigo negro y un maletín de ejecutivo también negro. «Éste sí que es Kirita», pensé. Aunque me había pillado totalmente desprevenido, reaccioné y al cruzarme con él bajé la cabeza y me llevé la mano al bolsillo haciendo ver que buscaba un cigarrillo. Me habían pedido algo del todo absurdo: robarle el móvil sin que se diese cuenta, para que pensase que lo había perdido. Me puse a seguir a Kirita manteniendo cierta distancia.

Entró en una droguería y luego fue a la estación, donde se vio con un hombre gordo en un establecimiento de una cadena de cafeterías. Llevaba la cartera guardada en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta, pero el móvil lo llevaba dentro del

maletín. Me pareció que dentro de la cafetería sería complicado robárselo, así que esperé a que saliese. Pensé en quitárselo dentro del tren, pero al salir de la cafetería se despidió del hombre gordo y cogió un taxi. Yo hice lo propio y le dije al taxista que siguiese al taxi de delante. Pero el taxista aún era joven y tuve que ir constantemente dándole instrucciones, como que dejase un coche entre nuestro taxi y el otro, o que a ser posible cambiase de carril.

Se bajó en el distrito de Akasaka y se metió en un bar subterráneo. Era un local amplio que incluso tenía un escenario para actuaciones. Estaba repleto de gente y de bullicio. Me senté en la barra mientras pensaba que ese sitio se adaptaba muy bien a mis necesidades. Pedí un cóctel ligero y descansé ambos brazos sobre la superficie de madera desgastada y descolorida.

Pasó toda una hora y Kirita parecía que estaba ya un poco ebrio: hablaba más alto, hacía más gestos, abría la boca como un reptil para reírse. Lo acompañaba un hombre joven con pinta de universitario que le extendía unos documentos sobre la mesa, pero él apenas los miraba.

Kirita sacó el móvil y tras llamar a alguien lo volvió a guardar en el maletín, que estaba en el suelo. Yo esperaba que se lo metiese en el bolsillo interior, pero no hubo suerte. Al ver su estado de embriaguez, pensé que si conseguía robárselo ese día sería fácil que él pensase que lo había perdido; además, no sabía cuándo volvería a encontrármelo en condiciones tan favorables, y el plazo en el que tenía que cumplir esta tarea también era el más próximo. Cuando la camarera se acercaba a su mesa, me levanté de la silla.

Los servicios estaban detrás de la mesa de Kirita. Fingí que me dirigía hacia allí y adapté mi velocidad a los movimientos de la camarera. Esta puso vasos limpios sobre la mesa, inclinó la cabeza y justo en el momento en que comenzaba a andar de nuevo, yo me crucé con ella y le puse la zancadilla. La mujer se cayó y los vasos que llevaba en la bandeja fueron a parar al suelo y se rompieron estrepitosamente. Yo fingí que también perdía el equilibrio y me caí al suelo, pero la mayoría de las miradas estaban puestas en el cuerpo de la mujer, enfundado en una falda corta, que se había derrumbado acompañado por el estridente ruido. Al mirar para comprobar la reacción de Kirita, vi que se llevaba sorprendido las manos a los hombros, que se le habían mojado un poco, y miraba hacia la camarera. Me incorporé y, sentado en el suelo, usé mi abrigo como si fuese una falda y oculté con él el maletín de Kirita. Metí la mano izquierda por el agujero que tenía hecho en el bolsillo y así pude abrir la cremallera del maletín por dentro del abrigo. El joven compañero de Kirita se levantó y empezó a decirle algo. La mujer intentó levantarse e inmediatamente se llevó la mano a la falda, que se le había subido al caerse; luego abrió la boca como para disculparse. El maletín estaba totalmente oculto bajo el abrigo, que interceptaba todas las miradas. A través del abrigo metí la mano izquierda en el maletín y rebusqué un poco en su interior hasta que atrapé con los dedos la correa del móvil y me lo metí en la manga. Kirita se estaba levantando para ir a ayudar a la camarera. Mientras sacaba la mano

del maletín, concentraba las fuerzas en las piernas para poder levantarme del suelo. Justo cuando empezaba a sentir una calidez ascendiéndome por la garganta, el móvil que me acababa de meter en la manga empezó a sonar estridentemente.

Por un momento me quedé como petrificado y no me podía mover. El tono de llamada del móvil sonaba desde dentro de mi manga. Kirita dejó de mirar a la camarera y se puso a mirar en mi dirección. Dejé caer el móvil desde la manga hasta el interior del maletín, concentré toda mi atención y, a través del abrigo, volví a cerrar la cremallera del maletín. El sonido se amortiguó al meterlo de nuevo en el maletín, pero Kirita pareció no percatarse del cambio. La camarera se disculpó ante Kirita y ante mí. Yo me levanté con el pulso acelerado y también me disculpé. Sin embargo Kirita abrió la cremallera del maletín sin mirarnos y se puso al teléfono, que aún seguía sonando. Pensé en irme de allí, pero sentí la necesidad de escuchar la conversación de Kirita, así que me puse a ayudar a la camarera a recoger los vasos que se le habían caído. De un vistazo rápido pude ver lo que Kirita apuntaba en silencio: Jueves, 7, Shibuya, Daijingu. Me disculpé de nuevo inclinando la cabeza y pagué la cuenta. Me había visto la cara de cerca, lo que hacía su seguimiento aún más complicado.

Cogí un taxi para volver a casa. Le pregunté al taxista que si podía fumar; me dio permiso ya que ésa era su última carrera del día, y abrió un poco la ventanilla. Encendí un cigarrillo y me puse a contemplar las hileras de luces de neón de las concurridas calles que íbamos dejando atrás. No conseguía relajarme; me venían a la mente los rostros de Ishikawa y de Saeko. ¿Qué diría ella si me viese en estos momentos? Hundido, manipulado, sometido a Kizaki... aun así pensé que ella trataría de animarme, me apoyaría. Conociéndola, seguro que incluso se reiría mientras se quitaba la ropa, diciendo que tal vez íbamos a morir pronto y que vendría conmigo.

Me bajé del taxi y regresé a mi apartamento. Ahí estaba otra vez el niño, sentado delante de la puerta, durmiendo. Llevaba puestos unos pantalones largos, pero la tela de la sudadera gris que vestía era fina. Al observar sus extremidades, volví a tener la sensación de que el lugar en el que había nacido había determinado su vida. Y en medio de esa opresiva situación, él seguía esforzándose por seguir adelante. Pensé que con el frío que hacía podría morir si se quedaba ahí, así que le di un golpecito con el pie y el niño abrió los ojos. Por un instante me miró con el ceño fruncido, y antes de que yo pudiese abrir la boca, me preguntó en voz baja si podía quedarse a dormir esa noche en mi casa.

—Ni hablar. Vuelve a tu casa.

—¿Por qué? —Al respirar el niño expulsaba un débil vaho blanco.

—Tu madre vendrá a buscarte, y traerá a la policía.

—No vendrá.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues porque me quiere echar de casa. —El niño se levantó y se sacudió suavemente la arenilla y porquería que se le había quedado en las palmas de las

manos. Tenía la piel sucia y las suelas de sus zapatos estaban totalmente desgastadas. Iba a dejarlo entrar en casa, pero recordé que ni siquiera tenía vajilla, así que decidí ir primero a una tienda de 24 horas. En cuanto me puse a andar él me siguió.

—El tío ese ahora siempre está en casa, y yo le molesto.

—¿Te lo ha dicho él?

—Me lo dice cada dos por tres, porque quiere hacerlo con mi madre a todas horas. —A lo lejos se oía el motor de un coche que iba acelerando—. Es que tiene celos, por mi madre. Como quiere hacerlo a todas horas, yo tengo que estar fuera de casa todo el rato. Y cuando acaban, está borracho y me pega... —Le puse la mano encima del hombro.

—Y ese tío... ¿sabe que tu madre trabaja de...?

—Claro que lo sabe. Y encima está celoso, a pesar de que él mismo la obliga a hacerlo. —Tras oír esto me costaba respirar.

—¿Quieres irte de casa?

—Sí. —En sus ojos apareció un extraño brillo—. Pero aunque me escape, me pillarán enseguida. Y cada vez que me pillan me riñen, y si está el tío ese en casa, me pega. Así que...

—Conmigo no te puedes quedar.

—¿Por qué?

Le quité la mano del hombro, pero me pareció que no había sido el mejor momento para hacerlo.

—Yo tengo un trabajo arriesgado. No sé cuándo me voy a morir. Tú no tienes porqué mezclarte con más adultos que hayan fastidiado sus vidas.

—Pero...

—¿Y qué te parecería ir a un centro de acogida? —Observé su cara y me pareció que se lo estaba pensando.

—¿Podría entrar en uno?

—Sí, siempre que cumplas los requisitos que exigen. Pero, antes de hacer nada, debes pensarlo bien, ¿realmente quieres separarte de tu madre?

—Oye, que ya no soy un crío.

Alzó la vista hacia mí. Con sus grandes ojos desafiantes y penetrantes como dardos, me recordaba a mí mismo hacía mucho tiempo.

—Intentaré comentárselo a tu madre. A partir de ahora dejaré la puerta abierta, así que si alguna vez tienes frío, puedes entrar con total libertad.

Tras esta conversación, entramos en la tienda de 24 horas, donde compramos té con leche caliente, una cajita de grasienta comida preparada y un cartón de leche.

Capítulo 14

EL hombre del segundo encargo tenía veintiocho años y vivía en un edificio de siete plantas. No sabía a qué se dedicaba pero, a juzgar por su semblante y apariencia, no parecía que se encargase de algo excesivamente importante y clandestino. Este piso también se hallaba en una urbanización, así que no podía permanecer parado en las inmediaciones. Entré en un café cercano y me puse a observar a los transeúntes a través de la ventana. El tipo no tenía coche ni bicicleta, así que para ir hasta la estación, tendría que pasar por delante de mí. Esperé unas dos horas, pero el hombre no se dejó ver. Salí del café, caminé a paso lento por la calle, me dirigí de nuevo hacia el piso, y volví a entrar otra vez en el café.

A media mañana del segundo día de vigilancia, el hombre salió por fin del piso. Yo había ido hasta allí en taxi y me había puesto a esperar, pero como no había indicios de que fuese a salir, me fui al café. Justo cuando acababa de hacer mi pedido vi al hombre venir andando. Salí del café y lo seguí. Entró en la estación, atravesó el torno y llegó al andén. Si iban a dejar un mechero y unos cabellos suyos al lado de un cadáver, eso significaba que tenía antecedentes penales. Sin embargo, tenía aun más cara de niño bueno que en la foto, por lo que al verlo en persona no daba para nada esa impresión.

El tren que llegó estaba convenientemente abarrotado. Pensé que lo mejor sería hacerlo dentro del vagón, así que me situé justo detrás de él. Llevaba su pelo negro ligeramente fijado con gomina. No tenía ningún cabello suelto ni en los hombros ni en la nuca, así que no me quedaba más remedio que arrancárselos directamente. La calefacción dentro del vagón era excesiva y el hombre estaba sudando. Cuando el tren empezaba a pararse, empujó con el pecho a los pasajeros de delante para poder apearse. En ese momento acerqué mi cuerpo a su espalda. En las puntas de los dedos índice y corazón me había adherido unos fragmentos de lima para las uñas que tenía por casa. Al abrirse la puerta entró una bocanada de aire frío. En cuanto puso un pie fuera del vagón, alcé la mano fingiendo que perdía el equilibrio justo a sus espaldas, le atrapé unos cuantos pelos de la zona del remolino entre mis dedos índice y corazón, y tiré de ellos como si estuviese arañando el aire. Al arrancárselos, sintió un ligero tirón y se giró suavemente, casi indiferente, para mirar atrás, pero yo ya le había rodeado y me hallaba delante de él. Ya solo me quedaba robarle el mechero.

Se encaminó hacia las escaleras de la estación, pero de repente cambió de dirección. Me di cuenta de que se dirigía hacia la zona de fumadores del andén de la línea Yamanote. Sacó un cigarrillo, pero parecía que no encontraba el mechero. Primero pensé que sería un fastidio que lo hubiera perdido, pero luego se me ocurrió una idea; me puse unos guantes, limpié una y otra vez mi propio mechero barato de usar y tirar dentro del bolsillo y me encendí un cigarrillo justo a su lado. Vi que él aún lo seguía buscando y que estaba a punto de darse por vencido, y le pasé mi mechero

sin mediar palabra. Él me lo agradeció con una leve inclinación de la cabeza y se encendió el cigarrillo con mi mechero. Pensé que las huellas dactilares podían parecer poco naturales, así que cuando me devolvió el mechero, lo cogí mal adrede para que se me cayese al suelo y hacer que él lo recogiese. Me entregó de nuevo el mechero y con eso acabó todo. Me subí al primer tren que vino y me alejé del lugar.

Fui a un salón de belleza para cortarme el pelo y teñírmelo de castaño. También me puse unas gafas sin graduar. La otra vez que me encontré con Kirita apenas me vio un instante así que probablemente no me reconocería pero, por si acaso, era necesario cambiar de imagen. También sustituí mi habitual abrigo negro por una chaqueta blanca de plumón. A las seis de la tarde me dirigí hacia Shibuya.

Cogí un taxi y justo en el momento en que éste se detuvo en el semáforo frente a los grandes almacenes Seibu, lo vi. Llevaba puesto el mismo abrigo negro que la otra vez y también cargaba con el mismo maletín de ejecutivo. Me bajé del taxi y me puse a seguirlo. Las estrechas calles estaban a rebosar de gente y cada vez que Kirita se detenía, yo me iba acercando a él. Tal vez se lo podría robar antes de llegar al bar. Kirita se paró en el semáforo y yo me puse justo detrás de él, pero por algún motivo había al lado una mujer que no dejaba de mirar hacia él, así que no podía hacer ningún movimiento. El semáforo se puso en verde y yo seguí persiguiéndolo entre la asfixiante masa de gente.

Justo cuando había decidido que se lo robaría en el siguiente semáforo, Kirita se giró de repente. Me puse tenso, tuve miedo de que me reconociera, luego pensé que era imposible, así que desvié la mirada y él pasó de largo por mi lado. Lo fui siguiendo a una distancia prudencial hasta que entró en unos grandes almacenes de la cadena Parco. Inspeccionó el interior de la tienda y se dirigió hacia las escaleras mecánicas. Puesto que al subir la gente va quedando a diferentes alturas, las escaleras mecánicas son idóneas para robarles cosas de bolsos que lleven en la mano. Me puse justo detrás de él en las escaleras mecánicas e intenté concentrarme mientras subíamos. En el lateral había espejos, así que esperé a un tramo en que no hubiera ninguno. El hombre de detrás estaba hablando con una mujer que había aún más atrás, y ninguno de los dos estaba mirando en mi dirección. Pensé que estaba en el lugar adecuado, en el momento adecuado. Sentía una calidez en mi interior, y era consciente de una sensación agradable a medida que los brazos se me iban entumeciendo. En cuanto la cara de Kirita dejó de reflejarse en un espejo, con la mano izquierda agarré desde abajo su maletín, para estabilizarlo y que no se balancease, y con la mano derecha abrí la cremallera, saqué de dentro el teléfono móvil y me lo metí en la manga. Cuando acabé de cerrar la cremallera, retiré la mano izquierda. Kirita se subió a otra escalera mecánica que llevaba a una planta superior y yo me desvié a la izquierda, mientras miraba de reojo para asegurarme de que él seguía ascendiendo. Busqué unas escaleras y bajé andando. Me sentía sin fuerzas y me recorrió un penetrante escalofrío mientras me sacaba el móvil de la manga y me lo metía en el bolsillo.

Salí de nuevo a las calles de Shibuya, que estaban atestadas de gente. Le metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta a un hombre de mediana edad y con apariencia adinerada que venía andando hacia mí, y me guardé su cartera en la manga. El destello de la luz que se reflejaba en el alfiler de su corbata permaneció en mis ojos como una ilusión óptica y lo veía de color verde aun cuando los cerraba. Cogí un taxi y una vez dentro comprobé la cartera del hombre. Contenía ciento veinte mil yenes, unas cuantas tarjetas de crédito y algunas tarjetas de mujeres de clubes nocturnos. En el estrecho interior de un taxi siempre me sentía totalmente aislado de las calles abarrotadas de gente, y tenía la sensación de que podía huir.

Me dirigí en el taxi hacia el barrio de Ebisu. El bloque de apartamentos que me habían indicado era relativamente nuevo e impoluto. En cuanto lo metiese todo en el buzón del apartamento número 702, las primeras dos tareas habrían finalizado. Tal y como me dijeron, al abrirlo encontré en su interior un sobre blanco, que reemplacé con la bolsa que contenía el teléfono móvil, el mechero y los cabellos. Se me pasó por la cabeza quedarme a ver desde lejos al hombre que vendría a recogerlo, pero finalmente me alejé del edificio y volví a coger un taxi. Una vez dentro del vehículo abrí el sobre. Mientras sostenía en la mano la fotografía de mi próximo objetivo, empecé a inquietarme. Era un hombre de unos cuarenta años, con los ojos hundidos, las mejillas macilentas y pelo ralo. Al observar su cara, me pareció el tipo de hombre con el que es mejor no cruzarse. Por desgracia, mi intuición hasta ese momento siempre me había funcionado. Sentí la necesidad de encender un cigarrillo para relajarme, pero el taxista me dijo que estaba prohibido fumar.

Bajé del taxi, aspiré profundamente el humo del tabaco y comencé a caminar por una calle en la que no había estado nunca. Era en una zona residencial de viejos apartamentos y pocas farolas. De improviso me sonó el teléfono móvil y me puse a mirar absurdamente a mi alrededor. Se suponía que los únicos que conocían este número eran Saeko e Ishikawa. Al contestar tras observar en la pantalla que se trataba de una llamada con número oculto, me habló un hombre desconocido.

—Vaya, qué rápido eres. Ya solo te queda uno. Supongo que habrás cogido el sobre del buzón, ¿no? —Su voz me parecía desagradable, era alta y áspera.

—¿Quién eres?

—Eso no importa. El último tipo, un tal Yonezawa, estará mañana a las ocho en Shinjuku. Róbaselo allí.

—¿Y si no lo consigo...?

—Tienes hasta el próximo martes para hacerlo. Quedan cinco días. Pero gracias a ti, mi trabajo ahora es considerablemente más fácil. He oído que si no lo consigues te van a matar. Pero ni se te ocurra huir, ¿eh?

Una chica rubia que llevaba un perro de paseo me miraba con desconfianza.

—¿Está Kizaki contigo?

—¿El señor Kizaki? No. Y tampoco sé dónde está.

—¿Qué es lo que quiere ese tío? —pregunté, y mi interlocutor resopló

aparentemente cansado—. No son ni los documentos ni el mechero ni nada de eso.

—¿Y qué más da?

Al otro lado del auricular se oía levemente la risa lejana de una mujer, los ruidos de fondo se fueron haciendo más fuertes y al final se cortó la línea. Mientras esperaba al perro gordo, que olisqueaba insistentemente un poste de la luz, la chica todavía seguía mirando hacia mí. Al devolverle la mirada, ella le dijo algo al perro y se lo llevó de allí a la fuerza. Estaba oscuro. Quizá la mujer de hace un rato no me estaba mirando a mí, sino a algo que había justo por detrás de mí.

Capítulo 15

EN la foto Yonezawa llevaba puesto un abrigo negro un tanto sucio, pero vivía en un bloque de apartamentos tan grande que tenía hasta recepción, así que entrar allí no sería fácil. No sabía a qué se dedicaba, pero llevaba pistola, luego supuse que a nada bueno. Mientras lo miraba en la fotografía, con sus ojos hundidos, sentía que ocultaba algo, algún asesinato o algo similar. Alquilé un coche y me puse a vigilar la entrada del bloque de apartamentos desde un aparcamiento, a cierta distancia. Aunque también se corre el riesgo de levantar sospechas en la policía, en cualquier caso lo mejor para hacer una vigilancia es un coche. Yo esperaba que llegase un taxi hasta la puerta del edificio, pero Yonezawa salió del apartamento y se fue andando. Avanzaba arrastrando un poco la pierna y dando saltitos. Echó un vistazo inquieto a los alrededores y sin motivo aparente fulminó con la mirada a unos niños que venían andando hacia él. Tuve la impresión de que se sentía en peligro. Me bajé del coche y lo fui siguiendo, manteniendo una amplia distancia entre nosotros. Entró en la estación, se tomó su tiempo para comprar un billete y tras echar un vistazo general a la gente que lo rodeaba, fijó la mirada en una mujer con un generoso escote y ya no apartó de ella su ceño fruncido. Amplié la distancia que había entre nosotros. No parecía probable que pudiese acercarme a él hasta que no subiésemos al tren.

Al llegar al andén, Yonezawa se rascó varias veces la nuca y empezó a fijarse en una mujer con abrigo que estaba cerca. Llevaba el pelo extrañamente repeinado y tenía en las mejillas unas manchas que no se apreciaban en la fotografía. Sus zapatos estaban hechos un asco. Llegó el tren al andén, pero no venía lleno. Me mantuve a cierta distancia de él y abrí un periódico. Yonezawa no se sentó, se quedó de pie en un rincón, como abstraído.

Llevaba la cartera, bien apretada, en el bolsillo derecho de delante, pero no portaba ningún tipo de bolsa, así que no sabía dónde podría tener el sobre. Pensé que tal vez lo llevaría en el bolsillo interior del abrigo, pero no parecía factible que pudiese robárselo ahora. Sin embargo, el vagón empezó a llenarse poco a poco y yo me concentré al máximo. Me levante del asiento y me fui abriendo paso por el vagón entre los pasajeros hasta quedarme de pie delante de la puerta. En Ikebukuro se bajaron a la vez muchos pasajeros, pero subió una cantidad aún mayor y ya resultaba complicado moverse por el vagón. Por los altavoces anunciaron que estábamos llegando a Shinjuku y en cuanto se abrió la puerta los pasajeros se pusieron en movimiento. De entre toda esa masa apretujada de gente, centré toda mi atención en Yonezawa, y en cuanto pude pegarme bien a él le desabroché el abrigo y metí la mano dentro. Su desagradable aliento me daba en la mejilla. Palpé con la punta de los dedos algo parecido a un sobre, pensé que podía cogerlo y cuando por fin estiré los dedos, me di cuenta de que la apertura del bolsillo interior estaba cerrada. Y no es que tuviese un botón o una cremallera, sino que estaba claramente cosida. Sentí una leve

punzada en el corazón y saqué la mano inmediatamente. Fingí que estaba subiendo de nuevo al vagón, me pegué otra vez a él y entre la multitud le abroché el abrigo. La gente seguía moviéndose frenéticamente a nuestro alrededor.

Yonezawa bajó al andén y, justo antes de que se cerrase la puerta, yo también me apeé. El corazón no paraba de latirme con fuerza. No era posible sustituir el sobre que llevaba cosido al abrigo por el que yo llevaba, y aunque provisionalmente le rasgase la costura y le robase el sobre, era del todo imposible que no se diese cuenta de ello. Continué siguiéndole, no sabía qué hacer. Se me ocurrió que quizá podría reemplazar el abrigo entero, pero además de que era imposible adquirir uno tan andrajoso, me costaba creer que no se fuese a dar cuenta de que no era el mismo.

Yonezawa dejó la estación por la salida este y se dirigió hacia Kabukichô. Caminaba balanceando todo el cuerpo e inspeccionando los alrededores con la mirada. Se tropezó con algo y perdió el equilibrio, luego se quedó mirando durante un rato a otra mujer y finalmente entró en un edificio de oficinas gris. Esperé hasta que saliera, pero aun así ese día ya no podría hacer nada. Pensé en ir a ver a Kizaki, pero no sabía dónde localizarlo. Me acordé del bloque de apartamentos de Ebisu, en cuyo buzón debía meter lo que me habían encargado, y se me ocurrió ir hacia allí. Cogí un taxi y, durante el trayecto hasta el apartamento, me venían constantemente a la cabeza los rostros de Ishikawa y Saeko. Llegué al bloque y pulsé el interfono. Tras un silencio se oyó una voz masculina. Al dar mi nombre se abrió la puerta y subí en el ascensor. Me recibió un tipo que se me quedó mirando a la cara hoscamente y luego se metió para dentro. En el apartamento había una mesa y un sofá sobre una alfombra gris; la decoración se parecía mucho a la de la oficina en la que había trabajado Ishikawa.

—¿Qué quieres? —dijo el hombre con voz turbia. Yo me quedé de pie frente a él.

—El sobre de Yonezawa está cosido al abrigo. Es imposible robárselo sin que se entere.

—¿Y a mí qué me cuentas?

—Quiero hablar con Kizaki.

—Imposible.

Me miró como si le estuviese incordiando, se sentó en una silla que había frente a la mesa y encendió el televisor. En la pantalla apareció una mujer en bañador que corría como si estuviese persiguiendo algo.

—Si yo fracaso, vosotros también estaréis en apuros, ¿no? Déjame hablar con Kizaki. Si no, la responsabilidad será solo tuya. Bueno, si no puede ser, me voy.

Mientras seguía mirando al televisor, el hombre murmuró algo y, sin dirigirme la mirada ni una sola vez, cogió el auricular del teléfono. Tras decir algo en voz baja, se apartó el auricular de la oreja, apagó la tele y resopló. Sobre la mesa había esparcidos periódicos de carreras de caballos y golosinas. Me pasó el auricular y, tras esperar unos segundos, me habló un desconocido. Al insistirle en que quería hablar con Kizaki, al principio me dijo que era imposible, pero después hubo un silencio y

finalmente Kizaki se puso al aparato. Me dijo que solo tenía cinco minutos. Era realmente Kizaki, pero su voz era tan baja que no parecía la misma persona de la otra vez.

—Yonezawa lleva el sobre cosido al abrigo. Es imposible darle el cambiazó. ¿No basta con robárselo?

Hubo un breve silencio y al poco rato Kizaki se rió.

—Vaya, sí que tienes mala suerte. ¡Qué pena!

—¿Por qué?

—Porque si no puedes hacerlo, vas a morir. Eso es lo que habíamos acordado. Consuélate sabiendo que haré la vista gorda con la mujer y el crío.

—Pero si yo fracaso, ¿acaso no os irá también mal a vosotros?

—No pensaba que le tuvieses tanto apego a la vida. —Tras decir esto, Kizaki se volvió a reír. Debía de tener la boca tan cerca del auricular que se quebraba el sonido y hasta parecía que me llegaba su aliento a la oreja—. Pues no es que nos cause muchos problemas... bueno, parece ser que dentro de tres días volverá a estar por Shinjuku, así que inténtalo de nuevo. Si fracasas, mataremos a Yonezawa y le quitaremos el sobre. Tendría más valor si no lo matásemos, pero si no queda más remedio... eso es todo.

—Pero...

—Quedamos en que si fracasabas, morirías. Ése era el compromiso. Lo que he decidido es inalterable. Así de cruel es el destino. Y la tuya ha sido una vida bien dura. He estado investigando un poco sobre ti... —Al oír esto se me cortó la respiración—. No le des tantas vueltas. A lo largo de la historia han muerto cientos de millones de personas. Tú tan solo serás uno más. Todo es un juego. No te tomes la vida tan en serio. —Yo quería decir algo, pero no me salía la voz—. Ya te lo dije, ¿no? Tengo tu destino dentro de la cabeza. Y es una sensación insuperable. En cualquier caso, te quedan cuatro días para hacerlo. Es una pena pero no se puede hacer nada. Así es cómo suele acabar la gente como tú.

»Escúchame bien. Tanto si fracasas, como si tienes éxito, para mí no tiene mucha importancia. La única diferencia es que si fracasas te mataré. Así de simple. Tengo a varias personas como tú bajo mis órdenes. Tú eres simplemente uno más, un engranaje sin importancia dentro de mi organización. Lo que para los que están al mando son cosas triviales, para los que estáis abajo son heridas mortales. Así funcionan las cosas. Te lo advierto... —Kizaki se pausó brevemente para tomar aire antes de continuar—: A mí no me exijas nada, ni me hagas preguntas. El mundo está lleno de injusticias. ¿Acaso no hay montones de niños por todo el mundo que nada más nacer se mueren de hambre? Van cayendo como moscas. Así es la vida.

Tras decir esto, colgó el teléfono.

Regresé a Shinjuku, al bloque de oficinas en el que se había metido Yonezawa, a pesar de que lo más probable era que él ya no estuviese allí; y aun en el caso de que estuviese, no parecía que yo pudiese hacer nada. Así que atravesé las bulliciosas

calles y la zona de hoteles y fui a salir a una urbanización desconocida, llena de bloques de apartamentos. Ya era muy tarde, pero al día siguiente era festivo y en las ventanas de muchos apartamentos aún se veía luz. Las luces se difuminaban suavemente en medio de la oscuridad y a mí, mientras alzaba la vista y las observaba, me entraron ganas de hacer algo. Noté algo extraño en el bolsillo interior del abrigo, lo saqué y resultó que llevaba dentro una cartera que no había visto en mi vida y un encendedor Zippo plateado. Dentro de la cartera había setenta y nueve mil yenes y varias tarjetas de crédito, un carné de conducir y un carné de socio de un club de golf. Se me contrajo la vista, un perro abotagado me miró y luego desapareció cautelosamente. Vi a un hombre con chubasquero que venía andando hacia mí y me extrañó porque no estaba lloviendo, pero al volver a mirar solo había una gran mancha en la pared, que ni siquiera tenía forma humana. En un estrecho callejón que torcía a la izquierda vi las luces de un pequeño bar. Me volví a guardar la cartera en el abrigo y metí el encendedor Zippo en el cesto de una bicicleta que estaba tirada en el suelo. El bar era pequeño y el letrero estaba escasamente iluminado, casi negro, así que no podía leer su nombre.

Al entrar vi que contaba con cuatro asientos frente a la barra y dos pequeñas mesas. Le pedí un *whisky* al barman, un hombre de aspecto desaliñado que ni siquiera me miró, y me senté en una de las mesas. En la barra había un hombre, con apariencia de oficinista y pinta de ser un cliente habitual, durmiendo con la frente apoyada en la barra, borracho como una cuba.

A través de los pequeños altavoces del bar se oía música clásica. El barman se movía distraídamente, como si escuchar esa música fuese su único objetivo en la vida. Al lado de la barra había atado un perro mestizo que permanecía tumbado en el suelo, moviendo únicamente los ojos. El barman me trajo un vaso de *whisky* con hielo a la mesa pero siguió sin mirarme. Mientras observaba abstraído el interior del bar, no me extrañó que ese antro no fuese popular.

Me acabé de beber el *whisky* enseguida y pedí hielo y una botella entera. El barman me la trajo y se volvió a la barra. No estaban allí ni Ishikawa, quien solía impedirme que bebiese demasiado, ni Saeko, quien solía animarme a beber más. Sentí que empezaba a emborracharme y el vaso que tenía ante mí empezó a verse borroso, y luego todo lo que entraba en mi campo visual también se fue difuminando.

Dentro del bar solo estaban el barman, que seguía escuchando atentamente la música, el hombre trajeado que estaba como una cuba y el chuchó, que se aburría como una ostra pero que tampoco hacía nada por librarse de la correa que lo tenía atado. Yo me puse a pensar sobre mi propia muerte, y sobre qué había sido mi vida hasta entonces. Al extender la mano para robar, le había dado la espalda a todo, había rechazado cualquier tipo de colectividad, había repudiado la honestidad y la luz. Había creado un muro a mi alrededor que me ocultase, y había vivido para penetrar en los rincones de la oscuridad que surge de la vida. Sin embargo, por alguna razón pensaba que aun así me gustaría quedarme aquí un tiempo más.

El barman había tomado asiento en una silla que había detrás de la barra y tenía los ojos cerrados. Como yo no entendía de música, simplemente observaba cómo el hombre la seguía escuchando. Pensé que en mi vida había muchas cosas que no me gustaban, pero también había cosas que estaban bien, y personas que no quería que desaparecieran. Sin embargo, algunas de esas personas no habían vivido mucho tiempo y acabaron de forma lamentable. Reflexioné sobre qué había hecho con mi vida y la de los que me rodearon. Supe que el momento de mi muerte se acercaba, que mi vida acabaría pronto.

El hombre trajeado seguía durmiendo y el barman permaneció totalmente inmóvil. Me propuse seguir contemplando esa escena, a ser posible, hasta quedarme yo también dormido.

Capítulo 16

CUANDO era pequeño, siempre había una torre en la distancia.

Al alzar la vista desde un sucio callejón formado por filas de casas y pisos bajos, siempre se veía esa torre borrosa. Era como una torre de una vieja ensoñación, cuya silueta difuminada se elevaba entre la niebla. Era como algo sacado de algún país extranjero, solemne, tan alta que no se le veía la cúspide, y era tan hermosa y tan lejana que parecía que por mucho que anduvieses nunca podrías llegar hasta ella.

Entraba en una tienda y deslizaba una bola de arroz en mi bolsillo. Las posesiones ajenas pesaban en mis manos como cuerpos extraños. Pero yo no sentía ninguna culpa ni veía ninguna maldad en esos actos. Yo estaba creciendo, necesitaba comer, no había nada malo en robar un poco de comida, así que simplemente la cogía y me la comía. Las reglas de los demás eran algo que otros habían creado. Me metía la bola de arroz en la boca y mientras la masticaba me quedaba contemplando la alta torre que se elevaba por detrás de la hilera de postes de electricidad, más allá de las calles sucias, junto a la arboleda de la colina. Quizá algún día esa torre me hablara. Mientras me rascaba el muslo que asomaba por debajo de los pantalones cortos, no era plenamente consciente de que lo que se alojaba en mi estómago, era la comida de otro.

Se oían las voces eufóricas de un grupo de niños de mi misma estatura. Uno de ellos, de pelo largo, llevaba un coche de juguete en la mano. La voz chillona del niño proclamaba que lo había comprado en el extranjero. El coche era resplandeciente y tenía un sofisticado acabado. El niño lo hacía correr y acelerar con un pequeño mando que tenía en la mano.

Al ver aquello me agité por dentro. Pensé que ese niño era un ser despreciable porque estaba presumiendo de algo que no había conseguido por sí mismo, sino que se lo habían regalado. Me propuse darle un escarmiento, y se lo robé. Puesto que ellos no sabían que yo estaba allí, fue un robo extremadamente fácil. Los objetos del extranjero, por alguna razón, siempre me hacían pensar en aquella torre.

Me puse a jugar con el coche yo solo, en silencio, en una callejuela sin asfaltar llena de tierra y piedras. Pero ya no relucía tanto como cuando lo vi por primera vez. Sentí que había algo extraño, empecé a encontrarme mal y apagué el interruptor. Puse el coche lejos de mí y encendí el interruptor de nuevo temerosamente, pero la extrañeza que sentí cuando empezó a moverse me hizo detenerlo de nuevo y ponerlo aún más lejos. Finalmente abandoné el coche en medio de un lodazal al lado del río. Muy lejos en la distancia se alzaba la torre. Seguía elevándose hacia el cielo, lejos de mí, oculta entre la niebla, y sin decirme nada.

Nunca se me ocurrió preguntarme por qué había una torre en las afueras de mi ciudad. Tal vez ya estuviese allí cuando yo nací. El mundo era firme e inamovible. Siempre todo discurría a la velocidad oportuna, empujándome por la espalda,

desplazándome gradualmente hacia alguna parte. Solo cuando robaba las posesiones ajenas sentía que era verdaderamente libre. La tensión de ese momento me permitía desprenderme de todo cuanto me rodeaba, era la única manera de alejarme de ese mundo sólido e inflexible.

Cuando empecé la escuela primaria, un día el niño elegido como delegado de la clase trajo un reluciente reloj.

—Es de mi padre —decía mientras se lo enseñaba furtivamente a cuantos lo rodeaban—. Funciona incluso debajo del agua.

Todos los niños se quedaron mirando ese reloj que aunque se mojase no se estropeaba. Y yo se lo robé.

¿Por qué se me tuvo que caer el reloj al suelo justo en el momento en que todos estaban mirando? Moví la mano ágilmente y para cuando tenía el reloj metido hasta la mitad dentro del bolsillo, se suponía que mi acto había llegado a su fin. Pero el reloj se deslizó desde mi pequeño bolsillo y cayó al suelo con un gran estruendo. Todos dirigieron la mirada hacia el reloj caído en el suelo, que del impacto había dejado de funcionar, y luego todos los ojos se dirigieron a mi cara.

—¡Ladrón! —gritó el delegado de la clase—. ¡Se ha estropeado! ¡Era muy caro! ¿Cómo te has atrevido a tocarlo con esas manos tan sucias?

Se armó un gran alboroto en el aula. Varias manos me agarraron por los brazos y las piernas y me zarandearon hasta que me desplomé en el suelo de la clase. Un joven profesor que oyó los gritos de «¡Ladrón, ladrón!» se acercó a mí, que estaba tumbado en el suelo, y me cogió del brazo. El maestro parecía estar confuso por las acusaciones que los niños vertían hacia mí.

—Discúlpate —dijo el profesor, también gritando—. Si lo has robado de verdad, discúlpate.

Ahora que lo pienso, quizá aquello fuese una liberación, ya que ése fue el momento en que por primera vez (si exceptuamos la torre) mi comportamiento fue expuesto a los que me rodeaban y al mundo entero. No obstante, yo no sentí tal liberación. En medio de la vergüenza que suponía que me estuviesen inmovilizando entre todos, lo que yo sentía era una especie de profundo placer. Si no puedes evitar que la luz te dé directamente en los ojos, es mejor que tomes la dirección opuesta. Me quedé tirado en el suelo mientras me sujetaban, sin oponer resistencia y sin ocultar la sonrisa que afloraba en mis labios. Desde la ventana del aula pude ver la torre. Llevaba allí tanto tiempo que pensé que tal vez me dijera algo. Pero incluso en ese momento la torre simplemente se mostró hermosa y remota. Sin aceptarme ni rechazarme mientras sentía placer en medio de mi humillación. Y así cerré los ojos.

Me propuse seguir robando hasta que dejase de ver esa torre. Cayendo cada vez más bajo, moviéndome entre las sombras. Pensé que mientras más robase más me alejaría de aquella torre. Pronto, la tensión al hacerme con algo ajeno empezó a atraerme; la tensión al tocar con mis dedos las pertenencias de otras personas, y esa calidez que me inundaba justo después. Era una acción que negaba cualquier valor y

ultrajaba cualquier restricción. Robaba cosas que necesitaba y cosas que no necesitaba, y me deshacía al momento de las que no necesitaba. Ese placer que hacía desaparecer toda extrañeza y que me recorría la piel de las puntas de los dedos cuando éstos se estiraban hacia esa zona en la que está prohibido entrar. No sé si sería porque mis acciones sobrepasaron cierta línea, o si fue simplemente porque me hice mayor, pero antes de que me diese cuenta la torre había desaparecido.

Capítulo 17

LLAMÉ por teléfono a la madre del niño y me dijo que podíamos ir a un hotel, así que cogí un taxi. Quedamos en encontrarnos al mediodía delante de un salón de *pachinko*; caminamos por el distrito de los hoteles y entramos en uno al azar.

—Ya sabía yo que me volverías a llamar —dijo la mujer en cuanto llegamos a nuestra habitación, y empezó a desnudarse.

Yo iba a decirle algo, pero en lugar de eso la acosté en la cama. En parte lo hice porque si se enfadaba sería difícil hablar con ella sobre el niño, y en parte porque tenía la lamentable sensación de que podía morir pronto y quería acariciar a una mujer por última vez. Ella se subió encima de mí, me clavó las uñas, y no sé si sería porque se había tomado aquellas pastillas, pero no le bastó con una sola vez.

Desnuda, salió de la cama y se dirigió hacia la ventana. Abrió un poco las cortinas y me comentó que allí delante habían abierto un nuevo centro comercial. Mientras se rascaba la mejilla intentó mostrármelo. Las prendas de ropa que se había quitado estaban esparcidas por el suelo, como un cadáver aplastado. A través de las cortinas entraba un delgado rayo de sol. Me incorporé un poco en la cama.

—Por cierto —empecé a decir, aunque aún dudaba si éste era el momento oportuno—, ¿qué te parecería ceder la custodia del niño?

Su rostro se quedó petrificado por un instante, mientras se giraba.

—¿A ti? —respondió, con una sonrisa en la boca.

—No, a un centro de acogida.

—¿Puedo hacerlo?

Yo pensaba que se enfadaría, pero en lugar de eso corrió las cortinas y volvió a meterse en la cama.

—Sí, aunque hay que seguir un procedimiento.

—Qué asco —dijo de repente, miró para otro lado y se encendió un cigarrillo. Supuse que lo que le daba asco era el papeleo.

—Yo voy a tener que desaparecer por un tiempo. Ya no podré volver a ver al crío. Sería mejor que tú y ese niño vivieseis por separado. Si él no está te lo podrás montar mejor con ese hombre, ¿no? Si cedes la custodia del niño, te daré quinientos mil yenes. ¿Qué te parece?

—¿Qué?

La mujer dirigió la mirada hacia mí lentamente. Tanto sus ojos como sus labios estaban un poco húmedos y tenían un brillo triste. Desvié la mirada al darme cuenta de que me estaba excitando de nuevo.

—Mi novio, últimamente, le da puñetazos. A ver, no lo va a matar, pero aun así es maltrato, ¿no? Como lo que sale en las noticias. No me gustaría que pasase eso. Entonces vendría la policía, ¿no? Lo de antes... ¿lo decías en serio?

—Yo tengo mucho dinero. Para mí esa cantidad no es gran cosa. Ponte en

contacto con un centro de asesoramiento infantil para que se hagan cargo de él. Si no fuese posible, ponte en contacto con una institución de atención a los niños, una con buena reputación. Pero si te quedas el dinero y no cedes la custodia del niño sin ningún motivo que lo justifique, tendrás problemas. Aunque yo desaparezca, les pediré a mis colegas que se encarguen de ello. Son *yakuza*. ¿Entendido?

No sé si me había estado escuchando o no, pero de repente me lamió los labios.

—Cuando mis padres vivían, podía dejarles el niño, pero ellos ya no están, desde entonces me he estado preguntando qué hacer. Tienes razón, quizá lo mejor sea que se hagan cargo de él en un centro de acogida. No había pensado en ello... Así que todo lo que tengo que hacer es ponerme en contacto con ellos, ¿no es así? Con el dinero que sobra hasta podría irme de viaje, ¿no?

La mujer se metió en el bolso los papeles que yo le había pasado. Cuando saqué el dinero del abrigo que había dejado tirado en el suelo, pareció sorprenderse y me preguntó si se lo iba a dar ya; sin embargo, no tardó en guardárselo en el bolso. Cerró varias veces uno de sus ojos, apretando muy fuerte.

—Eres increíble. En serio, eres genial. ¡Estoy tan contenta! Ay, ¿qué me puedo comprar?... No sé por qué decidí tener el niño. Nunca tuve instinto maternal, no entiendo que la gente se muera de ganas por tener un bebé, solo son graciosos los dos primeros meses, ¿no crees?

Al bajarme del taxi delante de mi apartamento, el niño estaba allí esperándome. Tenía en las manos una Coca-Cola abierta y una lata de café de la marca que yo solía beber. Me pasó la lata sin decir palabra y yo la abrí allí mismo. El niño observó mi cabello, que ahora era castaño, pero no comentó nada. El café ya estaba bastante frío.

Entré un momento en mi casa y al salir y ponerme a andar me siguió. Se asustó de un coche que avanzaba acelerando y me agarró del extremo del abrigo. El coche tenía el chasis bajo y llevaba una música monótona sonando a todo volumen. Caminando hacia nosotros se acercaba una niña pequeña que también iba agarrada del extremo de la ropa de su padre. Nos cruzamos con ellos en silencio. El padre le dijo algo a la niña y ésta le replicó algo aparentemente insatisfecha.

Caminamos poco a poco por al lado de un estrecho río bastante alejado de la ciudad. El río estaba bien cuidado, pero a pesar de eso el agua estaba turbia y flotaban en ella botellas de plástico y otras cosas. El niño empezó a decir algo pero luego vaciló y se quedó callado. Yo me encendí un cigarrillo y dirigí la vista hacia el río estancado.

—He hablado con ella. De verdad que te parece bien lo de ir a un centro de acogida, ¿no? Por fin saldrás de esa casa.

—Sí. —La voz del niño sonaba algo más fuerte.

—Si tu madre no te lleva al centro y tú no soportas estar en esa casa, llama a este número de teléfono. Este centro es de confianza. —Al pasarle el papel, el niño se quedó mirándolo como si fuese a memorizarlo—. Tú aún puedes volver a comenzar. Puedes hacer cualquier cosa. Olvídate de hurtar en tiendas y robar carteras.

—¿Por qué? —El niño alzó la vista para mirarme.

—Porque si no, no te podrás adaptar a la sociedad.

—Pero...

—Calla y hazme caso. Olvídate de eso —le aconsejé sintiéndome extraño, ¿quién era yo para dar consejos a un niño? Saqué una cajita y le dije—: Toma, te regalo esto.

—¿Qué es?

—Es algo que yo hubiera necesitado al principio, pero no ya. Ábrela cuando todo te vaya tan mal que te quieras morir, cuando necesites fuerzas, cuando las cosas se pongan difíciles. ¿De acuerdo?

—Pero... ¿y si me lo quitan como la otra vez?

—Pues entonces... vamos a enterrarlo en algún sitio.

Vi una ruta de senderismo y nos encaminamos por el sendero pavimentado de color marrón. A mitad de camino había una estatua de piedra de una mujer que se reía como una loca. Nos pusimos a cavar en la tierra de detrás de la estatua con las manos y con las latas vacías hasta hacer un agujero bien hondo. La inscripción de la estatua estaba casi borrada pero ponía algo sobre una donación para conmemorar algo, así que pensé que allí no se pondrían a hacer ninguna obra, ni corría peligro de ser desenterrada por alguien.

—Si resulta que al final no la necesitas, dásela a algún otro niño como tú.

El niño y yo seguimos andando sin abrir la boca. Poco a poco el sol se iba poniendo y me entró frío. Fuimos a salir a una plaza, donde vimos una pelota de tenis en el suelo. Cogí con indiferencia la pelota, estaba manchada de tierra y le sacudí el polvo con la mano. Al otro lado de un banco había un chaval con su padre jugando a lanzarse una pelota. Aquel chaval tenía más o menos la misma edad que el niño, pero su forma de lanzar la pelota era torpe y sin ganas. Cada vez que el chaval lanzaba la bola, el padre le decía algo. Sobre el banco habían dejado sus pertenencias: una cámara de fotos digital y una videoconsola portátil.

—¿A ti se te da bien lanzar la bola?

—No sé...

—Lánzamelas más rápido que ese crío inútil.

Al lanzarle la bola lejos, el niño dudó por un instante pero luego corrió a por ella. El padre y su hijo se habían percatado de nuestra presencia y nos estaban mirando. El niño recogió la pelota y me la devolvió desde allí con fuerza. Al recibirla, sentí dolor en las puntas de los dedos, pero se la devolví con más fuerza todavía. Sin embargo, el niño la capturó con ambas manos y me la devolvió con más potencia que la vez anterior. Esta vez fallé al cogerla y el niño se echó a reír. Padre e hijo nos observaban desde lejos mientras nos lanzábamos la pelota. Tras continuar así un par de minutos, caí en la cuenta de que esa pelota debía de ser suya. Les di las gracias como haría una persona normal y les devolví la pelota con un lanzamiento bajo.

—Escucha —le dije al niño cuando llegó hasta mí, casi sin aliento—. Ya no nos podremos volver a ver, porque me tengo que ir lejos de aquí. Pero no te conviertas en

alguien insignificante. Aunque lo pases mal, tendrás tu oportunidad.

Cuando le dije esto él asintió con la cabeza. Nunca me había cogido de la mano, pero en el camino de regreso a casa me volvió a agarrar de la punta del abrigo.

—De momento, cómprate algo de ropa... ropa presentable.

Capítulo 18

ATAVIADO con un abrigo negro, observaba a Yonezawa desde un extremo del andén.

Comprobé que el cuchillo aún seguía en mi bolsillo y fingí que leía el periódico. Yonezawa lanzó una mirada furibunda a unos niños que reían y luego siguió con la mirada a una mujer que le pasó por delante. Al poco tiempo empezó a caminar con la cabeza baja, y aunque se chocó contra un oficinista, pasó de largo sin ofrecer disculpa alguna. Cuando el tren llegó al andén, me subí en el mismo vagón que él. Estaba lleno, pero no resultaba agobiante, así que me puse a leer el periódico a cierta distancia de él. Yonezawa permanecía apoyado contra las puertas, con los brazos caídos a ambos lados, mientras el tren se balanceaba.

Al llegar a Ikebukuro se apearon muchos pasajeros pero subió un número aún mayor. Un grupo de chicas de instituto en chándal subieron poco antes de cerrarse las puertas y llenaron el vagón. Pensé que era mi oportunidad; cerré el periódico y me acerqué a él. Yonezawa miraba fijamente a las estudiantes, se acercó lentamente al grupo de chicas chasqueando la lengua en señal de desaprobación. Sus movimientos abriéndose paso por el vagón atestado de gente eran bastante evidentes. Se fue desplazando hasta pegarse a ellas y se puso a mirarlas descaradamente. No les dijo nada ni las tocó, simplemente se quedó allí plantado mirándolas fijamente.

Pensé que si en ese momento hacía algún movimiento sería demasiado obvio, así que esperé hasta la siguiente estación. Apenas se bajaron pasajeros, y subieron también muy pocos. Me fui acercando gradualmente a Yonezawa y me quedé de pie detrás de él. Una de las estudiantes se movía como incómoda dentro de la aglomeración. Atrapé entre los dedos la tela del faldón izquierdo del abrigo de Yonezawa. La estudiante a la que Yonezawa estaba pegado, para apartarse de él, interpuso entre ambos su mochila, y en ese momento el cuerpo de Yonezawa se balanceó; aproveché ese momento para ir cortándole con el cuchillo, poco a poco y de arriba abajo, el costado del abrigo. Pero el corte no llegó hasta el bolsillo interior. Resoplé silenciosamente. El ambiente dentro del vagón estaba cargado y me empecé a acalorar. Yonezawa echó una mirada a la mochila que se interponía entre ellos y finalmente, como si se hubiese dado por vencido, se conformó con solo mirarlas con el ceño fruncido. Al ver que Yonezawa empezaba a palpase el cuello del abrigo y a ir bajando la mirada diagonalmente, pensé que en pocos segundos se daría cuenta de la rasgadura. Contuve la respiración, que cada vez era más acelerada, estiré la pierna izquierda y le di un golpecito con el pie a una de las chicas. Ella se sacudió, dijo algo en voz baja y se giró lentamente hacia Yonezawa. Su delgado cuerpo tembló un poco por la sorpresa, y yo metí una vez más el cuchillo en el costado de su abrigo. Levanté la tela con los dedos de la mano izquierda y empecé a cortarle el bolsillo interior. Con la punta del cuchillo fui rasgando la tela poco a poco. Extendí los dedos y, a la vez

que sujetaba el cuchillo entre los dedos índice y pulgar, con los que me quedaban libres (el corazón y el anular) cogí el sobre que había en el interior. En ese instante me recorrió un temblor desde la punta de la mano hasta el hombro, y a la vez que intentaba contener esa tensión, conseguí extraérselo. El sobre que veía por el rabillo del ojo parecía diferente al que yo tenía para darle el cambiazo. «De mal en peor», pensé, y sentí que me hundía allí mismo. La chica, quizá por miedo, no mostró más reacción que aquélla, y cuando me di cuenta el tren ya había llegado a Shinjuku.

Saqué el sobre mientras observaba a Yonezawa avanzar por delante de mí en el andén. El sobre que yo tenía era verde y blanco, pero el suyo era marrón. Me temblaban un poco los dedos, sin embargo al mirarlo al trasluz, vi que dentro había otro sobre. Al abrir el sobre marrón y sacar el que había en su interior, pude comprobar que era verde y blanco con el nombre de una empresa, idéntico al sobre falso. A pesar de que las diferencias entre ambos sobres eran evidentes, uno nuevo y limpio y otro viejo y descolorido, respiré algo aliviado. A ambos lados del andén se elevaban sólidos y monumentales edificios. Seguí a Yonezawa a pesar de que no sabía qué hacer y comenzaba a dolerme la cabeza.

Abandonó la estación por la salida este y se puso a caminar entre la multitud. Cuando vio a un grupo de mujeres vestidas de forma llamativa se paró, y al girarse para mirar atrás, estuvimos a punto de cruzar las miradas. Volví hasta la estación y me compré una lata de café en el quiosco. Me apoyé contra los cristales que había delante de la salida de la estación, dando la espalda al exterior. Tomé aire, saqué el teléfono móvil y marqué el número de Yonezawa que me habían facilitado en las notas. Las gotas de sudor se arrastraban por todo mi rostro y me llegaban hasta la barbilla.

Podía ver a Yonezawa a lo lejos, en la plaza frente al edificio Alta. Estaría murmurando algo, porque la gente que lo rodeaba se giraba para mirarlo con cara de sorpresa. Se llevó la mano al costado y recorrió los alrededores con la vista. Al cabo de un rato se dio cuenta de que le estaba sonando el móvil y se llevó la mano al bolsillo. Contestó con la respiración entrecortada.

—¿Yonezawa? —le pregunté en voz baja, pero él no contestaba—. Te pregunto que si eres Yonezawa. ¡Responde!

—¿Quién eres?

—¿No has perdido un sobre? —Yonezawa masculló algo ininteligible. Con el teléfono pegado a la oreja empezó a caminar en mi dirección pero se detuvo a mitad de camino y se puso a inspeccionar a las personas que había en la plaza. No tenía ningunas ganas de vérmelas cara a cara con un hombre que llevaba encima una pistola—. No sirve de nada que mires a tu alrededor. No estoy tan cerca de ti. Te estoy observando desde un edificio lejano con unos prismáticos.

—¿Quién eres?

—Eso no importa. —Yonezawa se había ido acercando un poco, así que me separé de los cristales, que empezaban a empañarse. Un hombre que parecía ser un

detective de la policía vestido de paisano pasó apresuradamente por delante de mí—. No es muy normal eso de ir por ahí con un sobre cosido al abrigo. A mí ciertas personas me han pedido que me haga con ese sobre. Pero como no me puedo fiar de que esos tipos me vayan a pagar, he cambiado de idea. Según he oído, me pueden pagar mucho por esto. Tú lo necesitas, ¿no? Para mí es un misterio por qué este insignificante sobre es tan importante. Si quieres recuperarlo, contéstame a unas preguntas.

—¿Eres... eres de aquella empresa? ¿O te envía Yada?

—No tengo porqué decírtelo.

—¡Te mataré!

Varias personas miraron hacia Yonezawa, y éste se puso de nuevo a caminar por los alrededores, arrastrando un poco la pierna. Yo entré dentro de la estación y pasé a la planta de los grandes almacenes contiguos.

—Responde a mis preguntas.

—Ya... ya lo sospechaba.

—¿El qué?

—Ya sabía que me estaban siguiendo. ¡No me jodas con bromitas! Por... por eso no me gusta salir a la calle.

—Si no paras de decir tonterías, lo voy a tirar —le dije, y Yonezawa se quedó en silencio. Entré en los servicios y cerré la puerta del retrete—. En primer lugar, dime qué es esto.

—No te lo puedo decir.

—¿Por qué?

—Si lo hago me matarán. Por favor, devuélvemelo.

—¡A que lo quemo! —Yonezawa replicó algo entre dientes.

—¡Te lo suplico, joder, devuélvemelo!

—Ahora está un poco mojado.

—¿Qué?

—Es que se me ha caído un poco de café. Si no me lo dices inmediatamente, los documentos de dentro también se estropearán. —Me puse un poco de café en la mano y la pasé suavemente por la superficie del sobre.

—¡Basta ya!

—Ay, se ha ensuciado bastante. Qué divertido.

—Está bien. Te daré dinero.

—Ahora lo estoy doblando.

—¡Escucha! Eso en tus manos no vale nada, no sabrías a quién ni cómo entregarlo. Te pagaré. Te daré trescientos mil yenes.

—Esto se cae a pedazos...

—Vale, quinientos mil. No tengo más que eso. Seguro que es más que lo que ellos te iban a pagar.

Estrujé las cuatro esquinas del sobre auténtico y lo comparé con el otro. El falso

había quedado aún más sucio que el verdadero. Si se miraba de cerca, difería un poco el ángulo del sello central, pero estaba más o menos en la misma posición.

—Bueno, supongo que tendré que aceptar tu oferta, necesito el dinero...

—¡Serás cabrón!

—Si no cierras el pico lo tiraré de verdad. —Pensé que probablemente ya era seguro entregárselo así, pero si se lo daba sin más podría dudar del sobre. Salí de los servicios y me crucé con varias personas. Regresé a la estación y subí las escaleras que llevaban a la entrada este—. Ve ahora mismo a un banco y saca el dinero. Luego lo metes en una de las consignas que hay enfrente de los tornos de la línea Marunouchi, en la entrada este. La llave de la consigna déjala en el extremo derecho de la abertura de la máquina expendedora que hay al lado del quiosco. No sé por qué, pero hoy hay varios policías de paisano rondando por aquí. No hagas ningún movimiento sospechoso.

—¿Policías?

—Pero eso no importa. Ni se te ocurra quedarte a ver al tipo que irá a recoger el dinero a la consigna. Sal enseguida y deja que te vea de nuevo en la plaza. Desde aquí te veo perfectamente. Tras comprobar que has regresado a la plaza, meteré el sobre en la misma consigna. Y dejaré la llave en el mismo sitio. Así de fácil.

—¿Puedo confiar en ti? ¿Por qué no hacemos el intercambio en persona?

—No tienes elección —respondí, y colgué el teléfono.

Al atravesar la salida este, vi a lo lejos la figura de Yonezawa, con el móvil aún en la mano. Él se puso a andar y yo lo seguí con la vista, dejando una amplia distancia entre nosotros, hasta que entró en un banco.

Cambié la dirección en la que iba andando y me dirigí al espacio para fumadores frente al edificio Alta, donde me encendí un cigarrillo. Pensé que había estado mucho tiempo sin poder fumar y al levantar la cabeza vi que en la gran pantalla del edificio estaban dando un especial informativo. Era sobre un ministro que había sido tiroteado mientras daba un discurso en la entrada oeste de la estación de Shinjuku. Las personas que pasaban por allí se alborotaron, y el presentador hablaba con gesto solemne, como si le afectara personalmente. Yonezawa salió del banco, cruzó el paso de cebra y se encaminó hacia la entrada este. No obstante, se dio cuenta de la multitud de gente que había parada, se giró y se quedó inmóvil con la vista clavada en la pantalla. Yo miré hacia otro lado y seguí fumando. Esperé a que Yonezawa reemprendiese la marcha y lo seguí guardando las distancias.

Abrió la consigna, metió algo en su interior y compró algo en la máquina expendedora. Tras comprobar que estaba inspeccionando a la gente de los alrededores, volví a atravesar la salida este. Con algo de retraso, Yonezawa salió de nuevo al exterior y se puso a observar a la gente desde el centro de la plaza. Volví a la estación, le llamé por teléfono, le dije que recogiera el sobre diez minutos después y colgué. Un hombre alto que parecía ser un detective pasó justo por mi lado con un teléfono móvil en la mano. Después desapareció entre la muchedumbre mientras

gritaba algo.

Cogí la llave de la máquina expendedora y abrí la consigna. En su interior había un sobre del banco. Lo abrí para comprobarlo, dentro estaba el dinero. A cambio metí el sobre falso, me compré un café en la máquina expendedora y al cogerlo dejé la llave en la abertura.

Me fallaban las fuerzas y tenía ganas de sentarme allí mismo, pero debía esperar hasta que viniese Yonezawa a recogerlo. Si se daba cuenta de que le había quitado los documentos, es decir, si no se llevaba la falsificación pensando que era el sobre auténtico, todo este intercambio no habría servido de nada. Me mezclé con el gentío y me puse a observar desde cierta distancia. Entonces apareció él. Abrió la consigna y se puso a examinar el sobre. Los latidos del corazón se me aceleraron, pero él se lo metió en el bolsillo sin darle más vueltas. Volví a marcar su número.

—¿Lo has cogido? —le pregunté, pero tardó en responder—. ¿Me oyes?

—Está muy sucio. Lo has dejado hecho un desastre. —Al menos de momento me pareció que no se había dado cuenta.

—La culpa es tuya. Yo cumplo con lo que digo. Podría haber huido con el sobre, pero me asustaba un poco pasearme por ahí con algo así. Deberías estar agradecido, a fin de cuentas te he hecho un favor.

—Si alguna vez te encuentro, te mataré.

—Inténtalo si puedes.

Al colgar el teléfono me sentí sin fuerzas y me entraron ganas de fumarme otro cigarrillo. Sin embargo, me di cuenta de que mucha gente se giraba para mirar atrás y al dirigir la mirada en esa dirección vi que, delante de las consignas, Yonezawa sujetaba la mano de un chico. El joven llevaba en la mano un teléfono móvil. También cargaba con una gran bolsa, como si estuviese viajando en solitario, y tenía una apariencia descuidada. Podría haberme ido ya de allí, pero recordé que Yonezawa llevaba encima un arma de fuego, así que decidí llamarle de nuevo al móvil. Justo en ese momento nuestras miradas se cruzaron apenas unos segundos. Miré para otro lado, pero él comenzó a dirigirse hacia mí. El corazón me palpitaba con fuerza. Pensé en colgar el teléfono, pero si dejaba de sonar el tono de llamada justo cuando yo hacía ese gesto, eso le diría que yo era a quien estaba buscando. Me guardé el móvil en el bolsillo sin cortar la llamada y me mezclé con la gente. Cada vez que me giraba me encontraba con su mirada. Lo veía de reojo abriéndose paso entre la gente a empujones, como un loco. Pensé que si echaba a correr la cosa se pondría aún peor, así que empecé a subir las escaleras guardando la compostura, pero Yonezawa se acercó hasta llegar justo a mi lado y me agarró del brazo. Al notar el tacto de sus dedos se me cortó la respiración. También se me secó la garganta.

—¿Eres tú?

—¿Cómo?

Yonezawa respiraba bruscamente.

—¿Dónde está el dinero? —Yo puse cara de perplejidad, pero los latidos me iban

aún más deprisa—. Sí, el sobre estaba ahí dentro, pero eso ya era mío desde el principio. ¡Rápido, suelta el dinero! Y no armes jaleo.

Yonezawa se pegó a mí y me apuntó con algo a la altura del estómago. Aun sin verla, estaba seguro de que era la pistola. Me vino a la mente la cara de Kizaki y pensé que Ishikawa y Saeko me estaban observando desde cerca. Tenía justo frente a mí esa cara que nada más verla en la fotografía ya me había causado repugnancia.

—Te he visto en alguna parte. Eso es. Eres tú. Seguro que sí.

La gente que pasaba a nuestro alrededor, aparte de ladear un poco la cabeza, no nos prestaba especial atención. El tono de llamada del móvil de Yonezawa seguía sonando, como si formase parte de una especie de rito. Los ojos se le salían de las órbitas y el sudor le caía a chorros. Yo intentaba no perder la calma, pero en una situación como esa mantenerse impassible era lo menos natural.

—Perdone... lo siento si he hecho algo...

—¿No eres tú? ¡Mierda! ¡Lo mataré! ¿Dónde está? ¡No, eres tú! Si no eres tú, ya no sé qué hacer.

Mientras hablaba, Yonezawa iba escupiendo saliva por todas partes. Intentó rebuscarme en el bolsillo del abrigo, y consideré que tal vez sería mejor confesar que había sido yo y devolverle el dinero; pero teniendo en cuenta su enajenación y el hecho de que pudiese encontrar el sobre verdadero, me pareció demasiado arriesgado. Y justo en el momento en que me había decidido a salir corriendo, pese al riesgo de que me disparase, alguien agarró a Yonezawa del brazo.

—Es imposible huir del señor Yada —le dijo el hombre—. Aunque has llegado bastante lejos. Eres Yonezawa. Por fin te encuentro.

Inesperadamente, Yonezawa le dio un puñetazo al hombre y se escapó corriendo entre la multitud de personas que se giraba para ver qué pasaba. No entendía lo que estaba sucediendo así que la única alternativa que me quedaba era huir. Sin embargo, el hombre ya me estaba sujetando el brazo. ¿Por qué no perseguía a Yonezawa? ¿Por qué me tenía a mí agarrado? No podía moverme. Justo cuando pensaba que ya estaba todo perdido, aquel tipo me apretó aún con más fuerza.

—Tío, eres increíble. Has conseguido darle el cambiazo —dijo mostrando sus dientes amarillos—. El señor Kizaki me ordenó que te siguiera, si fallabas, yo tenía que encargarme de los dos y hacerme con los documentos. De hecho, he estado a punto de matarte, creí que no lo lograrías. Tal vez hubiera sido mejor hacerlo, se habría montado un buen follón, lo suficiente para camuflar el asesinato de la entrada oeste.

Nos subimos a un coche y, una vez dentro, el hombre se despojó de un ligero chaleco antibalas. Reía y no paraba de repetirme: «Serás un buen subordinado para el señor Kizaki». Le faltaba una oreja. Me pasó su sucio brazo por encima del hombro y me dijo que teníamos que quedar algún día para ir a tomar algo. Y entonces sonó mi teléfono móvil. Era Kizaki.

—¿Le has entregado los documentos a mi subordinado?

—Todavía no.

—Eres prudente. Perfecto. —Kizaki se rió, pero yo aún no acababa de adaptarme a las circunstancias—. Es porque yo te dije que me entregases el sobre en persona, ¿no? Pero ya puedes entregárselo a él. —Tal y como me dijo, le entregué el sobre al otro—. De momento, ven a verme. Que te traiga Maejima.

Colgó el teléfono y yo resoplé. No podía convertirme en compañero de los tipos que habían asesinado a Ishikawa. En el bolsillo interior llevaba el cuchillo con el que le había cortado el abrigo a Yonezawa. Pensé que no estaría mal utilizarlo también para matar a Kizaki, pero en ese caso era evidente que poco después yo también moriría, y no sé por qué pero me invadió un intenso pensamiento: no quería acabar así. No sabía qué era lo que me retenía, pero el hecho en sí de intentar seguir adelante sin cometer fallos significaba que yo me seguía aferrando a algo en este mundo. Por el momento, me puse a darle vueltas a algún método para rechazar unirme a ellos.

Cuando llegamos al aparcamiento, el tal Maejima me hizo bajar del coche a mí primero. Él se llevó el teléfono móvil a la única oreja que tenía y se puso a hablar con alguien. Interrumpió la conversación para decirme que entrase por una puerta que había al fondo de una callejuela entre dos edificios y volvió a hablar por el móvil. Se trataba de un resquicio entre dos bloques de oficinas por el que apenas podían pasar dos personas, demasiado estrecho como para ser considerado una calle. En los bloques de oficinas no había ningún letrero, así que no podía saber qué tipo de empresas estaban allí instaladas. Me pareció todo muy siniestro, pero no me quedaba más remedio que ir a ver a Kizaki.

El espacio entre los edificios era angosto y olía a moho. Alguien venía andando desde el fondo del callejón; al pensar en el poco espacio que había para que pasásemos los dos a la vez, hice intención de darme la vuelta, pero por detrás venía andando Maejima, y su cuerpo se me antojaba aún más grande que antes. «¿Por qué me parecerá ahora más grande?», me pregunté. Y al girarme de nuevo para seguir adelante, sentí un intenso calor en el vientre. Perdí las fuerzas y me desplomé. «Está caliente pero no duele», pensé al principio, pero entonces me recorrió un dolor intenso, como si me estuviesen pellizcando el estómago por dentro. Se me cortó la respiración, todo mi cuerpo se estremeció y me entraron náuseas, pero no pude vomitar nada. El intenso dolor se extendió desde el abdomen hasta el pecho, incluso llegó a los brazos; se me nubló la vista y entonces supe que había recibido una herida mortal. Un charco de sangre negra se iba extendiendo sobre el suelo de cemento. Vi ante mí unos zapatos e intenté alzar la vista, pero no podía moverme.

—Mala suerte. —Era la voz de Kizaki—. Acabar así, a pesar de haberlo hecho tan bien. Supongo que no entiendes nada.

Alguien me agarró el abrigo y me lo arrancó bruscamente. Me dieron la vuelta pero no podía respirar. Todo se volvió negro y cuando volví en mí aún estaba allí ese inmenso dolor.

—Tanto si fracasabas como si tenías éxito, yo ya había decidido que morirías

aquí. La razón principal es que necesito un cadáver justo en este lugar. Aún es un poco pronto, pero dentro de una hora todo saldrá a la luz. —Kizaki parecía estar sonriendo—. Es una lástima, pero tú no vas a poder ver lo interesantes que se van a poner las cosas en este país. El sistema, con todos sus parásitos influyentes obsesionados con los fondos públicos y las concesiones administrativas, por fin va a cambiar. ¡Y de forma drástica! Y también tendrá un tremendo impacto sobre la gente corriente, no solo sobre los políticos ¡Toda va a saltar por los aires!

»Pero aun así... —Kizaki me estaba mirando fijamente a la cara, con sus pequeños ojos rasgados ocultos tras las gafas de sol—. A mí, todo eso me aburre. ¡Ja, ja, ja! Lo que verdaderamente me hace disfrutar, lo que me provoca temblores de gusto, es poder presenciar el instante en el que finaliza la vida de un ser humano, un hombre elegido por mí de forma totalmente arbitraria que va a morir dónde, cuándo y cómo yo he decidido. Es un placer único, no hay nada que se le parezca.

»Mañana saldré del país por una temporada. Todavía queda mucho por hacer, tengo que seguir creciendo, hacerme más poderoso. —Kizaki estaba muy cerca de mí, pero su voz sonaba extrañamente lejana—. Ahora vas a morir como el joven de aquel noble, preguntándote qué ha sido tu vida. Una vida triste y miserable. Nunca entra nadie en este callejón. Se acabó para ti. —Kizaki se desplazó ligeramente—. Apuesto a que ni siquiera sabes por qué has acabado así, por qué está sucediendo todo esto. Pues escúchame bien, la vida es un misterio, hay muchas preguntas que quedan sin resolver. ¿Crees en el destino? ¿Quién diablos soy yo? ¿Por qué te elegí precisamente a ti? ¿Acaso yo controlaba tu destino o es que el tuyo era ser controlado por mí? Poco importa ya, porque ¿no te parece que en realidad ambas cosas son las dos caras de una misma moneda?

Tras decir esto Kizaki se fue, pasando por encima de mí. Me llegaba el sonido del gentío. Noté una sombra y no transcurrió mucho tiempo hasta que dejaron de oírse sus pisadas.

Sentado contra la pared, intentaba contener con las manos la sangre que iba fluyendo poco a poco. Con la vista nublada y el dolor en aumento, pensé que no quería morir. No quería que mis últimos momentos fuesen así. Me vinieron a la mente aquel niño, Ishikawa, Saeko.

Parecía como si pudiese verme a mí mismo, moviendo las manos constantemente, en medio de una multitud. Quizá estaría bien irse al extranjero y seguir robando carteras a lo largo del viaje. Dicen que en Londres y otras ciudades aún se conserva una cultura de hábiles carteristas. Tal vez podría competir con ellos en destreza. Sería agradable poder seguir robando el dinero de los estúpidos ricachones del mundo entero. Fuera del callejón, en una lejana región oscura, se veía una torre. Seguía elevándose como si nada, alta y remota. Podría robarles el dinero a los ricos de todo el mundo y entregárselo a un grupo de niños harapientos. Sentí ese placer en las yemas de los dedos, ese calor, como si los tuviese justo ante mis ojos. Seguir progresando como carterista, convertirme en un auténtico ladrón de guante blanco y

seguir moviéndome hábilmente hasta desaparecer entre la multitud como un destello. «Sí, eso haré», pensé. Y justo en ese instante se oyeron unas pisadas a lo lejos.

Alguien estaba pasando por la calle al otro lado del callejón. Luego se oyeron voces de mujeres jóvenes quejándose animadamente de la empresa y de los clientes. La entrada al callejón estaba bastante lejos, pero si conseguía hacer ruido con algo, ellas se percatarían de mi presencia. No había ni una sola piedra a mi alrededor, me habían quitado el abrigo y no tenía fuerzas suficientes como para quitarme un zapato, pero dio la casualidad de que tenía una moneda en el bolsillo del pantalón. Advertí que era una moneda de quinientos yenes y pensé que se la debía de haber sacado a alguien del bolsillo no sé cuándo sin darme cuenta. Sonreí levemente. Si mis manos iban en busca de dinero inconscientemente, eso quería decir que ya era todo un carterista. Si conseguía darle a alguien con esa moneda teñida de sangre, esa persona miraría hacia aquí. «Ese bastardo ha subestimado a los carteristas», pensé, y seguí prestando atención a las pisadas que se iban acercando. «No puedo morir aquí», me dije. Estaba seguro de que mi vida hasta ahora no había sido tan insustancial como para merecer esta muerte. Agarré la moneda entre los dedos con todas las fuerzas que me quedaban. A lo lejos había una alta torre que se elevaba entre la niebla.

A pesar del dolor, en cuanto vi la silueta de una persona, lancé la moneda. La circunferencia teñida de sangre ocultó los rayos del sol, brillando en medio de la oscuridad, como si esperase ser desviada en el último momento.

Nota del autor

CUANDO era pequeño, a veces veía en la distancia algo parecido a una torre. Oculta por la niebla, era hermosa y estaba tan lejos que daba la impresión de que nunca podría llegar hasta ella. Creo que no era más que una alucinación infantil pero, a pesar de ello, aún tengo esa visión grabada en la memoria.

Aquella torre simplemente permanecía allí, sin mostrar ni aceptación ni rechazo hacia mí, que le daba la espalda a todo cuanto me rodeaba. ¿Acaso representaba lo que toda persona busca en la vida? ¿O era algo que sobrepasaba al ser humano? ¿O tal vez su existencia tenía que ver con el destino y el mundo? La torre finalmente desapareció, y no sé si sería cosa de la edad; pero me gusta pensar que tal vez aún se alza en algún sitio.

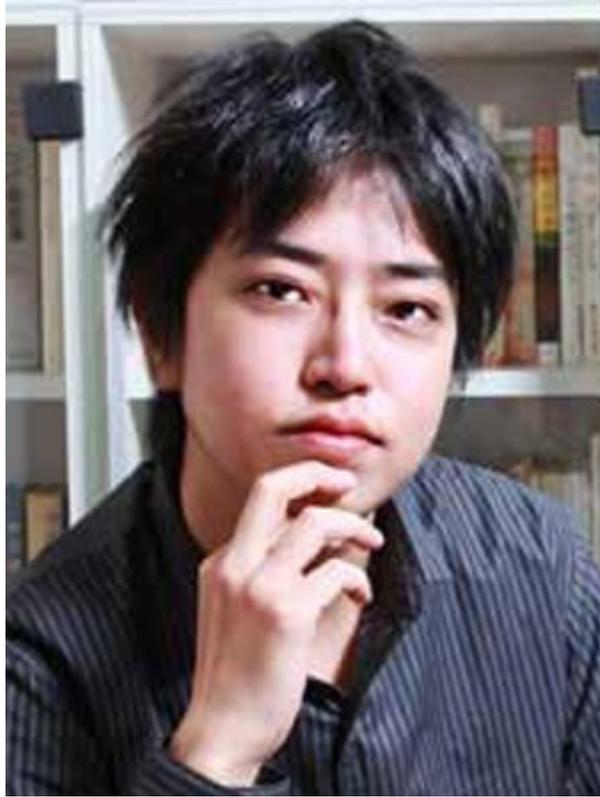
Éste es mi octavo libro publicado. Puesto que todos los protagonistas de mis obras son, en varios sentidos, mi álgter ego, me siento muy unido a ellos, pero tengo unos sentimientos especiales hacia el protagonista de esta obra. Pido indulgencia por sentir afecto por un ser tan antisocial como un carterista, pero si desde un principio no hubiese sentido simpatía por él, no habría sido capaz de escribir este libro. Por eso y porque la temática me venía como anillo al dedo, decidí hacerlo.

No obstante, no me resultó sencillo, la editorial Kawade Shobo Shinsha me pidió una novela en 2004, y pasaron cinco años hasta que la completé. Sin embargo creo modestamente que en ese tiempo pude escribir algo que merecía la pena ser escrito y leído. Finalmente esta novela se convirtió en una de las más importantes dentro de mi producción. Pero esto se debe fundamentalmente a los editores que esperaron pacientemente.

Quiero expresar mi agradecimiento a todas las personas que han participado en este libro, y también a todas las personas que lo han leído. Muchísimas gracias.

2 de septiembre de 2009

Fuminori Nakamura



FUMINORI NAKAMURA nació en Tokai, Japón el 2 de septiembre de 1977. Se graduó en la Universidad de Fukushima en el año 2000. Después de la universidad realizó algunos trabajos a tiempo parcial antes de poder dedicarse a escribir.

En 2002, ganó el prestigioso premio literario Shincho para nuevos escritores por su primera novela, *Jū*, y en 2005 ganó el premio Akutagawa por *Tsuchi no naka no kodomo*. En 2010, *El ladrón (Suri, 2009)*, su única obra traducida al español, ganó el premio Kenzaburo Oe, uno de los principales premios literarios de Japón.

Con su enfoque frecuente en los personajes que nacieron o fueron empujados a la pobreza, Nakamura proyecta una luz intensa sobre los aspectos, a menudo pasados por alto, del Japón contemporáneo.